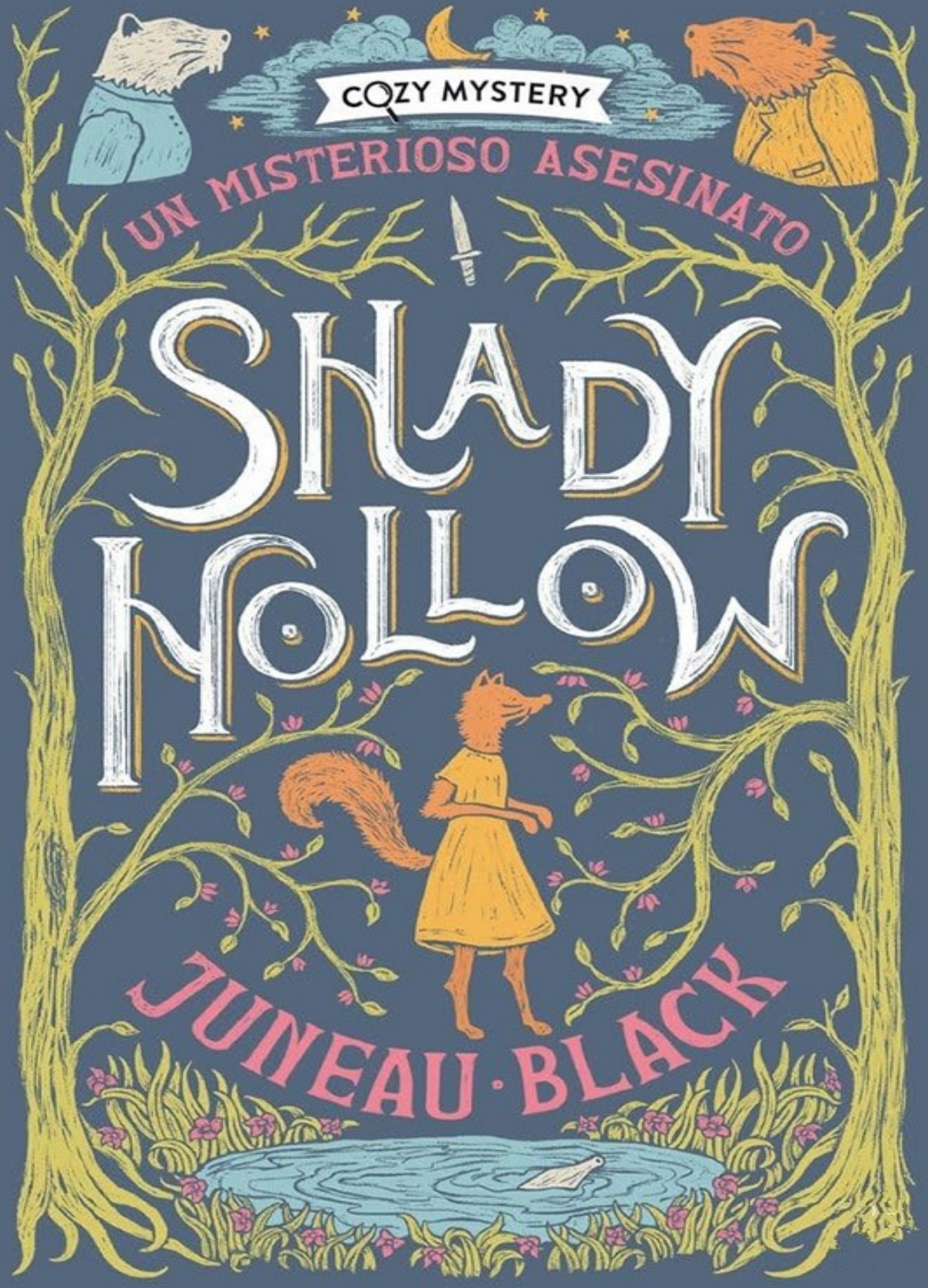

COZY MYSTERY
UN MISTERIOSO ASESINATO
SHADY HOLLOW
JUNEAU · BLACK

Vera Vulpes es la nueva reportera de Shady Hollow, una pequeña población donde las criaturas del bosque viven en aparente paz y tranquilidad… hasta que una de ellas aparece muerta. ¡Vera no puede dejar pasar una noticia como esa! Pero durante su investigación empiezan a salir a la luz los trapos sucios de la comunidad, lo que hará que alguien intente pararle los pies antes de que resuelva el caso.

Juneau Black

Shady Hollow. Un misterioso asesinato

Shady Hollow
1

Título original: *Shady Hollow: A Murder Mystery*
Juneau Black, 2015
Traducción: Andrea Montero Cusset, 2025

Revisión: 1.0

 22/02/2023

NOTA DE LA AUTORA

Shady Hollow es un cuento sobre criaturas del bosque en el que, de vez en cuando, el lector contemplativo puede preguntarse cómo funciona una ciudad con zorros y conejos como inquilinos del mismo edificio o cómo pueden conversar un ratón y un alce a la misma altura. Ten en mente, querido lector, que esto es una obra de ficción. El parecido de los personajes con criaturas reales, tanto vivas como cruelmente asesinadas, es mera coincidencia. Aquel que se vea obligado a resolver este problema antes de continuar con la lectura, quizá desee plantearse a los personajes simplemente como humanos con rasgos animales…; en otras palabras, como tú y como yo.

Tras esta breve orientación, bienvenido a *Shady Hollow*.

PERSONAJES

GLADYS MADRESELVA: En calidad de cotilla y metomentodo de la ciudad, no hay nada que Gladys no sepa. Fue ella quien encontró el cadáver y dio la voz de alarma. Pero tal vez ya supiera dónde buscar…

OTTO PFANGAL: El sapo taciturno y gruñón de Shady Hollow. No muchas criaturas reconocen que les guste Otto. La pregunta más oportuna es quién le odia.

VERA VULPES: Esta zorra, astuta reportera, posee olfato para los problemas y afán de descubrir la verdad. ¿Puede confiar en alguien a su alrededor?

NB ROCA: Al director del *Herald* de Shady Hollow, mascador de puros, NB («¡Todo en negro sobre blanco!»), le encantan los grandes titulares. Pero ¿sería capaz de matar con tal de crear uno?

LENORE SOTAVENTO: Una cuerva negra como la noche que abrió la librería de la ciudad, Libros Nunca Más, y tiene predilección por los misterios. Si existe algún experto en asesinatos, esa es Lenore.

JOE: Este alce, un gigante afable, regenta el café de la ciudad, punto de reunión local. Si hay un cotilleo circulando, Joe lo

ha oído. Quizá haya oído demasiado.

JEFE THEODORE AGUAMIEL: Los osos son excelentes agentes de la ley: grandes, fornidos y beligerantes. Pero el jefe Aguamiel hace gala de un desinterés extraordinario en lo que se refiere a resolver crímenes cuando podría estar de pesca. ¿Huele mal, como el pescado?

AYUDANTE ORVILLE BRAUN: Este gran oso pardo es la mitad trabajadora de la policía de Shady Hollow. Sigue el manual a rajatabla. Pero a su manual le han arrancado la mitad de las páginas.

RUBY OVINO: No hay nadie más bondadoso y compasivo que Ruby. Pero también ha protagonizado unos cuantos escándalos…

REGINALD VON PIELDECASTOR: Puede decirse que este rico industrial gobierna Shady Hollow, pero no su propia familia: no se libra de las riñas domésticas con su mujer y sus hijas. ¿Goza el aserradero de la seguridad que parece?

HOWARD ESTRIDOR: Como tímido contable del aserradero, Estridor aguanta las maneras pretenciosas y las agresiones verbales ocasionales de Reginald. Pero ¿sabe algo de las finanzas del aserradero que nadie más sepa?

ANASTASIA Y ESMERALDA VON PIELDECASTOR: Las hijas de la familia más rica de la ciudad se contentan con comprar y cotillear, siempre y cuando los secretos familiares permanezcan ocultos.

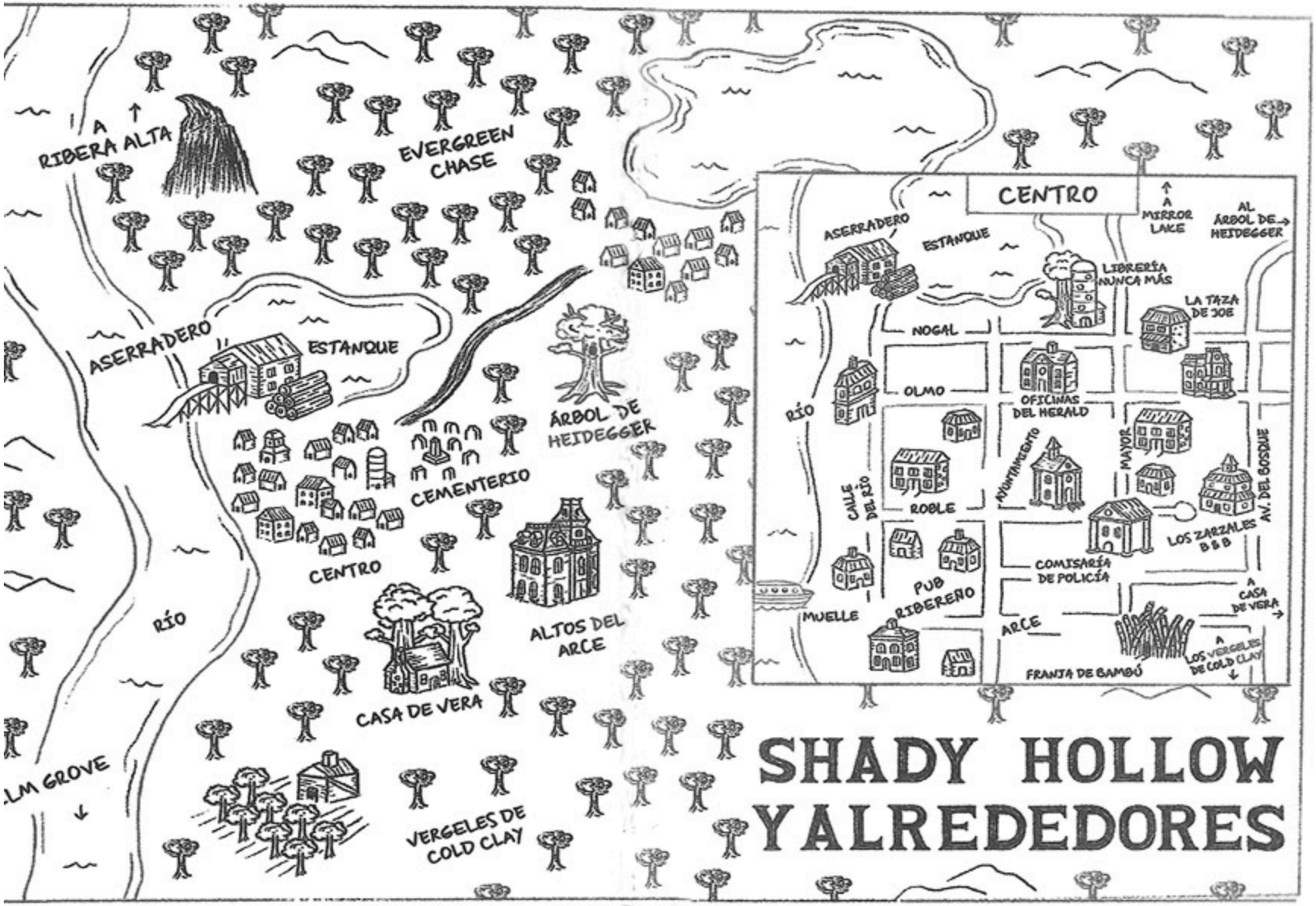
EDITH VON PIELDECASTOR: Corre el rumor de que la *socialité* Edith es el verdadero poder detrás del trono de madera roída. Mueve los hilos y todo el mundo escucha…

ZURDO: Delincuente de poca monta de la ciudad, este mapache enmascarado vive en la parte más sombría de Shady Hollow. Pero él no encubriría el crimen de otro… a

menos que recibiera una buena recompensa.

AMBROSIOS HEIDEGGER: Profesor de filosofía y sabihondo en general. La lechuza es la criatura más lista del bosque y nunca deja que nadie lo olvide. Pero ¿es demasiado lista para su propio bien?

SUN LI: Regenta la Franja de Bambú, donde sirve unos platos vegetarianos para morirse. Sin embargo, su pasado y su identidad son un misterio.


A RIBERA ALTA
EVERGREEN CHASE
ASERRADERO
ESTANQUE
ÁRBOL DE HEIDEGGER
CEMENTERIO
CENTRO
RÍO
ALTOS DEL ARCE
CASA DE VERA
VERGELES DE COLD CLAY
LM GROVE
CENTRO
A MIRROR LAKE
AL ÁRBOL DE HEIDEGGER
ASERRADERO
ESTANQUE
LIBRERÍA NUNCA MÁS
LA TAZA DE JOE
NOGAL
OLMO
OFICINAS DEL HERALD
RÍO
AYUNTAMIENTO
MAYOR
AV. DEL GOSQUE
CALLE DEL RÍO
ROBLE
LOS ZARZALES B&B
COMISARÍA DE POLICÍA
PUB RIBEREÑO
MUELLE
ARCE
A CASA DE VERA
A LOS VERGELES DE COLD CLAY
FRANJA DE BAMBÚ
SHADY HOLLOW
Y ALREDEDORES

PRÓLOGO

En el extremo norte, lejos de todo aquello que conoces y con lo que sueñas, se encuentra una pequeña población llamada Shady Hollow. Existen numerosos asentamientos en el bosque, alejados de las ciudades y del bullicio del mundo. Shady Hollow no es más que una de esas comunidades, donde criaturas del bosque de todo tipo y temperamento, desde el diminuto ratón hasta el poderoso alce, conviven en una sociedad próspera y, por lo general, pacífica.

¿Qué aspecto tiene un lugar así?, te preguntarás. Para empezar, un bonito río serpentea a través de la ciudad. Mientras borbotea alegremente durante los meses de verano, en otoño aminora hasta adoptar un ritmo más majestuoso. En invierno se hiela, y los residentes de Shady Hollow celebran fiestas de patinaje y erigen muñecos de nieve por toda la orilla. ¡Ni las criaturas propensas a hibernar pueden resistirse a los gélidos encantos de este lugar! Y en primavera, el río vuelve a cobrar vida y prácticamente desborda las orillas tras crecer con la nieve derretida y las lluvias propias de la estación.

El río se precipita dejando atrás el aserradero, los muelles, la ciudad. Pero en un punto alimenta una represa, un lugar tranquilo en el que un animal podría hallar soledad… si tiene cuidado de no toparse con Otto Pfangal, claro está. Otto, un sapo cascarrabias, vive solo en la zona más cenagosa del estanque, en una choza de barro

rodeada de hierba alta y espadañas. Patrulla la orilla como si fuese su deber y se enorgullece de enzarzarse en discusiones sobre cualquier cosa.

Uno de sus temas favoritos se alza al otro lado del estanque. El aserradero Von Pieldecastor es, en muchos sentidos, el corazón de la ciudad. Su enorme noria de madera gira día y noche, y una eterna nube de serrín planea en el aire, llenándolo del aroma de la industria y del progreso. Desde el alba hasta el anochecer, se oyen los gritos de los trabajadores. El aserradero, un negocio ajetreado, proporciona sustento a muchas criaturas, no solo a los castores, las ratas almizcleras y las marmotas, como cabría esperar, sino también a ratones, conejos, gorriones y algún que otro visón. Incluso las agresivas ratas de río que conducen la madera aguas abajo son muy conscientes de la influencia del aserradero en la región. Y sobre todo ello —de manera bastante literal, puesto que su despacho se encuentra en lo alto de la torre del reloj de la fábrica— Reginald von Pieldecastor vigila las operaciones, asegurándose de que todo funcione, de hecho, como un reloj. Shady Hollow prospera con el aserradero… aunque algunos sapos se quejen del ruido y del serrín.

Hay otros negocios, por supuesto. La ferretería, la tienda de comestibles y la floristería flanquean la calle Mayor por el lado este. La comisaría de policía, el ayuntamiento y el banco se erigen al oeste. Dobla la esquina en la calle del Nogal y te encontrarás con Libros Nunca Más, un paraíso para bibliófilos de todos los colores. Ficción, misterio, historia, poesía…, todo tiene un estante aquí. Otros pequeños negocios (la sastrería, la mercería, la botica) se concentran en las calles laterales del Roble y del Pino, y los residentes llevan una vida muy ocupada.

Pero no todo es trabajo en Shady Hollow. Tanto si caminas por primera vez por la calle Mayor hasta más allá del Salto del Río o te paseas sin prisa por las calles del Arce, del Olmo, del Castaño o del Haya, acabarás encontrando el verdadero corazón social de la ciudad en la calle Mayor con Nogal. ¿Algún edificio majestuoso, pensarás? ¿Una iglesia, quizá? ¿Un gran salón? ¿Una casa en el árbol

legendaria? No, no y no. Se trata de un café modesto y sin pretensiones construido en una arboleda de sicomoros imponentes. Dentro, cálidos reservados de madera han adquirido brillo con el desgaste, y el intenso aroma del café y las dulces tartas de frutas (la especialidad de la casa) impregna las mismas paredes. Es La Taza de Joe, que regenta un alce tontorrón, como Joe, siempre humilde, no vacilará en definirse a sí mismo. Aunque es posible que jamás gane un concurso de belleza, nunca le han faltado atenciones, y todo el mundo está de acuerdo en que entiende de café. La mayoría de las criaturas empiezan el día, o la noche, en La Taza. Y si hay algo de lo que enterarse, Joe se ha enterado.

Pero no creas que Shady Hollow carece de una fuente de noticias más formal. Las augustas oficinas del *Herald* de Shady Hollow se encuentran a menos de una manzana, en la esquina con Olmo. Puedes coger el periódico de la mañana junto con el café y leer detenidamente los últimos titulares de esta animada localidad boreal.

La historia de primera plana de hoy, por ejemplo, se centra en la ganadora de la competición de deletreo, Ashley Estridor (ratona, ocho años de edad), e incluye una foto de la alumna en cuestión, que lleva con orgullo una medalla brillante colgada de un largo lazo alrededor del cuello. Ha ganado por tercer año consecutivo, tras deletrear «obnubilación» sin vacilar en absoluto, lo cual ha desatado grandes aplausos. Su rival —un armiño que irónicamente se hallaba algo obnubilado— intentó poner una j en «lacrimógeno», en detrimento propio. Junto al artículo sobre la reina del deletreo, aparece una receta de tarta de melocotón de los conejos de los vergeles de Coid Clay. La ilustración que la acompaña hace la boca agua.

Esas son las noticias en Shady Hollow.

Ocurren otras cosas, claro. Hay amor y odio, mentira y traición. Hay lealtad y decepción, heroísmo y vileza, todos de pequeño orden. Pero estas cosas son, en su mayoría, privadas y secretas. Se producen a puerta cerrada o bajo tierra, en madrigueras, o entre las

ramas que tan buena sombra dan a la villa. En el tranquilo mundo de Shady Hollow, no se airean.

Pero eso cambiará muy pronto.

CAPÍTULO UNO

Un bonito amanecer de finales de agosto, el sol coronaba la cima de las colinas lejanas para verter su luz dorada sobre el bosque. Gladys Madreselva, siempre madrugadora, ya había alzado el vuelo y se encontraba a medio camino de su recorrido diario hacia la ciudad. Las alas de la colibrí, de un verde vivo, estaban siempre en movimiento, a cien kilómetros por hora. Y su lengua no se quedaba atrás. Gladys se había ganado cierta fama como la cotilla del pueblo. Como resultaba oportuno, tenía un buen trabajo en el *Herald*, el único periódico de Shady Hollow, en el que escribía una columna habitual sobre los sucesos y acontecimientos de la ciudad. Quizá no fuera un puesto de prestigio, pero encajaba con sus dotes. NB Roca, el director del *Herald*, le había proporcionado amablemente un pequeño escritorio en la redacción, lo que la convertía en la primera columnista de cotilleos que ejercía de reportera profesional. Esta distinción hacía que Gladys hinchara el pecho de orgullo y garantizaba su presencia diaria en el periódico. A NB Roca le gustaba tener a todos sus periodistas en la redacción, donde podía vigilarlos con su aguda vista de mofeta.

Gladys era viuda, y sus polluelos habían crecido y se habían marchado. Ante un auténtico nido vacío, estaba deseando ir a trabajar todos los días. Es más, estaba decidida a demostrar su valía al periódico para asegurarse un trabajo a perpetuidad.

Esa mañana en particular, dejó su pequeña cabaña-nido de paja, situada en lo alto de un haya fuera de la ciudad, y voló hacia el centro y las oficinas del periódico. Al bajar la vista hacia los caminos tranquilos, en parte ocultos bajo las ramas, vio que apenas había salido nadie. Solo divisó a Joe, que caminaba sin prisa por la pista norte; sus enormes pezuñas resultaban sorprendentemente silenciosas. El alce no era madrugador por naturaleza, al menos en comparación con las aves. Pero a Joe ni se le pasaría por la cabeza permitir que un cliente esperara en la puerta del café. Se levantaba mucho antes del alba para abrir, despejado y listo para atender. Parecía estar en el trabajo a todas horas, sin una sola queja, a pesar de hallarse solo en el mundo salvo por su hijo, Joe Junior. Los camareros y cocineros iban y venían… Joe era una constante.

Gladys prestó escasa atención a Joe mientras se abría paso aleteando por el bosque. Tenía «problemas propios de los que preocuparse». Mientras avanzaba a toda velocidad por encima de las ramas más altas, le zumbaba la cabeza pensando en su hija pequeña, Heather, que hacía poco que se había mudado con su flamante marido. Los dos eran adultos, cierto, pero una madre tiene derecho a preocuparse por su descendencia, y Gladys no era ninguna excepción. Por supuesto, su polluela aseguraba que era feliz. Vivían en su propio mundo, a un día de vuelo. Pero ¿quién sabía?

Gladys, de forma inusitada, se sentía fuera de onda y, como resultado, estaba bastante inquieta. Se trataba de un estado en el que nunca había querido hallarse. Temblaba con la mera idea de haberse perdido un cotilleo.

Sumida en sus pensamientos, Gladys rodeó dos veces la represa, ganando altura en una corriente de aire ascendente. Echó un vistazo al agua, que la luz del sol aún no había alcanzado. Mientras volaba sin esfuerzo a favor del viento, captó algo fuera de lo común, una forma que no acababa de encajar. Volvió a bajar en picado para lanzar otra ojeada. ¿Qué podía ser? ¿Una bolsa de alguna clase? ¿Un pedazo de madera perdida que flotaba en el estanque? Descendió

aún más, pues no cabía en sí de curiosidad.

El objeto rompía la superficie lisa del agua, informe y desconcertante a la tenue luz del amanecer. Reinaban la calma y el silencio, pero no se trataba de una mata de hierba ni de un tronco suelto que hubiera ido a la deriva hasta el centro del estanque empujado por la suave corriente.

A la colibrí se le heló el corazón. Aquella forma empezaba a resultarle terriblemente… familiar. Batiendo las alas con furia, bajó aún más y se cernió justo por encima del cuerpo de un sapo panza arriba. Y no cualquier capo: Otto Pfangal.

Otto llevaba mucho tiempo residiendo en el estanque de Shady Hollow. Tenía fama de arisco y cascarrabias, si bien algunos habitantes insistían en que, debajo de aquella fachada, era bastante amable. Aunque nunca te daría las gracias por señalarlo.

En ese momento, al parecer, también estaba bastante muerto. Tenía las ancas pálidas y rígidas; de no ser por la posición del cuerpo y aquella inmovilidad espantosa, podría haberse hallado en pleno salto.

Pasmada, Gladys registró estos detalles adicionales mientras observaba al pobre sapo desde una perspectiva panorámica de la que solo disfrutan los pájaros. Desde la orilla, si alguien miraba, las acciones de Gladys no resultarían claras. No se lo planteó, sin embargo, porque su mente frenética aún estaba asimilando la horrible verdad de la defunción de Otto.

«¡Muerto!». ¡El pobre Otto estaba muerto! ¡Y ella, Gladys Madreselva, era la primera en enterarse! Por fin, Gladys miró alrededor con nerviosismo para comprobar si había alguien más presente. Había descubierto un cadáver y tenía que contarlo. Su corazoncillo de colibrí palpitaba tan rápido que pensó que iba a desmayarse. Tenía noticias de interés vital para todo Shady Hollow. Tenía que contárselo a alguien. ¡No, tenía que contárselo a todo el mundo!

Una vocecita en su cabeza le recordó que, antes que nada, había que informar a la policía. «Es verdad», asintió para sí con aire

solemne. Tenía que notificárselo a las autoridades. Llamaría a la policía en cuanto llegara a la redacción y se calmara un poco. Aunque no sintiera un cariño especial por Otto, era —había sido— su vecino, y resultaba muy desagradable encontrar muerto a un vecino de camino al trabajo.

De alguna manera, Gladys, entre las náuseas y el espanto, retomó el vuelo y se posó en las oficinas del periódico. Se apresuró a entrar, con la esperanza de que aún no hubiese llegado nadie más. Pero, en cuanto franqueó la puerta principal del edificio, olió el aroma áspero del café de la redacción. Sabía con exactitud quién lo estaría tomando: la zorra.

CAPÍTULO DOS

Vera Vulpes era una de las reporteras del *Herald*. También era de los pocos miembros de la plantilla que parecía vivir en sus oficinas, y hacía mucho que seguía la tradición periodística de tomar el café fuerte, solo y ardiendo. Lo preparaba por su efecto, no por placer. La rápida raposa roja parecía crecerse con el brebaje. Casi todos los demás compraban el café en La Taza. Vera también lo tomaba allí a menudo, claro, pero su personalidad exigía un suministro constante.

Siempre estaba esperando una gran exclusiva, y ese día no era ninguna excepción. Sus orejas puntiagudas se crisparon al oír que Gladys entraba volando, y se preparó para un informe detallado del último cotilleo. En lugar de eso, Gladys corrió a su mesa sin pronunciar palabra, lo cual era tan inusual que la zorra se levantó y se acercó al trote a la pequeña colibrí.

—Buenos días —dijo Vera con una sonrisa.

Gladys asintió brevemente y mantuvo la vista apartada. Vera no era periodista de investigación en vano y advirtió la respiración entrecortada de la criaturita.

—¿Qué pasa, Gladys? —le preguntó—. Pareces disgustada. ¿Ha ocurrido algo?

Gladys rompió a llorar. Guardarse las cosas iba en contra de su naturaleza. No necesitó más que ese pequeño pie para olvidarse por

completo de su resolución y soltarlo todo.

Mientras escuchaba a la colibrí histérica, Vera alzó sus orejas rojizas y arrugó su hocico negro. ¿Una muerte? ¿En Shady Hollow? Vera era curiosa por naturaleza. Eso la convertía en una reportera excelente. Aunque algunos vecinos la llamaban entrometida, Vera no les prestaba atención. Una buena reportera, creía ella, debía interesarse por las cosas y hacer las preguntas que a otros les daba miedo hacer.

Tras sonsacar los hechos principales a Gladys, Vera acomodó a la colibrí, aún sollozante, en su despacho con un vaso del agua azucarada favorita del ave y un montón de pañuelos limpios.

La mente de Vera trabajaba de forma frenética. Si Gladys acababa de descubrir el cadáver, quizá no lo hubiera visto nadie más. De darse prisa, Vera podría llegar a la escena y registrar todos los detalles. La muerte de Otto sería una gran noticia, aunque solo fuera porque todos en el pueblo habían sido objeto de las diatribas del sapo en un momento u otro.

A diferencia de la colibrí, Vera no sentía el menor escrúpulo por no acudir a la policía de inmediato. El jefe de policía de Shady Hollow era Theodore Aguamiel, un oso negro lento de movimientos y pensamiento. No tenía ningún problema con cosas como hurtos y ordenanzas de ruido, pero ese era más o menos su límite. Vera estaría encantada de informar de la muerte de Otto Pfangal a las autoridades, aunque no sin antes echar un vistazo a la escena personalmente. Se echó la cámara al hombro, lista para marcharse.

Cuando se dirigía a la salida, lanzó una miradita a Gladys una vez más. La pajarilla seguía jadeando y enjugándose las lágrimas. En cuanto recuperara la compostura, se pondría a gimotearle a cualquiera que pasase por delante. Vera solo contaba con una breve ventana de tiempo antes de que todo el pueblo apareciera en el estanque para ver los restos del pobre Otto. Salió de la oficina del *Herald* y se encaminó al estanque.

Por suerte, aún era muy temprano y rondaban pocas criaturas, aparte de algunos vecinos que se dirigían al aserradero, el cual se

alzaba con aire amenazador en el otro extremo del estanque. La noria del molino giraba a ritmo constante, proyectando ondas cada vez más amplias en el agua, por lo demás como el cristal.

Vera avanzaba con zancadas decididas, con su cámara balanceándose de la correa que le colgaba del hombro. Se asomó al borde del estanque. Los frailecillos crecían con espesor a orillas del agua, y pequeñas algas verdes brotaban justo por encima. Resultaba engañosamente tranquilo. Solo que ahí estaba Otto Pfangal. Flotando en el agua. Boca arriba. Justo como lo había descrito Gladys.

Vera se inclinó hacia delante y sacó unas cuantas fotos del cadáver. El terreno al borde del agua estaba blando y húmedo. Por respeto a Otto, intentó no pisar ninguna huella. Incluso muerto, era probable que a Otto no le gustase que ensuciasen su entorno.

Por costumbre, sacó algunas fotos de las huellas, aunque no estaba segura de si serían identificables. Fue rodeando matas de hierba, por lo que le picaba muchísimo el hocico. Advirtió una botella vacía, demasiado brillante para ser basura, en parte oculta entre las hierbas enfangadas del estanque. Daba la impresión de que habían lanzado la botella hacia el agua, pero los juncos la habían atrapado y la sostenían en alto. No la tocó, aunque sacó otra foto.

Atraída por el espectro del sapo muerto, Vera miró de nuevo el cadáver que flotaba en el agua. Estaba un poco lejos de la orilla para captar los detalles y sin duda demasiado lejos para cogerlo sin un bote. Vera se estremeció al pensar en el traslado del cuerpo del pobre Otto de vuelta a tierra firme. Nunca había intercambiado más que unas pocas palabras con el anfibio, pero no podía ni imaginárselo muerto. ¿Había sido un ataque al corazón? ¿Había muerto de viejo? Daba la impresión de que viviría eternamente. Aun así, todo el mundo puede sufrir un accidente. Quizá se emborrachase la noche anterior, calculase mal dónde estaba la orilla en la oscuridad, se cayese y se ahogase.

—Pero ¿dónde se ha visto un anfibio que se ahogue? —masculló —. Si Otto fuese a ahogarse, sería en una botella de licor.

A Vera se le estaba agotando el tiempo. Para entonces, el sol había aclarado las copas de los árboles, y en torno a ella empezaban a avivarse los sonidos de la vida cotidiana. Miró alrededor solo un poco más antes de decidir que había llegado el momento de avisar a la policía. El jefe Aguamiel podía meter las patas en una barca y trasladar a Otto a tierra seca, al menos.

Antes de dirigirse a la comisaría, Vera se pasó por las oficinas del *Herald* de Shady Hollow y dejó caer la cámara como si tal cosa en el cajón más grande de su mesa, con la intención de acercarse a la de Gladys para ver cómo estaba.

—Un escalofrío me ha recorrido la columna y entonces he visto al pobre y viejo Otto allí flotando… ¡Oh, esta mañana me he levantado y he sabido que iba a ser un mal día!

Gladys seguía berreando, solo los cielos sabían a quién. Parecía haberse recuperado por completo de la dura experiencia. Vera advirtió que había tenido tiempo de embellecer el relato, añadiendo toques de fatalidad que no se había molestado en incluir cuando había dado la noticia a Vera.

La zorra negó con la cabeza y se dio media vuelta, con la intención de acudir a la comisaría antes de que alguien tuviera la oportunidad de abordarla.

La comisaría estaba tranquila, pero la puerta se hallaba abierta de par en par, de modo que Vera entró sin llamar. Como era de esperar, el jefe Aguamiel aún no había llegado, pero Vera informó de lo que había visto a su ayudante, Orville Braun. Como su jefe, Orville era un oso grande, aunque pardo y mucho más astuto.

Le dijo a Vera que iría al estanque de inmediato para investigar y retirar el cadáver con el fin de que recibiera un entierro decente. Sabía que el jefe no llegaría hasta al cabo de un par de horas en el mejor de los casos, ni siquiera por algo tan trascendental como una muerte. A Orville, sin embargo, le gustaba llegar a comisaría y empezar el día en relativa calma, mucho antes de que apareciera Aguamiel. Le permitía afrontar los problemas cotidianos de vigilar las calles de Shady Hollow. Trabajar solo en comisaría también le

posibilitaba darse el gusto de algunos sueños más ambiciosos, en los que Orville era el jefe de policía, ataviado con un sombrero y una placa nuevos y relucientes, y objeto del respeto y de la admiración de toda la ciudad.

Quizá su dedicación se viera recompensada entonces. Podía encargarse del triste asunto de la muerte de Otto Pfangal antes de comer, y esa raposa reportera mencionaría lo competente y estoico que se había mostrado durante toda la terrible experiencia. Sí, sin duda sonaba bien.

—Ay, ese pájaro ha alzado el vuelo. Ha sido Gladys Madreselva quien me lo ha contado —dijo Vera.

El oso puso los ojos en Manco.

—Oh, vaya. Adiós a guardar el secreto.

El ayudante Orville hizo acopio de sus accesorios policiales habituales (sombrero, esposas de cuerda y entrecejo fruncido) y se encaminó hacia el estanque con Vera al lado. Ella no había pedido exactamente acompañarle, y Orville aún estaba algo adormilado. En cualquier caso, no tenía razones para mantener alejada a la zorra. Sabía de la fama de Vera como reportera. Se habría plantado enseguida allí de todos modos.

—Tendré que requisar un bote —gruñó Orville por el camino—. El jefe se ha llevado la barca policial de pesca.

—¿Qué espera encontrar? —preguntó con curiosidad.

—Diría que peces. —Orville se quedó mirando a la zorra de un modo inexpresivo—. ¿Qué si no?

Vera devolvió la mirada al oso pardo, con aire sospechoso.

—¿A pescar literalmente?

—¿Existe otra forma de pescar?

Ella entrecerró los ojos y suspiró.

—No importa. Sé que en Shady Hollow no se ve el interior de un tribunal tan a menudo.

—Pues no. —Orville sonrió, mostrando sus enormes dientes—. La mayoría de las criaturas confiesan en el acto.

—Apuesto a que sí —susurró Vera. Orville podía resultar muy

intimidante cuando quería.

El oso iba observando la orilla a medida que avanzaban.

—Así que ahora tendré que buscar otro bote.

—En el aserradero siempre tienen unos cuantos —sugirió Vera de manera espontánea— para cuando se caen los maderos de alguna barcaza.

—Servirá —gruñó él.

Llegaron al lugar en el que Vera había tomado las fotos. La reportera le dijo a Orville que montaría guardia mientras él se hacía con un bote. Lo vio caminar a toda prisa hasta el aserradero. Su forma descomunal fue encogiendo poco a poco a medida que se alejaba.

Esperó. Al cabo de un cuarto de hora, vio un bote que se abría paso lentamente desde el muelle del aserradero hasta donde flotaba el cadáver de Otto. Algunas criaturas habían empezado a advertir que ocurría algo y se reunían en la orilla para mirar.

Cuando Orville llegó al cadáver, Vera oyó que daba un grito de sobresalto y, durante un momento disparatado, pensó que quizá Otto siguiera respirando. Pero el oso no alteró el ritmo, lo que sugería que no hacía falta que se apresurase. Ató a Otto al bote con un cabo y empezó a remar de vuelta a la orilla, hacia donde se encontraba Vera.

A unos metros de tierra, Orville saltó al agua produciendo una gran salpicadura y arrastró el bote hasta el barro. Vio a la multitud congregada y bramó:

—¡Atrás! ¡Atrás, todos vosotros! ¡Dejadnos espacio! ¡Mostrad algo de respeto!

Acobardados por el espectáculo de un oso pardo enfurecido, todos se esfumaron… excepto Vera. Ella sabía que había algo que no iba bien.

—¿Te ayudo a sacarlo? —le preguntó.

—No hace falta.

Orville caminó por el agua hasta el cuerpo y lo cogió con suavidad, como si fuese un osezno en lugar de un cadáver. Sin dar

muestras de malestar alguno, llevó los restos de Otto hasta la orilla y los depositó con cuidado en el suelo frío y fangoso, boca abajo. El enorme oso se estremeció, no con repulsión, ni siquiera frío, sino con ira.

Vera entendió por qué cuando lo vio mejor.

Además del hecho de que Otto estuviera boca abajo y no se moviera, había un oscuro reguero de sangre que se filtraba desde su cuerpo, y lo más alarmante era la empuñadura de un cuchillo que le sobresalía por la espalda.

A Vera le dio un vuelco el estómago y retrocedió un paso.

Apenas se cometían delitos en Shady Hollow y, que ella supiera, nunca se había producido ningún asesinato. Puede que Otto fuera un cascarrabias, pero era un vecino y había vivido cerca de la represa muchos años.

—¿Quién podría haber hecho esto? —susurró.

Orville se irguió en toda su estatura, sacudiéndose el agua.

—No lo sé, pero pienso averiguarlo.

Si el ayudante recordaba que trabajaba para el jefe Aguamiel, no parecía importarle. Recogería pruebas, sacaría fotos y contactaría con la funeraria La Cuenca Sosegada para que recogieran el cadáver de Otto antes de que el jefe se levantara siquiera de la cama. A Orville le gustaba su trabajo y sabía que se le daba bien. Le molestaba hacer la mayor parte de la faena mientras su jefe se atribuía la mayor parte del mérito, pero encontraba mezquino quejarse. Después de todo, ¿a quién importaba realmente qué oso resolvía el caso de una escultura de hielo robada?

Lo que sentía en ese momento, sin embargo, era distinto. Aunque los delitos menores formaban parte de la vida, el asesinato era una afrenta a la sociedad civilizada. Puede que Otto no fuera el vecino más encantador, pero nadie merecía acabar así. A pesar de la situación, Orville advirtió cierta emoción en la boca del estómago. ¿No era justo ese el motivo por el que había escogido esa carrera? Era demasiado tarde para proteger a Otto, pero sin duda podía buscar justicia para el sapo asesinado.

Por su parte, Vera también sabía que ese hallazgo lo cambiaría todo. Dejó a Orville a lo suyo y corrió de vuelta a las oficinas del periódico. Por una vez, se había adelantado a Gladys con una historia. Por desgracia, era una tragedia.

Aunque quizá pudiera ser una oportunidad también.

CAPÍTULO TRES

Mientras los ciudadanos se congregaban en un silencio horrorizado al paso de Orville trasladando el cuerpo desde el estanque, y mientras la pequeña Gladys se desgañitaba para difundir su noticia, ya desfasada, la vida continuaba con bendita normalidad en La Taza de Joe.

Joe llevaba a cabo su rutina matutina habitual. Estaba disfrutando de su parte favorita del día: la preparación para la hora punta del desayuno. Preparaba el café, luego llenaba la barra de distintos bollitos y magdalenas. Los habían horneado la noche anterior y para entonces estaban fríos y olían muy bien. Llenó los servilleteros (aunque no demasiado) y limpió las mesas hasta que chirriaron. Joe se enorgullecía de ejecutar una estricta operación. Pasaba el trapo por la barra siempre que tenía un momento y recolocaba las magdalenas de manera que las de manzana recién hechas quedasen delante. Apostaba a que habrían desaparecido todas para la hora de comer.

Dejó escapar un suspiro, y los alces son capaces de suspiros muy grandes, no te equivoques. No era exactamente como había imaginado que iría su vida, regentando un café en un pueblo pequeño y criando a su hijo solo. Pero aquel establecimiento era lo único que tenía en ese momento y, la mayor parte del tiempo, se sentía agradecido por ello. Había días en que ni siquiera pensaba en

su mujer, ni se preguntaba por qué se había marchado. La mayor parte del tiempo estaba contento, si no feliz, y le iba tan bien como podía irle a un alce. Estaba bien considerado en Shady Hollow y a la gente le parecía una criatura buena, aunque nunca hubiera mostrado interés por ninguna de las damas solteras a las que servía café.

Un golpeteo rápido en la puerta lo devolvió al presente con un sobresalto.

Joe se puso en marcha cuando se dio cuenta de que eran casi las seis de la mañana. ¡Hora de abrir el café! Quitó el pestillo de la puerta y giró el letrero de ABIERTO.

—¡Pasa, pasa! —bramó a la ardilla que había estado esperando —. ¡Marchando un café! —Joe sonrió de oreja a oreja. Ese día no iba a mortificarse con el pasado. Eso nunca acababa bien.

La ardilla solo era la primera de muchos clientes. Enseguida entró un ratón a toda prisa por la puerta.

—¡Hola, Joe! ¡Lo de siempre! —dijo el roedor con una contracción nerviosa en los bigotes.

Era uno de sus clientes habituales: Howard Estridor. Trabajaba como jefe de contabilidad para Reginald von Pieldecastor, el propietario del aserradero. Howard siempre tenía prisa, pues siempre llegaba un pelín tarde. Se paraba a coger un surtido de pastas para la oficina todas las mañanas; era bien sabido que Joe tenía las mejores de la ciudad, y el señor Von Pieldecastor solo quería lo mejor.

Reginald von Pieldecastor estaba demasiado ocupado y era demasiado importante para recoger su propio desayuno, por supuesto. Para eso tenía a Howard. Pese a que el ratón era un empleado administrativo, le ordenaban cumplir toda clase de tareas extrañas y encargos no precisamente glamurosos. Muchas criaturas no tolerarían semejante trato, pero el empleo de Howard era muy importante para él y tenía muchas boquitas que alimentar en casa. Él y su primorosa mujer, la señora Amelia Estridor —la luz de su humilde vida—, ya tenían cinco pequeñas camadas, y podía decirte

el número exacto de hijos, también, si le dabas un momento para recordarlo. Howard trabajaba muchas horas y soportaba muchos abusos por parte de Von Pieldecastor por el bien su familia. En efecto, la camada de tres más reciente implicaba que el trabajo era más importante que nunca.

Por suerte, cobraba relativamente bien y era muy buen contable, pues siempre comprobaba su trabajo cuatro veces. Disfrutaba con el trabajo. También servía para sacarlo de casa, que a menudo estaba invadida de pañales sucios, tazas de leche agria y grandes pilas de juguetes de madera desparramadas por la alfombra. Howard adoraba a su familia y le gustaba ser padre, pero también le gustaba su despacho en el aserradero, que tenía una puerta que podía cerrar. Allí no le molestaba nadie más que su jefe, a quien podía oírse gritando su nombre a unos buenos tres kilómetros de distancia.

Howard se miró el reloj con nerviosismo mientras Joe le tomaba nota.

—¡Gracias, Joe! ¡Ponlo en la cuenta del aserradero, por favor!

El ratoncito se arqueó bajo el peso de la bollería y salió tambaleándose por la puerta del café.

—¡Oh! —chilló, sorprendido por algo que había fuera—. ¡Perdone, claro!

—¡Hoooooola, Joe! —saludó una nueva voz en cuanto el ratón hubo desaparecido.

Otro cliente habitual de La Taza de Joe a primera hora de la mañana era el profesor Ambrosius Heidegger. Era el que había sobresaltado a Howard; la presencia inesperada de una lechuza suele causar cierta incomodidad a los ratones, incluso en un mundo civilizado como Shady Hollow. Heidegger llevaba una dieta estrictamente vegetariana, sin embargo, pues había leído mucho acerca de los beneficios. Daba clases nocturnas de filosofía a los alumnos mayores de Shady Hollow y se consideraba todo un sabio. Paraba en el café para comprar un dulce bollito de miel como parte de su ritual para irse a la cama, pues seguía un horario mayormente nocturno.

—Ah, y me llevaré uno de esos magníficos pasteles de semillas para esta noche —añadió—. ¡Me espera mucho trabajo cuando me levante!

Necesitaba sustento para sentarse en su despacho lleno de libros, en lo alto de un olmo a las afueras de la ciudad, y poner notas a los primeros trabajos del semestre de sus alumnos. Su trabajo requería muchísima paciencia, pues consideraba idiotas a la mayoría de los estudiantes. Tanto si era el caso como si no, ¡al menos tenían la suerte de aprender del gran profesor Heidegger! Dio las gracias a Joe por atenderle y dejó una propina generosa en el tarro situado junto a la caja registradora.

Joe siguió atareado durante las primeras horas del día. La agitación reinaba en el ambiente, y no enteramente a causa del aire y del sol de finales de verano. Las criaturas parloteaban entre ellas. Joe oyó «ayudante Orville» y automáticamente prestó más atención. Antes de poder dotar de algún sentido a lo que había captado, alguien nuevo lo interrumpió.

—¡Buenos días, Joe!

Aquel tono enérgico pertenecía a Lenore Sotavento. Era la cuerva que regentaba la librería Nunca Más, muy popular en Shady Hollow. Joe no leía mucho, pero Lenore era una clienta habitual y siempre era rápida. Solía pasarse temprano a por un café con un bizcochito de nueces y dirigirse luego a la librería para preparar los libros antes de abrir, algo más tarde.

Joe le sirvió el café y le metió el bizcocho habitual en una bolsa. Lenore nunca variaba su pedido, y le complacía ver que Joe ya lo tuviera preparado al verla venir.

—Lenore —dijo Joe en un murmullo—, algo flota en el ambiente. —Normalmente no le gustaba confesar que no estaba al corriente de todo, pero Lenore era un caso aparte.

Asintió y se entretuvo en el mostrador para añadir un chorrito de miel a su taza.

—He visto mucho revuelo junto al estanque. Creo que es posible que se haya ahogado algún animal.

—¿De verdad? Es terrible.

—Bueno, no estoy segura de qué ha ocurrido —reconoció. Lenore tampoco era dada a admitir que carecía de información, pero Joe era un caso aparte—. No he querido ir a papar moscas. Me ha parecido ver a Vera en la multitud, y si sabe algo seguro que me lo cuenta. —Lenore y Vera eran buenas amigas; su camaradería estribaba en la naturaleza inquisitiva de ambas y un amor común por la palabra escrita—. Pero apuesto a que tú te enteras mucho antes.

—Espero que no haya pasado nada malo —dijo Joe, aunque ya se temía lo peor. Sentía una especie de preocupación en los huesos —. No puedo explicarlo, pero esto no me gusta. Las cosas van a cambiar por aquí.

La cuerva lo miró con aquellos ojos negros brillantes.

—¿Cambiar en Shady Hollow? Haría falta algo bastante drástico para eso. —Recogió su desayuno—. ¡Lo que no va a cambiar es que llegue a tiempo al trabajo! Cuídate, Joe.

Cruzó la calle y abrió la pesada puerta de roble de la librería exactamente a la misma hora de siempre. Lenore Sotavento era muy puntillosa y le gustaban las cosas de un modo determinado. Esto se reflejaba en su exitosa librería, la única en Shady Hollow (y en kilómetros a la redonda, en realidad).

Tradicionalmente, las criaturas del bosque no son muy dadas a la lectura, pero las cosas cambiaron cuando Lenore abrió la librería.

«"Nunca más" —dijo durante la ceremonia de inauguración— tendrá que verse la ciudad sin entretenimiento de calidad». Su visión había demostrado ser acertada.

El viejo silo de grano reconvertido en pequeña librería era muy acogedor. Cada planta estaba dedicada a un género, con las paredes forradas de libros. El centro de la librería era abierto, de modo que (a excepción de la planta baja) cada nivel era en realidad una galería desde donde se veía a los clientes que entraban. La disposición también tenía la característica práctica de permitir a Lenore volar a cualquier nivel en cuestión de segundos. Los rincones albergaban lámparas y cómodos sillones en los que uno podía hacerse un ovillo

con una novela de misterio o el último *thriller*. La ubicación de la librería también era estupenda: justo enfrente de La Taza de Joe, cuyos clientes con frecuencia hacían algún descanso para probar un aperitivo. La armonía entre los negocios del pueblo era importante. Lenore contempló su pequeño imperio, pero su mente seguía dando vueltas a la noticia de Joe. Esperaba que Vera se pasase pronto.

CAPÍTULO CUATRO

En ese momento, Vera Vulpes estaba en su despacho del periódico. Había actuado con rapidez tras dejar a Orville. Echó el pestillo del cuarto oscuro situado debajo de la parte principal del edificio para revelar la película de la cámara. En ese momento se hallaba encorvada sobre su mesa, estudiando las fotos en blanco y negro de la escena del crimen. Orville tenía un aspecto furioso cuando trasladó a Otto a la orilla, y Vera creía que el oso haría todo lo posible por encontrar al asesino. Sin embargo, confiaba más en sus intenciones que en su competencia real.

De hecho, Vera estaba casi segura de que era de lejos la investigadora con más experiencia de Shady Hollow. Había trabajado en sucesos en una gran ciudad del sur antes de decidirse por una vida más tranquila en Shady Hollow. No muchos vecinos sabían de su pasado, y Vera no tenía ningún interés en poner al corriente a todos los demás. Tenía sus propios secretos y prefería seguir preservando su intimidad.

—¡Vera! —El grito provenía del despacho lleno de humo al frente de la redacción.

Vera suspiró y puso los ojos en blanco. Metió con cuidado las fotos debajo del periódico del día anterior. Luego se levantó y acudió a toda prisa al despacho del director, donde poco a poco emergió una forma de la nube de humo.

—¿Sí, NB? —preguntó.

NB Roca, una mofeta de edad avanzada, corpulenta pero llena de energía, la fulminó con la mirada desde detrás de su enorme escritorio de roble.

—¿Qué es eso de un asesinato? —Hacía girar el puro a medida que hablaba.

—Estoy en ello, NB —le aseguró Vera, y tosió cuando el aire viciado le invadió los pulmones.

—Acabo de enterarme por ese sargento… ¿Cómo se llamaba? ¿Orville? Quiere poner un anuncio en el periódico, ¡sin pagar!

—Es un ayudante, NB. Y no cobramos a la policía por publicar notas oficiales —le explicó Vera con paciencia.

—¿Que no cobramos? ¡Eso es un atraco! —espetó NB en respuesta, y estuvo a punto de caérsele el puro de la boca en pleno arrebato de ira por las tarifas—. En cualquier caso, esto es importante. Muy importante. ¡Trascendental! Ponte con esta historia, Vera. ¡Quiero un gran titular y un artículo a toda plana antes de que anochezca!

—Tengo que averiguar los hechos antes de escribirlos, NB.

—Pues ¡venga, venga, venga! ¡Todo en negro sobre blanco! —aulló.

Vera salió pitando de la habitación llena de humo y se detuvo en su escritorio para coger las fotografías. Lo pondría todo en negro sobre blanco. Arrugó el hocico. No necesitaba que NB le dijera que esa historia era importante.

En unos instantes, la zorra se plantó en la calle y miró a ambos lados antes de cruzar. No había ningún peligro en cruzar una calle en Shady Hollow, por supuesto. La vida se desarrollaba a un ritmo pausado. Pero percibía el estado de ánimo en el aire.

La calma cotidiana de la ciudad se había hecho añicos. Había criaturas a la puerta de sus casas, hablando unas con otras como si se hubiesen olvidado de la rutina del día. Dado que la víctima no era otra que el ermitaño gruñón de Otto Pfangal, la conmoción causada por el asesinato era manejable, lo que proporcionaba a los

habitantes de Shady Hollow libertad para entregarse al delicioso cotilleo producido por el asesinato.

Cruzó hasta el lado en sombra de la calle Mayor y entró en La Taza de Joe al cabo de un instante. Echó un vistazo alrededor. El café de Joe estaba lleno de clientes que hablaban, se angustiaban y especulaban. Era como un festivo especialmente lúgubre.

—Vera. —Joe la había visto y ya estaba sirviéndole un café solo, como de costumbre—. Aquí tienes. Parece que estás con la historia.

—Entonces ¿ya lo sabes? —Era una pregunta absurda. Si había alguna noticia nueva en el pueblo, Joe se había enterado.

—Gladys se ha pasado hace más o menos media hora a por una bebida reconstituyente. Tenía la garganta bastante seca esta mañana.

A pesar del tema, Vera le dirigió una breve sonrisa llena de dientes.

—Pobrecito, lo que habrás tenido que oír…

—Es terrible, Vera —dijo Joe con seriedad—. No está bien lo que le ha pasado a Otto.

—¿El asesinato está bien alguna vez? —preguntó ella retóricamente.

Joe hizo una pausa, luego respondió despacio:

—En algún momento podría estar justificado. —Parecía hablar para sí. Luego negó con la cabeza, de modo que arañó el techo con las astas—. Pero Otto nunca hizo daño a una mosca.

—Se metió en unas cuantas discusiones por el pueblo. —Vera conocía la reputación del sapo tan bien como cualquiera, aunque no llevara toda la vida en Shady Hollow.

Joe volvió a negar con la cabeza.

—¡Todo palabrería! Vale, era un gruñón. Discutir con la gente era su jueguecillo. Nunca hizo daño a nadie con ello. En todo caso, se perjudicaba a sí mismo, pues vivía solo junto al estaque y su malhumor mantenía alejados a los demás.

Vera asintió al tiempo que sacaba su cuaderno de notas.

—¿Puedo citarte?

Pidió a Joe que le contara más cosas de Pfangal, y el alce recordó algunas de las historias que rodeaban al morador cascarrabias del estanque. Pfangal, al parecer, había venido de alguna parte del lejano norte, donde las largas noches de los inviernos helados obligaban a algunas criaturas a pasar la mitad del año bajo tierra. Joe sospechaba que ese rasgo de supervivencia explicaba la costumbre de Otto de actuar como un ermitaño, incluso en el clima relativamente templado de los bosques que rodeaban Shady Hollow.

El sapo bebía café solo siempre que podía, de ahí que Joe lo hubiera visto tanto. Pero en los últimos años, Pfangal se había vuelto más taciturno y solitario. Rara vez hablaba sobre temas generales con nadie del pueblo. Incluso al afable Joe apenas le dirigía algún gruñido. Las conversaciones más largas de Otto —si es que podían llamarse así— habían sido discusiones encarnizadas con cualquiera que se pusiera en su camino.

Según Joe, el día anterior mismo, Pfangal había tenido una bronca con la gran bestia misma, Reginald von Pieldecastor, el alcalde extraoficial del pueblo. Pfangal se había pasado las últimas semanas despotricando contra la presa del aserradero por ensuciar su lado del estanque. Tras muchas provocaciones, Von Pieldecastor dejó a un lado la dignidad y acabó respondiendo del mismo modo, utilizando algunas palabras demasiado ásperas para que Vera las publicase en el periódico.

—Por supuesto —dijo Joe—, no estoy sugiriendo que la discusión de ayer tuviera nada que ver con la muerte de Otto. Él se peleaba con todo el mundo. También tuvo unas palabras con Ruby. Le armó una buena. Parecía algo agitada cuando ha venido esta mañana, una hora más tarde de lo habitual y con pinta de no haber pegado ojo.

De hecho, Ruby Ovino había entrado tambaleándose literalmente en La Taza de Joe. Como no era de hacer preguntas, Joe la había saludado y había empezado a prepararle una bebida extrafuerte. Ruby, por decirlo de forma llana, no era tímida en lo que se refería a las relaciones. Le gustaba pasarlo bien, aunque también podía ser

trabajadora, como bien sabía Joe, pues había sido camarera en el café tiempo atrás. Ruby cambiaba de empleo prácticamente por impulso. Ahora estaba ocupada en el Hogar Tranquilo del Buen Cuervo para Criaturas Mayores.

Con su tacto habitual, Joe se había limitado a desearle un buen día y a centrarse en dejar el mostrador reluciente una vez más. Ruby se había marchado tan rápido como había entrado, sin apenas pronunciar palabra. Vera se abstuvo de hacer un comentario mordaz acerca de que la oveja no parecía pegar ojo la mayoría de las noches. Joe, por supuesto, era demasiado educado para mencionar esa parte de la vida de Ruby.

Vera cerró el cuaderno.

—Bueno, será mejor que me ponga en movimiento.

Salió y cruzó la calle con su siguiente destino en mente.

—¿Lenore? —llamó Vera, echando un vistazo en la librería—. ¿Estás aquí?

Un susurro de alas fue lo único que se oyó cuando Lenore bajó volando desde las vigas del techo. Tenía el despacho en lo alto del viejo silo, donde nadie podía molestarla.

—Hola —respondió, y se posó con ligereza junto a la zorra—. Diría buenos días, pero no parecen muy buenos, ¿no?

—Entonces tú también lo sabes —dijo Vera.

—A estas alturas, imagino que ya lo sabe todo el mundo. Las noticias vuelan por estos lares.

—Estoy escribiendo una historia sobre la muerte de Pfangal —explicó Vera—. ¿Sabías que nunca se había cometido ningún asesinato en Shady Hollow?

—Bueno, no exactamente. —Lenore erizó las plumas—. Justo estaba releyendo algunas historias locales. Shady Hollow fue una ciudad algo dura en los viejos tiempos. Hubo un asesinato en la época de mi abuelo, cuando aún estaban construyendo el aserradero. Encontraron a un trabajador muerto en la obra. Al principio creyeron que había sido un accidente, pero resultó que había pillado a otro robando dinero de los fondos para la

construcción. Descubrieron quién era sin excesiva dificultad, pero escapó antes de que lo atrapara la policía. Una comadreja…, sin ánimo de juzgar —concluyó Lenore con un aleteo cargado de significado.

—¡Fascinante! Puedo agregarlo a mi historia —dijo Vera mientras garabateaba de forma frenética.

—Aunque no se me habría ocurrido que Otto hubiera enfadado a alguien lo suficiente como para apuñalarle —continuó Lenore con aire pensativo—. Quiero decir que era un cascarrabias, pero no más ayer que en la última década.

—Alguien no opinaría lo mismo —repuso Vera—. O está ocurriendo algo más.

Su conversación se vio interrumpida por un alboroto en la calle. Alertadas, las dos criaturas se volvieron y se asomaron por la puerta abierta.

El ayudante Orville no había perdido tiempo. Conducía a un mapache por el medio de la calle Mayor, con las garras atadas al lomo. El mapache protestaba sonoramente contra aquel trato, pero la expresión adusta del oso reflejaba que era poco probable que ninguna queja fuera a hacerle cambiar de opinión.

Lenore graznó sorprendida.

—¡Orville se lleva a Zurdo a comisaría!

Vera salió de la librería de un salto.

—¡Orville! —lo llamó—. ¿Estás deteniendo a Zurdo? ¿Vas a acusarlo de algo?

Zurdo le echó un vistazo, la reconoció del *Herald* y empezó a gimotear:

—¡Son prejuicios, así de simple! Solo porque me he metido en algunos líos, ¿creen que soy un asesino? ¡No pienso aceptarlo! ¡Voy a demandarles! ¡Obtendré justicia!

—Sigue moviéndote —gruñó el oso—, fanfarrón.

—¿Por qué le detienes? —preguntó Vera de nuevo.

—No lo detengo —dijo Orville con acritud—. Solo me lo llevo para hacerle unas preguntas.

—Pero ¿por qué? ¿Qué has averiguado?

—Deje la investigación a los profesionales, señorita Vulpes —replicó el oso, altivo—. Váyase a escribir sus pequeñas historias. Yo tengo que encontrar a un asesino. ¡Las huellas de las patas de esta criatura estaban en el escenario del crimen!

Vera retrocedió, herida. Vio como el oso empujaba al mapache por la calle. Entonces entrecerró los ojos.

—Mis pequeñas historias, ¿eh? —Abrió el cuaderno—. Ese arrogante… Daré una historia a Shady Hollow…

Lenore rodeó a Vera con su ala, la llevó adentro y pasó cinco minutos tranquilizando a la zorra.

—Se lo tiene muy creído, Vera, pero es un oso policía. Estoy segura de que hará todo lo que pueda para atrapar al asesino.

—¿Lo que pueda será suficiente? Orville solo va a interrogar a Zurdo porque es lo más cercano que tiene Shady Hollow a una mente criminal. Todo el mundo lo sabe. Pero Zurdo no es un asesino, aunque sus huellas estuvieran… ¡Lenore!

—¿Perdona? —dijo la cuerva con los ojos, pequeños y brillantes, muy abiertos.

—¡Eso quería enseñarte! He sacado algunas fotos de la escena. Orville ha dicho que las huellas de Zurdo estaban allí. Veamos qué más había. Apuesto a que Orville ha pasado algo por alto.

—Una apuesta segura —masculló Lenore.

Las dos criaturas se reunieron en torno a las fotografías, que examinaron cuidadosamente. Vera había sacado bien las fotos, y las imágenes habían salido con claridad.

Vera, que ya estaba acostumbrada a las imágenes truculentas, se mostró pragmática.

—No pudieron apuñalarlo en el agua, por supuesto; habría sido capaz de sumergirse y huir. Eso significa que algún animal lo redujo en la orilla y luego lo empujó al agua… o dejó que se tambaleara hasta dentro. ¿Ves algún lugar en la orilla…?

—Aquí. —Lenore tocó una foto—. ¿Ves las marcas en el barro? Deslizaron algo grande, como el cuerpo de Otto, hasta el estanque

justo aquí.

—Esa huella es de una pezuña de mapache —añadió Vera, dando un golpecito en otro punto de la misma foto.

—Pero aquí hay una pista de castores. Y una huella de casco. No demuestra nada, a pesar de lo que piensa Orville. Todas las criaturas utilizan ese sendero. Salvo yo —añadió Lenore, levantando un ala— y el resto de los pájaros.

Vera observaba la foto con los ojos entrecerrados.

—Aquí hay algo más de lo que podemos decir a partir de estas imágenes. Creo que deberíamos ir a ver la escena en sí de nuevo.

—¿Orville no lo habrá acordonado?

—¿Y? —Vera se guardó el cuaderno—. Cierra un rato. De todos modos, ningún animal comprará una historia de misterio hasta que esta esté resuelta.

—Triste pero cierto —confirmó Lenore—. Ve yendo. Nos vemos allí.

Aunque tardó un momento en colgar un letrero y echar la llave a la puerta, Lenore enseguida estuvo en el aire y adelantó a la zorra, que corría por el suelo.

Cuando llegó Vera, Lenore ya estaba echando un vistazo al escenario. Orville, en efecto, había acordonado la escena del crimen, pero el lugar había atraído a numerosos espectadores de todos modos. Había huellas de patas por todas partes; los animales habían pisoteado la mayor parte del suelo, incluso con el acordonamiento. Vera suspiró al ver los destrozos. ¿Era lo mejor que podía hacer Orville?

—Ahí está la botella de cristal que aparecía en una de las fotos. —Lenore señaló con un ala hacia la botella que Vera había visto antes.

—Sí, pero la han tirado a los juncos. Está demasiado lejos para que la coja sin nadar —se quejó Vera.

—¡Ah, no te preocupes! —Lenore aleteó hasta la botella y la cogió con el pico. Como cualquier cuervo, le gustaban los objetos brillantes. La dejó caer con suavidad en las garras de la zorra y

aleteó hasta el suelo—. ¿Qué crees que significa?

—Tal vez no sea nada. —Vera la recogió. Era una botella de licor, verde oscura, con una etiqueta de papel en la que figuraba un árbol en flor y algunos caracteres que Vera no pudo leer.

—Se parece a esas botellas de vino de la Franja de Bambú —dijo, en referencia a un restaurante nuevo regentado por la última incorporación a la población de Shady Hollow, un panda gigante llamado Sun Li. Servía una comida vegetariana sabrosa, popular en la ciudad. Pero Vera apenas sabía nada de él—. Supongo que podría ser vieja. El restaurante abrió hace varios meses.

—Lo dudo. —Lenore negó con la cabeza—. Está muy limpia. No tiene barro, y la etiqueta aún no se ha despegado con ninguna lluvia. No puede llevar más de uno o dos días aquí.

—¿Crees que es una pista? —El respeto de Vera por la capacidad de observación y las conclusiones razonadas de Lenore iba en aumento.

—Bueno, no creo que apuñalaran a Otto con una botella. Pero podríamos preguntar a Sun Li si ha vendido una de estas en los últimos días, y a quién.

—Buena idea. —Vera se metió la botella en el bolso—. Ahora mismo no veo nada más. ¡El terreno es un desastre! Y no sabremos por qué ha detenido Orville a Zurdo hasta que lo suelte.

La cuerva se mostró de acuerdo.

—Averiguaremos más hablando con otros. Vamos a la Franja de Bambú. ¡Es casi la hora de comer!

CAPÍTULO CINCO

La Franja de Bambú era un restaurante situado en un edificio bajo del extremo este de la calle del Arce. El tejado se curvaba ligeramente hacia arriba en las esquinas, y toda la propiedad quedaba cubierta por un bosquecillo de bambú, que había crecido rápido a partir de semillas que había llevado consigo Sun Li. La alta vegetación la dotaba de un aire intrigante, nada que ver con el resto de Shady Hollow. Los tallos, de un verde claro, resguardaban el restaurante de la calle, lo que proporcionaba a los clientes un lugar tranquilo y aislado para comer.

Cuerva y zorra enfilaron un camino estrecho y levemente curvado de guijarros blancos y lisos que les condujo hasta una puerta pintada de un rojo vivo. Antes de que ninguna de las dos pudiera llamar, la puerta se abrió despacio de par en par. Una forma grande, blanca y negra, surgió del interior a oscuras.

—¿Mesa para dos? —preguntó Sun Li.

Vera había oído que el panda hablaba más de una docena de lenguas y dialectos. Pero, claro, había oído muchas cosas acerca de aquella criatura, la mayoría de las cuales no se creía.

Vera se volvió hacia Lenore, quien asintió.

—Sí, por favor, si no es demasiado temprano.

—Por aquí.

Sun Li las guio por el local, de techo bajo, hasta un lugar soleado

junto a una ventana, a través de la cual podían ver el bambú que crecía fuera. Su anfitrión les sirvió té caliente en unas delicadas tacitas azules y luego se fue a por la carta arrastrando los pies. Lenore y Vera no eran las primeras clientas. En otro rincón había dos jóvenes castoras, las herederas Von Pieldecastor, de hecho. Ya estaban mordisqueando pequeños tallos de hortalizas.

Lenore cogió su taza y la sostuvo a la luz, viendo como el sol iluminaba el interior de la fina cerámica.

—Qué bonita —comentó. La cuerva tenía ojo para esas cosas.

—¿Te gustan? Se me rompieron algunos platos en la travesía por mar, pero me complació que la mayoría llegaran a salvo —dijo Sun Li, que regresó con un par de cartas, poco más que pergaminos sin enrollar—. De plato especial del día tenemos guisantes con setas del bosque —continuó—. Muy ricos.

Al oírlo, Vera no se molestó en leer la carta con detenimiento.

—Me parece perfecto. ¿Y qué tiene de beber aparte del té? —preguntó, directa al grano. Rebuscó un momento en su bolso, sacó la botella y se la enseñó—. ¿Tiene algo así?

Sun Li no pareció inmutarse cuando cogió la botella y la examinó.

—Por supuesto. Este vino de ciruela es algo que vendo aquí.

—¿Recuerda quién compró la última que vendió y quién se quedó la botella?

El panda reflexionó.

—La señorita Ruby, creo. A principios de semana.

—¿Ruby Ovino?

—Sí. Trabajó aquí justo al principio, cuando necesitaba ayuda extra para montar el restaurante. Le cogió el gusto al vino de ciruela. ¿Por qué lo preguntan?

Vera miró a Lenore. La cuerva la animó a seguir con un asentimiento.

—Hemos encontrado la botella cerca del cadáver de Otto Pfangal —reconoció Vera—. Pero, claro, quizá no signifique nada.

—A menudo resulta difícil saber qué detalles componen el patrón hasta que uno se aleja —contestó Sun Li. No parecía tener opinión

propia—. Discúlpenme mientras preparo su comanda.

Después de que se fuera, Lenore dijo:

—Bueno, no parece demasiado interesado en la muerte de Otto.

Vera se quedó mirando el bambú de fuera.

—No estoy segura de que conociera a Otto. El sapo no habría comido aquí, eso seguro.

—No a menos que hubiera un plato especial de moscas y pescaditos —coincidió la cuerva.

Lenore y Vera guardaron silencio mientras reflexionaban sobre la conexión de Sun Li, o la falta de ella, con el difunto. Shady Hollow era un lugar muy pequeño. Costaba imaginar que hubiera habitantes que no se conocieran.

Sun Li no tardó en servirles dos platos humeantes en la mesa.

—Debería haberlo preguntado antes —dijo Vera—. ¿Conocía usted a Otto?

—Pues sí —respondió Sun Li—. Vino varias veces cuando acababa de abrir. Le gustaba el plato especial de mediodía, aunque ojalá no se hubiese empeñado en llevarse siempre las sobras en un envoltorio de hoja a escondidas. Tengo unas bonitas cajas para eso.

—¿Se llevaba la comida a escondidas? —preguntó Lenore con incredulidad.

Su anfitrión asintió con gesto serio.

—Quería averiguar de qué está hecha la salsa. Por supuesto, es un secreto de familia. —Sin dejar entrever si hablaba en serio o bromeaba, Sun Li hizo una leve reverencia y se marchó.

Los aromas tentadores que emanaban los platos ascendieron, y Vera y Lenore se pusieron patas a la obra y dejaron temporalmente en espera cualquier pensamiento relacionado con el asesinato. Investigar abría el apetito. Sin embargo, el asunto del asesinato acabó saliendo de nuevo a la superficie, y las dos criaturas empezaron a hablar sobre móviles.

Mientras Vera se planteaba si sería de mala educación lamer el plato, desvió la vista hacia la otra mesa ocupada en el restaurante y vio que las hijas de Von Pieldecastor las miraban fijamente. Se

hallaban un poco demasiado lejos para que oyeran lo que Lenore y ella hablaban. Pero su interés era indudable. Eso hizo que Vera se preguntase por qué al instante.

Cuando Lenore, que se encontraba de cara al otro lado, empezó a especular acerca de la posibilidad de que Zurdo fuera culpable, Vera le dio un codazo e hizo un gesto hacia la otra mesa con la cabeza. Lenore comprendió de inmediato y se lanzó en una larga diatriba sobre el gran número de clientes que a menudo se sentaban en la librería con una pila de libros que ojear pero después nunca los devolvían a su sitio.

—¿De verdad piensan que no tengo nada mejor que hacer? —preguntó en un tono quejumbroso.

Vera asintió con comprensión y luego miró hacia la otra mesa. Las jóvenes castoras parecían haber perdido interés en escucharlas. Estaban recogiendo sus pertenencias, preparándose para marcharse. Tenían unas cuantas cosas; al parecer, la comida temprana seguía a una dilatada salida de compras.

Anastasia y Esmeralda von Pieldecastor eran las únicas hijas de Reginald y Edith von Pieldecastor, y pensaban que su apellido les daba derecho al respeto y la admiración de la ciudad en general. Eran más jóvenes que Lenore, quizá de la edad de Vera. Ninguna había trabajado en toda su vida. Von Pieldecastor ganaba mucho dinero, con el que agasajaba a su esposa y a sus hijas. Ellas parecían pasarse la mayor parte del tiempo de compras, pensando en compras, hablando de compras… y cotilleando sobre cualquier criatura a la que conocieran. Las chicas Von Pieldecastor conocían prácticamente a todo el mundo en la ciudad, pues su madre estaba en todas las juntas y comités.

Se especulaba sobre si Reginald von Pieldecastor esperaba que a esas alturas sus hijas se hubiesen casado o independizado, pero ninguna de las dos opciones parecía inminente. Ambas criaturas eran atractivas (a pesar de los dientes prominentes). Pero Anastasia y Esmeralda eran tontas y vanidosas, lo cual constituía el principal impedimento para un futuro dichoso.

Sentían cierto desprecio hacia Vera, a la que consideraban presentable si bien un pelín intensa con respecto a su trabajo. Tampoco encontraban ninguna utilidad a Lenore, pues ni leían ni se molestaban en comprar en Libros Nunca Más. Las hermanas pasaron a propósito junto a las dos cuando se marchaban del restaurante.

—¿No deberías estar trabajando, Vera? —preguntó Anastasia en el momento en que su hermana y ella llegaron a la mesa.

Esmeralda estuvo a punto de tirar la tetera con el montón de bolsas que llevaba; Vera la cogió y evitó un accidente. Lanzó una mirada gélida a las hermanas.

—Estoy trabajando —respondió ella en voz baja—. Estoy persiguiendo una historia sobre el asesinato de Pfangal.

Las Von Pieldecastor intercambiaron miradas.

—Y te ha conducido hasta la comida, ¿no?

—¿Adónde crees que debería haberme conducido?

—Ah, no sé. Yo no soy una reportera estrella —espetó Esmeralda.

—¿Tenéis alguna reacción al asesinato? ¿Conocíais bien a Otto? —preguntó Vera en su tono más tranquilo.

—¿Si conocíamos bien a Otto? ¿Quién lo conocía? Ese viejo tarado siempre estaba gritándonos. ¡Nos llamó «verrugas inútiles en el ecosistema»! ¡Le dije que él sí que entendía de verrugas! ¿A quién le importa ese viejo sapo? —soltó Esmeralda con desdén.

Se fueron ofendidas. Lenore y Vera se limitaron a observar a las hermanas mientras salían dando zancadas por la puerta del restaurante.

—Encantadoras —masculló Vera al verlas alejarse, luego siguió comiendo.

Lenore se limitó a negar con la cabeza.

—¡«Verrugas inútiles en el ecosistema»! A Otto se le daban bien las palabras.

—Tenía un don para saber qué molestaba a la gente también —meditó Vera—. A nuestras herederas no les gusta que las consideren inútiles.

—Tal vez no, pero ¡no matarían a Otto por decirlo!

La zorra frunció el hocico ligeramente.

—Esperemos. Si tenemos que considerar a todos los animales a los que ha insultado Otto, la ciudad entera será sospechosa.

Lenore emitió un sonido de comprensión.

—Llegaremos al fondo del asunto. ¡Y tú tienes un artículo que escribir! Entregas en apenas unas horas.

Vera asintió.

—Tiene que ser bueno. Puede que no sea una reportera estrella todavía, pero ¡sé que todo el mundo leerá esta edición!

CAPÍTULO SEIS

Por la tarde, la mayoría de los habitantes de Shady Hollow habían retomado sus actividades habituales, aunque con un nerviosismo fuera de lo común. No era el caso del ayudante Orville, sin embargo. Su rutina se había visto patas arriba por el descubrimiento de un cadáver en el estanque, y el jefe, por supuesto, estaba desaparecido.

Orville sabía cómo manejar los primeros aspectos del caso. Identificó sin lugar a dudas el cadáver como Otto Pfangal, residente del estanque. Reunió pruebas, incluida una muestra de agua del estanque. También llamó a la funeraria para que fueran a recoger el cuerpo tras el examen médico. Debería llevarse a cabo una autopsia, pero el médico forense tenía que acudir desde un pueblo cercano, pues Shady Hollow no contaba con uno propio. Orville envió una paloma con un mensaje urgente por correo alado. Estaba ansioso por que llegara el forense, pues ya tenía las dos celdas del calabozo llenas: una con el cuerpo inerte de Otto Pfangal en el catre (no olía, pero se acercaba de manera peligrosa a ese momento inevitable) y la otra con el cuerpo decididamente no inerte de Zurdo, cuyo talento para la ofensa verbal casi rivalizaba con el de la víctima.

Orville ignoró a Zurdo y se quedó plantado en silencio al borde de la celda de Otto, pensando. No conocía muy bien al fallecido, pero aquella imagen seguía dando que pensar. La vida era corta y

podía acortarse aún más en un instante.

Al cabo de un momento, el oso se dirigió a su gigantesco escritorio para preparar un informe para su superior. El jefe no era de acudir a primera hora (eso cuando acudía), sino que dependía de su subordinado para que lo mantuviera informado sobre lo que ocurría en la ciudad. Orville casi estaba deseando ver la cara de sorpresa y estupor del jefe de policía. Ninguno de los dos tenía experiencia llevando a cabo una investigación de asesinato, pero Orville apostaría por sí mismo. Leía bastante y había estudiado procedimientos y técnicas policiales en su tiempo libre. Estaba casi seguro de que el jefe no tendría ni idea de qué hacer en aquella situación. Pero también estaba convencido de que su jefe se atribuiría el mérito de descubrir al perpetrador, independientemente de quién hiciese el trabajo.

Lo más importante en ese momento era la apariencia de progreso. De ahí que hubiera rastreado y detenido a Zurdo de inmediato. Necesitaba encontrar al animal de todos modos, pues se le buscaba en conexión con una serie de denuncias por robo de joyas en el vecindario situado río abajo, el principal coto de caza de Zurdo. En privado, Orville dudaba de que Zurdo tuviera nada que ver con el asesinato. Pero quería mantener tranquila la ciudad.

No mucho después, el forense llegó a Shady Hollow, reptando a toda prisa. Se llamaba Solomon Testagrande y era una víbora con una experiencia considerable en todos los aspectos de la muerte. No inspiraba confianza en aquellos a los que conocía (tendía a inspirar repulsión y miedo), pero era excelente en su trabajo. La mayoría de las criaturas con las que se topaba enseguida encontraban motivos para irse a otra parte, pero al doctor Testagrande no le preocupaba en lo más mínimo. Se abrió paso por la calle Mayor, desierta de pronto, y enseguida se deslizó al interior de la comisaría.

—Sssaludoss, agente —siseó—. ¿Dónde essstá la víctima?

Orville asintió hacia la celda en la que yacía Otto.

—Ahí mismo.

La serpiente serpenteó a través de los barrotes de hierro y se

enroscó alrededor del cadáver del sapo.

—Interesssante —dijo, al tiempo que metía y sacaba la lengua, oliendo cosas que nadie se imaginaría siquiera.

Orville apartó la vista, temblando a pesar del grueso abrigo.

Cuando hubo concluido el examen, el doctor Testagrande salió del calabozo y se encontró a Orville paseándose de un lado para el otro delante de su escritorio.

—¿Sí? —inquirió el oso—. ¿Ha encontrado algo?

El doctor Testagrande suspiró.

—Bueno —empezó—, el ssseñor Pfangal no murió desssangrado, lo que sssignifica que no murió de una herida de cuchillo.

—¿Está seguro? —preguntó el oso. Después de todo, a Otto le habían apuñalado en la espalda. Pero esperó con educación a que la serpiente continuara.

—¡La causssa de la muerte fue veneno! —anunció el doctor Testagrande, y luego hizo una pausa dramática—. Cuando esssté ssseguro de qué tipo de veneno ssse utilizó, ssse lo haré sssaber. Tengo que llevar a cabo algunasss pruebasss exhaussstivasss en mi propio laboratorio.

—Graciasss. Quiero decir… ¡gracias!

La noticia había tomado a Orville por sorpresa. Después de que el forense se marchara, Orville siguió paseándose arriba y abajo por la sala principal. Aquello suponía una gran revelación. Si habían envenenado a Otto, entonces probablemente estaba muriéndose —¡o ya estaba muerto!— cuando lo apuñalaron. ¿Quién haría eso y por qué?

Orville había albergado la esperanza de impresionar a su jefe cerrando el caso enseguida. Era evidente que eso no iba a ocurrir. Las cosas se complicaban por momentos. Dejó de pasearse, pues de repente se acordó de que Zurdo seguía esperando. Tenía que interrogar a esa escoria.

El mapache estaba tumbado en el catre, con la vista en el techo. Se incorporó cuando oyó que Orville se acercaba y comenzó a quejarse de nuevo.

—¿Qué está pasando? ¿Quién era ese reptil espeluznante? ¡No puedes tenerme aquí encerrado! ¡Exijo ver a mi abogado!

A Orville empezaba a dolerle la cabeza y no estaba de humor para melodramas. Cogió una silla y la colocó frente a la celda de Zurdo.

—¡Cállate! —gruñó. Sorprendentemente, Zurdo obedeció—. Quiero que me cuentes todo lo que sepas sobre Otto Pfangal.

—No sé nada, te lo juro. —Zurdo se puso a tartamudear nervioso al ver la mirada asesina de Orville—. Puede que sea un ladrón, pero yo nunca he matado a nadie. Por qué iba a querer matar yo al sapo…, está peor que yo. ¡Nada que robar! ¡Tienes que creerme!

Aquello tenía sentido para Orville, pero seguía sin estar listo para dejar libre al mapache.

—No es mucho con lo que trabajar. Puedes pasar la noche aquí —le dijo a Zurdo—. Veremos si recuerdas algo más útil por la mañana.

Tras asegurarse de que la celda de Zurdo estaba bien cerrada, Orville se dirigió al café de Joe, donde pidió que llevaran un especial del día a Zurdo a su celda y que le sirvieran otro a él mismo para devorarlo de inmediato. El ayudante había tenido un día larguísimo y estaba deseando irse unas horas a casa. La investigación tendría mejor pinta después de comer algo y dormir bien. Mientras engullía la cena (puré de bellotas con miel y rodajas de manzana a la parrilla como acompañamiento), pensó que sería agradable contar con alguien con quien compartir ideas. Pero entonces se dio cuenta de que prefería llevar el caso solo y no tener que lidiar con el jefe. El jefe Aguamiel no acababa de estar allí ni siquiera cuando estaba allí.

Cuando Orville llegó por fin a casa, se sirvió una copita de un magnífico licor de bayas de saúco. No bebía mucho, pero sí que disfrutaba de una o dos libaciones tras un largo día. Y ese día había sido uno de los más largos que recordaba, teniendo en cuenta que Shady Hollow no era exactamente un hervidero de actividad criminal.

Orville se acomodó en su sillón para tomarse la copa y repasar

los acontecimientos de la jornada. Apenas se había acabado el licor cuando la cabeza se le cayó hacia delante y se puso a roncar. Esto ocurría con bastante frecuencia, y Orville se despertaría sobresaltado al cabo de unas horas, hambriento y gruñón. Y aunque todavía no lo sabía, a la mañana siguiente iba a estar muy gruñón, vaya que sí.

Porque, mientras Orville dormitaba en su sillón, Vera trabajaba de forma frenética en el periódico. Fuera, la ciudad estaba más silenciosa de lo habitual, e incluso el bosque parecía desprovisto del canto de las aves y del gorjeo que lo acompañaba. Vera se apresuró a hilvanar la historia, que entregó minutos antes de que concluyera el plazo, con el aliento de NB en el cogote.

—¡Piensa en las ventas! —dijo NB con los ojos inusitadamente brillantes—. Todo el mundo querrá un ejemplar. Necesitará un ejemplar. ¡Esta es la historia del año! ¡De la década! ¡Espero que el juicio dure semanas!

Vera vio a los cajistas componer el artículo. Cuando empezaron a girar las rotativas, dejó escapar un gran bostezo.

—Bueno, pues ya está. Tengo que dar una cabezada. Nos vemos por la mañana.

—Bien temprano, Vulpes. Vas a perseguir eso hasta que esté muerto, ¿me oyes?

—Mala elección de palabras, pero te escucho, NB.

CAPÍTULO SIETE

Vera llegó a duras penas a su madriguera, donde se derrumbó en la mullida cama. Desconectó del mundo hasta que un rayo brillante de sol le incidió en los ojos.

—Demasiado temprano —masculló.

—¡Vera! —gritó una voz en el exterior—. Vera, ¿estás despierta?

—¿Quién quiere saberlo? —gruñó la zorra.

—Soy Gladys. ¡NB quiere que vuelvas a la oficina ahora mismo! ¡Orville ha leído el artículo que escribiste y se ha vuelto loco!

—Claro —gimió Vera, pero se le crisparon las orejas. A pesar del cansancio, la zorra sonrió. De modo que su pequeña historia había sacado de sus casillas al oso, ¿eh? Era lo que había estado buscando.

Gladys se cernió junto a Vera cuando salió de la madriguera y echó a andar por Arce hacia la calle Mayor. La colibrí parloteaba sin cesar y Vera asentía cuando correspondía. Tratar de intervenir no habría tenido ningún sentido de todos modos.

Por supuesto, Gladys solo tenía un tema de conversación. Para entonces la noticia del asesinato de Otto había penetrado incluso los rincones más alejados del bosque, en gran medida debido al *Herald* de Shady Hollow, que incluía una historia del crimen a página completa (firmada: «Vera Vulpes, reportera»).

Cuando Vera se volvió para abrir la puerta de La Taza de Joe,

Gladys gritó:

—¡No hay tiempo para café! NB ha dicho que nada de paradas técnicas.

—El café de Joe no es una parada técnica, Gladys. Es una necesidad.

Vera abrió la puerta de golpe. Varios pares de ojos se volvieron hacia ella cuando se dirigió al mostrador. Los ejemplares del periódico de la mañana crujieron.

—Buena historia, Vera —dijo Joe primero, al tiempo que le servía una taza de lo de siempre.

—¿De verdad encontraste pruebas que la policía pasó por alto? —chilló una voz. Pertenecía a uno de los miembros mayores del clan de los Estridor, probablemente de la tercera cama— da. Vera siempre se liaba con los nombres.

—He oído que Orville estaba para que lo atasen —dijo otra criatura.

—Bueno, al menos le ha hecho leer el periódico —señaló Joe con sequedad.

Vera asintió para darle las gracias cuando Joe le tendió su café y Gladys ahuyentó a las pocas criaturas reunidas para llevar a Vera a la oficina a toda prisa.

La redacción rebosaba de actividad, pero la mofeta atisbo a Vera de inmediato.

—¿En qué estabas pensando, Vulpes? ¿Estás loca? —gritó NB en torno al puro—. ¡Orville ha amenazado con cerrar el periódico!

—¿Y eso por qué? —preguntó Vera con picardía.

NB cogió el periódico y citó:

> Si bien confiamos plenamente en la competencia de la policía de Shady Hollow, esta reportera no consideró inapropiado examinar la escena del crimen en persona y descubrió un objeto que la policía quizá pasara por alto: una botella de vino de ciruela dejada en la escena del crimen, es posible que por el agresor. El propietario de la Franja de Bambú, el señor Sun Li, identificó la botella como una vendida en su restaurante y recordó que habían adquirido una similar apenas unos días antes. Se desconoce por

qué la policía desdeñó esta vía de investigación.

Este periódico recibirá de buena gana toda prueba adicional que pueda proporcionarse. Cualquier criatura que desee contribuir con información relacionada con la muerte de Otto Pfangal puede escribir al *Herald*, a la atención del director, NB Roca.

Se respetará el anonimato.

—Solo te faltó llamar tonto a Orville, Vera.

Vera hizo un gesto de impaciencia con la pata.

—Informo sobre lo que veo, NB. Me dijiste que siguiera la historia y eso hice.

—¡Solo esta mañana han llegado treinta cartas al director! —gritó NB.

—¿Buenas o malas?

—¿Estás de coña? ¡Es genial! La mitad piensan que tienes razón; la otra mitad, que te equivocas. Una tercera parte creen que eres arrogante, ¡y todos están leyendo y comprando el periódico!

Vera puso los ojos en blanco.

—Bueno, me alegro de que te esté yendo bien. Ahora, si me disculpas…

—No tan rápido, Vulpes. Tienes que ir ahora mismo a la comisaría y disculparte con Orville. Es la única forma de quitármelo de encima.

—¿Disculparme? ¡No he hecho nada malo!

—Hazlo, Vulpes. O te quito la historia. —Con un ejem final, NB se dio media vuelta, lo que indicaba que la conversación había acabado.

Sin elección en el asunto, Vera se fue directa a la comisaría. El edificio de piedra se hallaba a la sombra de los grandes robles que crecían en esa manzana de la calle Mayor. Encontró a Orville detrás de una mesa con el periódico del día (bastante arrugado y hecho trizas) encima. El jefe Aguamiel seguía sin aparecer. Zurdo, sin embargo, era visible y audible en su celda, un poco más adelante.

Orville entrecerró los ojos hasta convertirlos en dos ranuras cuando la vio entrar, y Vera se cuestionó de pronto la sensatez de su

audaz artículo. Acudió a su mente un proverbio sobre hincar palos a los osos, pero no acababa de recordar de qué iba más allá de la sensación general de que era algo estúpido que hacer.

El ayudante era una criatura muy grande, en especial cuando se erguía en toda su estatura —como hizo en ese momento— y bajaba la vista a la suya, menos impresionante. Vera se fijó en los miembros enormes y musculados del oso, y contuvo el impulso instintivo de huir.

—Buenos días, Orville —dijo, tratando de sonreír.

—Señorita Vulpes —respondió él en voz baja y preocupantemente tranquila—. Corríjame si me equivoco, pero permití que me acompañara a la escena del crimen. Le permití sacar fotos. Le permití ver el cadáver. Y, a cambio de un trato tan especial, escribió usted esto. —Clavó una garra en el periódico que tenía encima de la mesa, con lo que atravesó la página.

A Vera se le erizó el lomo.

—¡Es todo cierto!

Orville continuó:

—Es una falta de respeto y dificulta mi trabajo. No vuelva a hacerme algo así, Vulpes, o la aplastaré.

Vera dio un paso atrás, pero se negó a salir corriendo de miedo, a pesar de la fuerza con que sus patas la instaban a hacerlo.

—¿Aplastarme? ¡Primero tendrá que cogerme, oso, y puedo correr en círculos a su alrededor!

—Ya veremos, Vulpes. Al menos se lo ha pasado muy bien escribiendo su pequeña historia.

—En realidad no. NB me dijo que investigase y eso hice. No puedo evitar haber encontrado algo que usted pasó por alto.

—No es más que una reportera —dijo Orville enojado—. ¡Recuerde que el único detective de este caso soy yo! La ciudad me paga para que investigue delitos.

—¿Y qué hay de su jefe? —preguntó Vera.

Orville resopló.

—¿Usted le ve aquí? Ni un asesinato va a impedirle irse de pesca.

Vera vio un resquicio y adoptó una táctica distinta. Suavizando la voz, dijo:

—Eso debe de hacerle muy difícil llevar este sitio usted solo.

—¡Nadie entiende cuánto trabajo hay! —se quejó Orville—. Sí, Shady Hollow parece tranquilo. Pero siempre hay algo: infracciones por ruido, bellotas por las ventanas de la escuela, Anastasia von Pieldecastor se cayó por un barranco la semana pasada al intentar sacarse una foto… ¡Y luego están los robos! —Lanzó una mirada furibunda hacia Zurdo—. La semana pasada desaparecieron diez kilos de miel de flores de la tienda, ¿y dónde los encuentro? Debajo de una lona en un bote de remos en la represa. Zurdo aún no había tenido tiempo de llevárselo río abajo.

Vera pestañeó.

—Madre mía. ¿Cómo lo encontró?

Orville se encogió de hombros.

—Un chivatazo de Pfangal, en realidad. No se le escapaba nada. No me extraña que Zurdo quisiera venganza.

—¡Yo no lo envenené! —gritó Zurdo desde la celda.

—¡Cierra la boca, mapache! —gruñó Orville, pero el daño ya estaba hecho.

—Espera —dijo Vera, perpleja—. ¿Lo envenenaron? ¿Quién lo dice?

El oso la miró y decidió que había que divulgar algo de verdad.

—Ese forense escurridizo del condado de al lado me dio detalles de su informe. Dijo que Otto bebió veneno de alguna manera o algún animal le hizo ingerirlo. Le apuñalaron después de muerto.

—Entonces Otto bebió veneno… Ay, madre… ¡La botella de vino! —exclamó Vera al darse cuenta de la verdadera importancia de su hallazgo.

Orville también abrió mucho los ojos.

—Voy a necesitar esa prueba, Vulpes.

—La tengo aquí. —Conmocionada por la revelación de que había veneno implicado, Vera sacó la botella de su bolsa.

Orville cogió la botella de cristal y la acunó en sus enormes

zarpas.

—Bien. Se la enviaré al doctor Testagrande para que la examine de inmediato. Si esto es lo que contenía el veneno, tendré una pista.

—Qué eficiente. Debería presentarse usted para el puesto de jefe. —Vera batió las pestañas una vez más por si acaso.

Orville volvió a alzarse en toda su estatura.

—Yo diría que no sería tan malo. —Luego se lanzó hacia Vera—. ¡Y si cree que voy a caer con halagos tan transparentes, me subestima! —Sus dientes desnudos quedaron a apenas unos centímetros de la cara de Vera.

A la zorra le temblaron las patas, pero espetó en respuesta:

—¡Ya veremos quién subestima a quién, oso! ¡Apuesto a que encuentro al asesino antes que usted!

Se dio media vuelta y abandonó la comisaría.

Pese a que rugió con furia, Orville no la siguió. Vera se consideró afortunada. No había una sola criatura en el bosque a la que no le asustara la idea de que un oso enfadado la persiguiera.

Mientras trotaba calle abajo, la mente de Vera estaba ocupada con la nueva noticia. Era consciente de que no solo había provocado aún más a Orville, sino que además no había llegado a disculparse con él en absoluto. Uy. NB se subiría por las paredes si se enteraba de cómo la había pifiado en el encuentro.

—¡Después de eso, más me vale encontrar al asesino de Otto primero! —masculló—. ¡Y el veneno! Esto cambia las cosas. Ahora, a ver dónde estaba realmente todo el mundo la noche en que murió.

Vera pasó de largo por delante de la redacción, pues no quería hablar con NB y reconocer que no había acabado de hacer lo que le había pedido. En lugar de eso, se fue directa a Libros Nunca Más para discutir la naturaleza del veneno con Lenore.



Resultó que Lenore había estado repasando algunos elementos del

procedimiento de investigación. Se encontraba acurrucada cerca del escaparate de la librería, con el pico metido en un libro, por si a algún cliente le daba por entrar tan temprano. Había sacado varios libros sobre crímenes y asesinatos y los ojeaba tomando notas. Estaba sumida en uno de los clásicos, un recopilatorio de historias sobre un querido detective cuyo método de deducción era altamente científico. Esperaba encontrar algunas pautas para investigar aquel caso.

De momento, había anotado algunos elementos clave:

Error mayúsculo teorizar antes de contar con datos. Reunir datos, luego ver qué teoría encaja.

Eliminar lo imposible. Lo que quede (por improbable que resulte) SERÁ VERDAD.

Cataratas de Reichenbach = mal lugar para una escapadita.

Acababa de dejar a un lado la pluma cuando Vera entró corriendo, con la respiración aún un poco acelerada a causa de la discusión en comisaría.

—Lenore, vengo de la policía. Adivina. ¡A Otto lo envenenaron!

La cuerva dejó el libro, sorprendida.

—¡Pero tú misma dijiste que lo apuñalaron! —replicó—. Viste el cuchillo.

—Sí, pero, al parecer, es posible que eso ocurriera después. Orville ha dicho que el forense insistió en que habían envenenado a Otto. —Vera se estremeció—. Pero lo encontraron con un cuchillo en la espalda. ¿Quién odiaba a Otto lo suficiente para matarlo dos veces? —Era un horror pensar que una criatura de Shady Hollow pudiera ser tan retorcida.

—¡O quizá haya dos asesinos! —La mente aguda de Lenore empezó a hacer clic de inmediato, ideando escenarios posibles. Había leído sobre esa clase de cosas. Era posible que la víctima hubiese muerto como consecuencia del primer ataque con veneno. Pero si apareció otra criatura y pensó que Otto estaba durmiendo sin más, un cuchillo acabaría la faena—. Eso significaría que dos

animales pretendían matar a Otto la misma noche. Era un cascarrabias, pero seguro que eso iba más allá de la mera coincidencia.

—Quizá vio algo que no debería haber visto —sugirió Vera. Su mente retrocedió hasta el comentario de Orville acerca de Otto dándole un chivatazo relacionado con el robo de miel por parte de Zurdo. ¿Y si Zurdo buscaba venganza?

Vera escuchó todo lo que Lenore le contó sobre las investigaciones de asesinato. Asintió mientras echaba un vistazo a las cuidadosas notas de la cuerva.

—De modo que lo primero es reconstruir dónde estaba todo el mundo esa noche. Necesitamos coartada para todos los animales de Shady Hollow.

—Sí —dijo Lenore—. Pero recuerda: las coartadas deben confirmarse para tener algún valor.

Vera empezó a apuntar su propia coartada. Había estado en casa, en su madriguera, leyendo.

—Pero no tengo ningún testigo —reconoció.

—Yo no me preocuparía. No creo que seas sospechosa principal. —Lenore le explicó entonces a Vera que se había quedado hasta tarde en la librería para encargarse de un nuevo envío y no se había ido a casa hasta casi medianoche. Había visto a Howard Estridor en la calle de camino a casa—. Él también me vio a mí, y me saludó con la mano, pero no llegamos a hablar. A menudo trabaja en horarios raros para Von Pieldecastor, y debía de estar corriendo a casa junto a su familia.

—De acuerdo. Saldré a averiguar más coartadas. ¡Nos vemos luego!

Tras marcharse de la librería, Vera se detuvo en La Taza de Joe una vez más, en busca de café e información. El local estaba relativamente tranquilo en ese momento. Cuando Vera preguntó a Joe dónde estaba la noche del asesinato de Otto, solo por curiosidad, este le dirigió una mirada prolongada.

—Junior y yo nos fuimos a casa nada más cerrar. Jugamos a las

cartas durante una hora, pero los dos nos fuimos al sobre enseguida, por el madrugón para abrir.

Vera le creyó, claro. Joe debía de ser una de las criaturas más visibles de la ciudad. Esconderse no es algo fácil para un alce.

—Estoy intentando averiguar quién podría haber visto algo. Al parecer, somos muy hogareños en la ciudad.

—Lo entiendo, Vera. ¿Por qué no le preguntas a Heidegger si notó algo? Es un ave nocturna.

—¡Buena idea! —Vera se animó—. No puedo creer que no se me haya ocurrido.

—Bueno, tendrás que esperar hasta más tarde o no estará despierto.

—Y tendré que aguantar su conversación. —Hizo una mueca al pensar en el pomposo pájaro y su palabrería.

—Buena suerte —le dijo Joe cuando salía a toda prisa por la puerta.



Mientras las dos criaturas hablaban de las desconcertantes novedades del caso, algo más estaba ocurriendo al otro lado de la ciudad. Un animal corría furtivamente entre los árboles cerca de la represa del molino, en la orilla opuesta de donde habían descubierto el cuerpo de Otto.

—¿Dónde está? ¿Dónde está? —La criatura buscaba algo—. Debería haberlo hecho en persona… Sabía que no podía confiar en esa bestia.

Al oír que se acercaba alguien, la criatura huyó. No podían verla allí. Cualquier tipo de sospecha sería nefasta.

CAPÍTULO OCHO

Aunque la mayoría de los habitantes de Shady Hollow seguían especulando acerca del artículo incendiario de Vera, en la mansión Von Pieldecastor estaba teniendo lugar otro drama. Reginald von Pieldecastor salía por la puerta, con la mente en varias cosas con las que tenía que lidiar en el trabajo, cuando su esposa le tendió una emboscada.

—Reggie —comenzó ella—, quiero hablar contigo.

Reginald suspiró; había estado tan cerca de escapar sin ver a su mujer ni a sus hijas… Adoraba a su familia, pero un animal necesitaba un poco de paz por las mañanas, en especial cuando trabajaba arduamente todo el día para convertir Shady Hollow en la magnífica ciudad que era. Trató de salir a toda prisa por la puerta y fingir que no había oído el tono dulce de su esposa. Sin embargo, no fue lo bastante rápido. Con las prisas por huir de su propia casa, se le cayó el maletín, y Edith le adelantó ante las enormes puertas de roble del vestíbulo. Reginald se rindió.

—¿Qué ocurre, amada mía? —preguntó con ternura. Edith buscaba pelea. Lo veía. Estaba tan claro como una nube de tormenta en el horizonte. Y estaba a punto de jarrear sobre él—. ¿Podemos hablarlo esta noche?

—No. Esto es importante, Reggie.

Edith von Pieldecastor no tenía mucho con lo que entretenerse a

lo largo del día, así que pasaba gran parte de su tiempo preocupándose de manera innecesaria por cosas e inquietándose por su familia, aunque las hijas de los Von Pieldecastor eran bastante autosuficientes. Los únicos problemas que causaban eran las enormes facturas que llegaban de tiendas y acreedores a final de cada mes. Por lo tanto, Edith concentraba su temible atención en su pobre marido, que solo quería irse a trabajar y que le dejaran tranquilo.

—Siento —dijo en tono quejumbroso— que no pasamos suficiente tiempo de calidad juntos y no estás prestando atención a mis necesidades.

A oídos de Reginald, esa declaración sonó como si saliera directa de una revista, como de hecho provenía. Edith leía revistas religiosamente, aunque no le gustaban nada los libros (a excepción de los de cocina, que compraba de forma habitual para el servicio).

Reginald, que no estaba preparado para aquello, se quedó mirando a su esposa con cara de póquer.

—¿«Tiempo de calidad»?

—Y compromiso emocional —añadió Edith.

Volvió a intentar aplacarla.

—Cariño, me encantaría hablar de esto contigo luego, pero tengo que ir al aserradero. Esas cosas no se dirigen solas, ¿sabes? —Normalmente esta técnica resultaba bastante efectiva, pero no ese día.

—Ah, sí, siempre corriendo al trabajo. Siempre estás ansioso por salir de casa. ¿Qué tienes en la agenda hoy? —preguntó, y su voz fue cobrando volumen e insistencia—. ¿Vas a verla a ella? —Esta última palabra la pronunció muy alto, y acto seguido estalló en un llanto ruidoso.

—¿A quién? —Reginald adoptó una expresión inocente, confundida.

—A esa fresca —soltó Edith entrecerrando los ojos.

—Brenda es una buena secretaria y una joven excelente —dijo enseguida—, como bien sabes.

—¡No me refería a ella!

Reginald había tenido suficiente.

—¡No sé de qué estás hablando! —gritó, aunque lo sabía perfectamente—. ¡Tengo asuntos de verdad que atender!

Con esta declaración, cogió el maletín de donde había caído y salió ofendido de la casa, cerrando la puerta a su espalda. Edith corrió al salón y se derrumbó en el sofá, donde sollozó y se enjugó las lágrimas con un delicado pañuelo de encaje.

Las dos hermanas Von Pieldecastor habían oído la discusión de sus padres agazapadas en las escaleras. Como la perspectiva de un romance en sus propias vidas iba de escasa a nula —al menos por el momento—, solían escuchar a sus padres a escondidas. Leían muchas de las mismas revistas que su madre, así que reconocieron el texto de la columna del mes anterior, «¿Puede salvarse este matrimonio?». Esme estaba completamente del lado de su madre, pues era de carácter similar. A veces Stasia no podía evitar compadecerse de su padre, aunque se guardaba ese detallito para sí. Al fin y al cabo, su madre podía ser muy exigente.

Después de que Reginald saliera hecho una furia de casa, las hermanas esperaron unos minutos y luego se retiraron de las escaleras. Edith dejó de llorar no mucho después de que la puerta se cerrara tras su marido; habría hecho una gran carrera en el teatro. Como era habitual tras una disputa marital, pidió al ama de llaves que le preparase una tetera para llevársela arriba. Edith pasaría gran parte de la mañana en su dormitorio recuperando los nervios, como ella decía.

Las chicas, sin embargo, tenían planes del todo distintos. Ni siquiera Esmeralda quería languidecer junto al lecho de su madre, ofreciendo asentimientos comprensivos y recogiendo los pañuelos desechados. Ambas querían ir a la ciudad a oír todos los cotilleos sobre el asesinato. Las dos habían leído el artículo de Vera varias veces.

—¡El asesinato es tan emocionante! —susurró Stasia.

Se vistieron a toda prisa y se las arreglaron para evitar explicarse

despidiéndose con un grito alegre al pasar corriendo por delante de la puerta cerrada de la habitación de su madre. Estaban abajo y habían salido por la puerta de la mansión antes de que pudiera detenerlas para interrogarlas sobre sus planes.

Su destino era La Taza de Joe. Las hermanas nunca pasaban el rato allí, pues preferían establecimientos más elegantes. Pero ese día harían una excepción, ya que era probable que fuese el centro de todos los chismes y especulaciones de la ciudad.

A su llegada al café, se quedaron en la puerta, esperando incómodas a que las sentase un *maitre*. Joe, ajetreadísimo en el mostrador, las vio al cabo de un minuto.

—¡Siéntense en cualquier sitio, señoritas! —bramó—. ¡Si no quieren esperar a un camarero, pidan en la barra!

Anastasia y Esmeralda se abrieron paso hasta una mesa diminuta que quedaba libre en un rincón. No se dieron cuenta, pero habían tenido mucha suerte al encontrar aquella mesa. Joe iba dando saltitos. Toda la ciudad se había reunido para tomar café sin parar y oír las últimas noticias sobre el asesinato.

Las hermanas Von Pieldecastor se instalaron y luego miraron como locas alrededor en busca de un camarero. Todos los demás tenían comida y bebida, pero ¿cómo las habían conseguido? Finalmente, Stasia decidió enfrentarse al mostrador para obtener sustento.

—Tú quédate aquí y guarda la mesa —le dijo a su hermana—. Yo voy a pedir la comida.

Stasia se abrió paso y pidió dos sidras de manzana grandes y dos magdalenas de arándanos al alce al otro lado del mostrador. Le gustó descubrir que su pedido no costaba mucho y que tenía suficiente en el bolsillo para cubrirlo. (Estaba bastante acostumbrada a decir a los dependientes «Añádelo a la cuenta», pero sospechaba que Joe no tenía «cuentas»). Esperó mientras Joe preparaba las bebidas y ponía las magdalenas en un plato. Stasia regresó a la mesa con la comida y la bebida. Al principio, Esmeralda olisqueó con recelo su magdalena, pero después de probarla la engulló con

presteza.

Stasia picó la magdalena con más delicadeza mientras miraba alrededor del café con interés. Los Von Pieldecastor no solían mezclarse con los demás, puesto que estaban por encima de todo. Pero Stasia observaba maravillada la variedad de criaturas que componían Shady Hollow. Y cuando oyó la palabra «asesinato», sonrió. Estaban en el lugar correcto.

CAPÍTULO NUEVE

Vera tendría que esperar hasta el anochecer para hablar con Heidegger y preguntarle algo, así que decidió dar con el paradero de otros que pudieran haber estado cerca del estanque la fatídica noche de la muerte de Otto. Recordó que Lenore había dicho que había visto a Howard Estridor y se encaminó hacia el aserradero.

El aserradero dominaba la zona de las afueras que quedaba más cerca del estanque. Bullía de los sonidos de la tala y la sierra. El olor a virutas de madera lo inundaba todo. Cuadrillas de castores y ratas de río transportaban los troncos río arriba. Luego, capitanas ratas almizcleras los trasladaban aguas abajo. Estas últimas eran capaces de bailar encima de los troncos flotantes como la mayoría de las criaturas bailarían sobre tierra seca. El río se llenaba de madera justo en lo alto del aserradero, lo que ralentizaba la corriente.

Parte del río se desviaba hasta la represa de molino que Otto había llamado hogar. Allí giraba la gran rueda que movía todo el molino y, por extensión, toda la ciudad. Decenas de criaturas corrían alrededor haciendo recados o tareas especiales, manteniendo el sistema en marcha.

Tras orientarse, Vera se abrió paso hasta la oficina central, saltando con agilidad pequeños montones de madera desechada y evitando miradas curiosas (y silbidos ocasionales) de los

trabajadores.

—¿Está el señor Von Pieldecastor? —preguntó a la joven castora sentada a la mesa de secretaría.

—El señor Von Pieldecastor es una bes… criatura muy ocupada —respondió la secretaria con aire altivo—. Me temo que necesitará concertar una cita si desea hablar con él.

—Bueno, soy Vera Vulpes, del *Herald* de Shady Hollow. Me gustaría hacer algunas preguntas al presidente.

—Como le he dicho, tendrá que concertar una cita. En este momento no está disponible.

—Oh, ya veo. —Vera adoptó una expresión decepcionada—. Es una lástima, pues mi artículo debe salir hoy mismo. Esperaba poder citarle en referencia a la posibilidad del cierre del aserradero. —Tras soltar el dardo, sonrió con dulzura y esperó.

La secretaria dio un grito ahogado.

—¿Qué dice? ¿Cierre? ¿Por qué iba a cerrar la fábrica?

Vera sabía que había captado la atención de la secretaria.

—Bueno, si el ayudante Orville se viese obligado a dragar el estanque en busca de pruebas del caso de asesinato del señor Pfangal, por supuesto, habrá que cerrar la fábrica durante un periodo indeterminado. Espero que Von Pieldecastor sea consciente del riesgo.

—¡Oh! —La secretaria se puso nerviosa—. Nunca ha dicho…, es decir, no podemos cerrar… Ay, madre. Déjeme comprobar… —Se levantó y corrió hacia el sanctasanctórum del despacho del presidente.

Vera se sintió satisfecha consigo misma por que se le hubiera ocurrido aquella pequeña treta. Estaba claro que la mera idea de detener el trabajo aunque fuera temporalmente horrorizaba a la secretaria. Si el trabajo en el aserradero se paraba, afectaría a todo el mundo en la ciudad. Vera sabía que nunca obtendría una entrevista con el jefe a menos que él pensase que le beneficiaría. Querría tranquilizar a los trabajadores y la ciudad para que nadie perdiera confianza en el aserradero.

La secretaria no tardó en volver.

—Venga por aquí, señorita Vulpes —dijo, con el ceño fruncido de preocupación.

Vera siguió a la pequeña castora por un pasillo. Era bonito, todo revestido con entrepaños de roble, con suelos de pino y fresno taraceados en un diseño en espiga. Vera se preguntó distraída cuánto habrían tardado los trabajadores de Von Pieldecastor en cortar todas esas piezas, instalarlas y pulirlas solo para que el presidente pudiera pisotearlas todas las mañanas.

Llegaron a la puerta del final del pasillo.

—La señorita Vera Vulpes está aquí para verle, señor —anunció la secretaria sin aliento.

—¡Pase, pase! —dijo una voz franca y jovial.

Vera entró en una habitación más grande que toda su madriguera. Estaba llena de magníficos muebles de lujo, pero el punto focal era un escritorio enorme situado en el centro de la habitación. Tras este, Reginald von Pieldecastor se hallaba sentado con aire relajado, vestido de forma pulcra. Fumaba en pipa y era la viva imagen de un ejecutivo despreocupado. Solo sus ojos delataban que no todo iba bien. Estaban tensos y enrojecidos, y la observaban con recelo.

—¡Siempre es un placer reunirme con un miembro del cuarto poder! —añadió—. Dígame, señorita Vulpes, ¿cómo puedo ayudarla hoy? Solo tengo unos momentos antes de mi próxima cita.

Vera se sacó la pluma y el cuaderno.

—Buenos días, señor. Estoy informando sobre la muerte de Otto Pfangal. Sentía curiosidad por escuchar su reacción, dado que se produjo tan cerca de su negocio.

—Bueno, me entristeció oírlo, por supuesto. Puede que no nos llevásemos muy bien, pero era un vecino, ya sabe… Sí, muy triste. —Von Pieldecastor no parecía especialmente afectado.

—Tuvo usted varias discusiones con él en el pasado —apuntó Vera con suavidad mientras escribía en su cuaderno.

Von Pieldecastor dejó la pipa con un golpe sonoro.

—Bueno, ¿y qué? ¡Ese sapo cascarrabias discutiría con un tocón! ¡Dijo que mi molino perturbaba sus siestas! ¡Yo digo que sus siestas perturbaban mis beneficios!

—Supongo que ya no volverá a perturbar sus beneficios, señor.

Von Pieldecastor se enfadó aún más.

—¿Qué insinúa, Vulpes?

—Nada en absoluto, solo es una observación. Ahora dígame: ¿qué haría si el ayudante Orville le ordenara que detuviera la noria para dragar el estanque en busca de pruebas?

—¿Detener la noria? —preguntó Von Pieldecastor, horrorizado. Todos los pensamientos en torno a Otto abandonaron su mente al instante—. ¡No se atrevería! Además, el jefe Aguamiel está al mando de la policía de Shady Hollow.

—Creo que los dos sabemos lo efectivo que será él en esta investigación, señor.

—¡Aguamiel es un policía excelente! ¡De primera!

—Debe de tenerlo en alta estima, señor, teniendo en cuenta su donación a su última campaña para la jefatura de policía.

—A ver… —gruñó Von Pieldecastor.

Vera prosiguió a toda prisa.

—Aunque tampoco es que tenga nada que temer de una investigación exhaustiva. Después de todo, no es posible que estuviera usted cerca del estanque esa noche. De hecho, ¿dónde estaba?

—¡Eso no es asunto suyo! —le espetó.

—¿Era algo interesante?

—¡Claro que no! Estaba en casa con mi esposa —aclaró con esfuerzo, y se detuvo cuando se dio cuenta de cómo podía haber sonado su afirmación.

Vera pasó a la siguiente pregunta antes de que él pudiese matizar el comentario.

—Entonces ¿no tiene ninguna declaración que hacer en relación con el posible cierre del molino? ¿Algún comentario para tranquilizar a la ciudad?

Von Pieldecastor se puso en pie tras el escritorio.

—A ver. ¡Este molino es el alma de Shady Hollow! Decenas de criaturas y sus familias dependen de su funcionamiento ininterrumpido. Leñadores, carpinteros, talladores y constructores. Incluso su redacción utiliza un papel fabricado con mi pulpa de celulosa. Nadie puede permitirse que este lugar cierre.

—Muy bien, señor. —Vera garabateó la cita diligentemente—. Ahora, si me disculpa, debo volver para llegar al plazo de entrega. Y usted a su próxima cita, por supuesto.

Salió de la habitación antes de que él pudiera detenerla y empezó a desandar el camino.

Una vocecita la paró en seco.

—¡Señorita Vulpes!

Miró por la puerta que tenía a la izquierda. El ratón marrón Howard Estridor se hallaba en el vano de su estrecho despacho.

Vera entró al ver sus señas impacientes y advirtió una puerta en una pared lateral. Imaginó que debía de conectar con el despacho de Von Pieldecastor.

Estridor lanzó una ojeada a la puerta también.

—Señorita Vulpes, no he podido evitar oírles… ¿Es cierto que el molino podría cerrar? —Se le estremecieron los bigotes.

Vera sintió una punzada de remordimiento. Su pequeña treta para entrar en el despacho de Von Pieldecastor tenía consecuencias no intencionadas. Estridor, el contable del aserradero, tenía una gran familia y vivía literalmente al día. No podía permitirse que la fábrica cerrase y perder su sueldo.

—No es que sea muy probable —contestó con evasivas—. Yo no me preocuparía por su trabajo.

—Oh, espero que no. ¡Esto ya es el colmo! —gimió Estridor—. ¡Es casi más de lo que puedo soportar! Con tantos gastos ahora, no podemos perder ningún día de trabajo.

—¿La fábrica está en apuros? —preguntó Vera, cuyo hocico se olía una nueva historia.

Estridor se retorció las patitas.

—¡No! Es decir, siempre y cuando mantengamos la producción. Pero ha habido muchos gastos. Demasiados… —El ratoncito se puso a roer un lápiz—. Tengo que…

—Ah, ahí está, señorita Vulpes —interrumpió una voz. La secretaria los fulminaba con la mirada desde el umbral.

—Gracias por confirmar la declaración de Von Pieldecastor, señor Estridor —dijo Vera rápidamente.

—Adiós, señorita Vulpes. —Howard se volvió a toda prisa hacia su mesa.

—Deje que la acompañe a la puerta, señorita Vulpes —dijo la secretaria, con los ojos entrecerrados y mirada gélida.

Vera la siguió con docilidad. Le daba vueltas la cabeza.



Mientras Esme y Stasia daban sorbitos a su sidra e intentaban escuchar en medio del torbellino de conversaciones que se desarrollaban a su alrededor, advirtieron que una figura se abría paso por la calle Mayor. Era el panda, vestido con su sencilla bata, que se encaminaba al sur con un bamboleo inconfundible. Se acallaron las conversaciones, una tras otra. Cuando se perdió de vista, se retomó la charla, pero en murmullos.

—Esa sí que es una criatura de la que yo me cuidaría —dijo una ardilla listada a su vecino—. He oído un montón de rumores acerca de él.

—Pero es simpático, y no sabemos nada de eso con seguridad. Además, ese plato de anacardos picantes que prepara está buenísimo —contestó el vecino de la ardilla poco convencido—. Ya sabes, ese con pequeñas mazorcas de maíz y la salsa tan rica…

—Sí, pero ¿qué lleva? Esa es la cuestión. ¡En casa no consigo prepararla! Es sospechoso, hazme caso.

—Nunca habla con nadie… —cotilleó otro cliente—. ¿Y por qué se mudó aquí, a Shady Hollow, desde el mismo Lejano Oriente? Aquí no

tiene familia, eso seguro.

—He oído que mató a una criatura en una pelea en su país natal y tuvo que huir.

Ese rumor, si bien no era nuevo (y sin duda no se había confirmado), de pronto se vio bajo una nueva luz, y todo el que lo escuchó guardó un breve silencio.

—Aunque fuera el caso, no sé qué iba a tener contra Otto —añadió una criatura más sensata.

—Otto se enemistaba con todo el mundo —dijo otra—. ¿Y quién sabe qué saca de quicio a un panda?

Una ardilla agregó:

—¡He oído que mató a otro panda con sus propias zarpas!

—Bueno, ¿sus zarpas no son zarpas de oso? —preguntó un hurón con tono desconcertado.

—¡Me refiero a que no utilizó un arma! —replicó la ardilla—. ¿Quién sabe qué más sería capaz de hacer? ¡Creo que estábamos mejor antes de que apareciera!

Se oyeron murmullos enfadados de aprobación, pero no fueron pocas las panzas que rugieron ante la idea de no volver a experimentar la gloria de un pastel de arroz chicloso con paté de alubias pintas, solo disponible los domingos. ¿De verdad podía el panda ser un asesino?

Esme dirigió a Stasia una mirada cargada de significado.

—No hace falta mucho para poner en marcha al paisanaje, ¿no?

Como las chicas Von Pieldecastor no habían llegado a conocer bien ni a Otto ni a Sun Li, no podían añadir nada a la conversación. Pero quedaron complacidas con los resultados de aquella pequeña excursión. Habían obtenido información interesante. Y Stasia decidió que le gustaban mucho las magdalenas de arándanos del café.

CAPÍTULO DIEZ

Después de que Vera se marchara de su despacho, Reginald von Pieldecastor suspiró y se recostó en su silla. No le gustaba que aquella raposa anduviera husmeando por su fábrica. Tenía cosas en las que pensar.

Unos minutos más tarde, llamaron a la puerta con timidez y Brenda asomó la cabeza.

—Pasa, pasa —le dijo Reginald con impaciencia.

Ella se apresuró a entrar con una bandeja con café, la dejó sobre su enorme escritorio y salió a toda prisa.

Reginald la vio marcharse. Era joven, más o menos de la edad de sus hijas. Él quería que una de ellas o ambas trabajaran en la oficina de la fábrica para aprender el oficio, pero se negaban. Había esperado que unos hijos varones, castores jóvenes y fuertes, continuaran su legado. Lo único que parecían querer hacer Stasia y Esme era dilapidar su fortuna. El industrial meneó la cabeza para apartar la mente de esa línea de pensamiento y se sirvió una reconstituyente taza de café de la ostentosa cafetera de plata. Lo bebía solo pero con una cucharadita de azúcar para hacerlo más apetitoso. Reginald dio un pequeño sorbo del café hirviente y volvió a relajarse en su silla.

La conversación con la reportera le había dejado mal cuerpo. Cerrar la fábrica sería un desastre. No solo interrumpiría la

producción diaria, sino que también era posible que dejara al descubierto algunas decisiones desafortunadas que Reginald había tomado en un momento de debilidad.

Para cuando había apurado una segunda taza de café, Reginald estaba empezando a sentirse realmente enfermo. ¿Qué le pasaba? Aquello no era ansiedad sin más. Empezó a nublársele la mente. Sus ojos se posaron en el café. ¿Sabía un poco… extraño?

El pánico empezó a atenazarle y se le formó un nudo en el estómago. Tal vez ocurriera algo malo. Después de todo, ¡había un asesino suelto en Shady Hollow! El castor arrancó a toser, pero consiguió llamar a Brenda antes de resbalar de la silla y derrumbarse en el suelo.

Brenda entró en el despacho, vio a su jefe tirado en la alfombra y se puso a chillar. Pronto llegaron en tropel otras criaturas, entre ellas Howard Estridor. Alguien —no Brenda— tuvo la claridad mental para pedir ayuda médica.

Brenda no sentía ningún cariño por su jefe, pero ese era el mejor trabajo que había tenido nunca con diferencia y no quería perderlo. Si Von Pieldecastor moría, la fábrica cerraría y Brenda tendría que mudarse de nuevo con su madre.

Escasos minutos después, Brenda oyó un alboroto en la entrada de la oficina y dos ardillas de uniforme irrumpieron en la habitación con una camilla. Se arrodillaron junto al cuerpo de Reginald, postrado boca abajo, y lo hicieron rodar hasta la camilla. Una de las ardillas le tomó el pulso mientras la otra preguntaba a Brenda qué había ocurrido.

Entre sollozos, les explicó que el castor se había reunido con la zorra del periódico y luego le había pedido a ella que le llevara café. No tenía ni idea de qué había ocurrido después.

—¿Se pondrá bien? —preguntó a los paramédicos.

Con gesto adusto, las ardillas le aseguraron que harían todo lo que pudieran. Salieron a toda prisa de la oficina del aserradero para trasladar al castor inconsciente al hospital.



Dado que todos los animales de Shady Hollow se detenían de manera automática para abrir paso a las ardillas sanitarias, llevaron a Von Pieldecastor al hospital bastante rápido. El hospital era un pequeño edificio de ladrillo situado cerca del río, con grandes ventanales con vistas a la naturaleza para los pacientes.

Sin embargo, cuando los paramédicos llegaron al hospital, les sorprendió enterarse de que el médico de la ciudad no aparecía por ninguna parte. Tras buscarlo de forma frenética durante un rato, localizaron a una enfermera que les dijo que el médico había salido por una emergencia. Dos emergencias al mismo tiempo en Shady Hollow eran inauditas. A menudo transcurrían meses sin que ocurriera nada en absoluto.

Una de las ardillas se quedó con Von Pieldecastor, que respiraba pero seguía inconsciente, y la otra corrió afuera.

—¿Alguien sabe adónde ha ido el médico? —preguntó con un castañeteo de dientes—. ¿O dónde está la policía ahora mismo?

Un transeúnte señaló al este.

—¡El ayudante Orville iba hace un momento a la Franja de Bambú!

El paramédico asintió y, dando saltitos y meneando la cola, se dirigió al restaurante.

Por suerte, era antes de comer, y el restaurante estaba vacío salvo por Sun Li. El panda se erguía tranquilo delante del ayudante Orville, que sostenía una botella vacía. El paramédico estaba explicando el problema tartamudeando a Orville cuando, para sorpresa de la ardilla, Sun Li cogió una bolsita de detrás del mostrador.

—Yo puedo ayudar al paciente —dijo.

Sun Li dio la vuelta al cartel de abierto a cerrado y encabezó la marcha al hospital. La ardilla siguió a los dos osos confundida. No sabía qué podía hacer el panda, pero se sintió aliviado porque

alguien tomara el mando.

Al entrar en el hospital y valorar la situación, la conducta de Li cambió por completo. Se volvió enérgico y eficiente, espetando órdenes que las ardillas obedecieron sin cuestionar. Llevaron a Von Pieldecastor en camilla a una consulta, y Sun Li comprobó sus constantes vitales. Nadie cuestionó por qué un chef iba a examinar a un paciente. Sun Li anunció que era probable que hubieran envenenado a Von Pieldecastor y que debían diluir el veneno con todo el líquido posible.

Llevaron a cabo el proceso y finalmente el paciente quedó fuera de peligro. Lo trasladaron a una habitación soleada y le dijeron que descansara. Von Pieldecastor balbuceó algo sobre el café y Edith, pero las ardillas le recostaron en la cama con suavidad y se derrumbó exhausto.

Orville, que había ido a la Franja de Bambú para interrogar al panda acerca de la botella, se vio bastante desconcertado. Si el panda estaba implicado de algún modo en la muerte de Otto, ¿por qué iba a salvar la vida a otra criatura?

—Parece usted sorprendido —le dijo Sun Li a Orville.

—No sabía que fuera médico, señor Li. Hum…, es decir, doctor Li.

—En realidad es doctor Sun. Con todo el respeto, sabe usted muy poco sobre mí, ayudante. —Sun Li hizo una pausa—. Si desea saber algo más, me encontrará en el restaurante. Hablaré con mucho gusto, pero tengo un negocio que regentar.

Sun Li hizo una reverencia en silencio a las dos ardillas que acababan de ver cómo salvaba la vida al castor y luego se fue a la Franja de Bambú sin una palabra más.

Las ardillas intercambiaron miradas. Reconocían a un médico de verdad cuando lo veían y ya estaban deseando difundir la noticia.

Mientras iba de camino al restaurante para prepararse para la hora punta de la comida, los pensamientos de Sun Li eran un caos. No cabía duda de que su secreto saldría a la luz. La noticia de que no era lo que parecía se extendería por la ciudad en un abrir y cerrar de ojos. Tiempo atrás se había prometido que no volvería a tener

una vida entre sus zarpas. Pero ¿qué iba a hacer?

El verdadero pasado de Sun Li tenía algunos detalles en común con los rumores que circulaban por la ciudad, pero había algunas diferencias notorias. Largo tiempo atrás, en el país en el que nació, Sun Li había sido un cirujano respetado. Durante una operación rutinaria al hijo del primer ministro, algo había ido terriblemente mal y el paciente había muerto. Castigado de manera injusta por esta tragedia, a Sun Li le retiraron la licencia médica. Sin saber qué hacer a continuación, entró en un monasterio de las montañas.

Al cabo de unos años viviendo y rezando en silencio, Sun Li decidió que había tenido suficiente. Abandonó su tierra natal para buscarse la vida en un país lejano. A Sun Li siempre le había gustado cocinar, y en Shady Hollow consideraban sus platos deliciosos e innovadores. Sabía que despertaba la curiosidad delos locales, pero nunca hablaba de su pasado. Esa parte de su vida había terminado. Era un simple cocinero.

Hasta entonces. Se dirigió a la Franja de Bambú y empezó a trabajar en la cocina, cortando verduras con la seguridad de un chef de primera… o de un cirujano. Rodajas de zanahoria y castañas troceadas se amontonaban a su alrededor. Algo le decía que ese sería un día atípicamente ajetreado.

CAPITULO ONCE

En el aserradero, las cosas volvían poco a poco a la normalidad. Una vez que se hubieron llevado a su jefe al hospital, Brenda había dejado de llorar y había retomado el trabajo. En primer lugar, hizo que avisaran a Edith, en la mansión Von Pieldecastor, de que Reginald había sufrido un colapso y lo habían trasladado al hospital. Luego Brenda envió un mensaje a la comisaría de policía de Shady Hollow para informar al agente de servicio de que su jefe había caído enfermo en circunstancias sospechosas y debían enviar a alguien a investigar. El resto del día lo pasó asegurando a los trabajadores que no ocurría nada malo y que, por supuesto, el negocio continuaría como de costumbre. A la hora del cierre de la oficina (no del aserradero en sí, que funcionaba prácticamente día y noche), Brenda cogió su bolso y se fue a casa. Ya había tenido suficientes emociones por un día.

Poco después de que saliera de la oficina, apareció Orville para investigar la escena. Howard Estridor, que aún estaba garabateando en su pequeño escritorio, soltó un chillido alarmado y acto seguido acompañó al oso policía al despacho de dirección.

Tras echar un rápido vistazo, Orville tomó muestras del café y el azúcar que quedaban en el escritorio de Von Pieldecastor. Por lo que había visto antes con Sun Li, se trataba de otro caso de envenenamiento intencionado. ¿Qué estaba pasando en la ciudad?

—¿Quién prepara el café de Von Pieldecastor? —inquirió.

—Hoy lo ha preparado Brenda, su secretaria —respondió Estridor con la voz entrecortada.

—¿Dónde almacenan las provisiones? —preguntó el ayudante.

—En la pequeña cocina que hay junto al pasillo.

—Y supongo —gruñó Orville— que cualquier animal puede entrar ahí tan campante.

—Bueno, sí, señor. ¿Quién iba a vigilar una cocina?

—Estupendo. Sencillamente estupendo —masculló Orville.

Tenía pensado volver al hospital para comprobar el estado de Von Pieldecastor. Orville esperaba sinceramente que el castor saliese de esa para que la fuerza policial no tuviera otro asesinato entre patas. Los dos crímenes tenían que estar conectados, pensaba Orville, pero aún no sabía cómo. Iba a tener que pasar tiempo estudiando los venenos. Quizá el doctor Testagrande pudiese ayudarle.



Entretanto, Vera paró en la oficina lo suficiente para escribir su artículo siguiente a la carrera y llevárselo al corrector a tiempo para el cierre de edición nocturno. El corrector, un conejo blanco de edad indeterminada —aunque llevaba trabajando en el *Herald* desde mucho antes de que empezara Vera—, le cogió las páginas escritas a mano y las revisó, ojeando las palabras por encima de sus gafas con forma de media luna.

—Nuevos acontecimientos…, dragar el estanque…, posible parón en el aserradero…, hummm. ¿Cuál será el titular?

—Yo no escribo titulares. Lo que diga NB, supongo.

El conejo suspiró.

—Me apuesto lo que quieras a que lo pintará todo negro para que los residentes se pregunten si seguirán teniendo trabajo en invierno.

—Bueno, NB sabe lo que se hace. —Vera se encogió de hombros —. Tengo que coger a Heidegger antes de que salga esta noche. Disculpa.

Ante la mención de Heidegger, el conejo se estremeció de manera involuntaria, aunque, por supuesto, hacía mucho que la lechuza había dejado los roedores.

Vera salió de la ciudad y se dirigió a casa de Heidegger, un olmo verdaderamente grande y espléndido. Vivía en un apartamento a unos doce metros del suelo; abundaban los chistes sobre torres de marfil cada vez que se mencionaba su nombre.

Como los moradores del suelo no podían llamar a la puerta de Heidegger, este había ideado un sistema de campana. Vera vio una larga enredadera que serpenteaba árbol abajo. Justo por encima del suelo, un pequeño letrero rezaba: POR FAVOR, TIRA PARA TOCAR LA CAMPANA. Lo hizo. Si sonó una campana en los aposentos de Heidegger, quedaba fuera del alcance del oído. Esperó mientras el crepúsculo se cernía sobre ella, sumiendo la tierra en las sombras. La parte más alta de los árboles aún recibía la luz trémula del sol, pero la oscuridad no tardaría en llegar.

—Bueeenas noches —dijo una voz baja cerca de ella.

Vera se sobresaltó. Heidegger había descendido volando en silencio y se encontraba a su lado.

—Buenas noches, profesor. Me preguntaba si podría hablar con usted.

—Sobre la noche del asesinato —dedujo la lechuza.

—De hecho, sí. Pensé que, como va usted de un lado para el otro de noche, quizá viera algo.

—Esa noche salí, sí —dijo. Sus enormes ojos no pestañearon. Vera comprendió por qué ponía nerviosos a los residentes de menor tamaño—. Volé casi hasta la Montaña Verde y volví, lo que debería responder a la pregunta que no has formulado. Mi colega el profesor Van Hoote confirmará que estaba a kilómetros de distancia en el momento en que asesinaron a Pfangal.

—Oh. —Vera estaba algo decepcionada, aunque por supuesto era

importante saber que Heidegger no era sospechoso—. Esperaba que pudiera haber sido testigo de algo importante.

—Bueno, quizá pueda ser de ayuda. Ha armado usted bastante jaleo en la ciudad tras ganar a la policía en su propio juego.

—¿Por encontrar la botella de vino de ciruelas, quiere decir?

La lechuza asintió.

—Vi esa botella justo en el mismo lugar a la última luz del día. En ese momento, no fue más que un destello verde. Pero, tras leer su artículo, me di cuenta de lo que había visto.

—¡Entonces es cierto que algún animal la dejó ahí el día del asesinato!

—Quizá justo antes de que yo la viera, porque al cabo de un momento vi a una criatura que se alejaba a toda prisa del estanque. Basándome en un cálculo sencillo de la trayectoria y la velocidad media, estoy seguro de que la criatura estaba alejándose del lugar en cuestión.

—¿Vio de quién se trataba? —preguntó Vera.

—Por desgracia, quedaba en parte oculta por las hojas. No alcanzaba a atisbarla con claridad desde mi perspectiva elevada. Pero era una criatura de tamaño medio. Y se movía furtivamente. ¿Sabes?, «furtivo» proviene del latín *furtivus*, o «ladrón», por lo que «furtivamente» significa «a la manera de los ladrones».

Heidegger nunca podía resistirse a alardear de sus vastos conocimientos. Era, sin duda, la criatura más culta de Shady Hollow, pues se había sacado numerosas carreras en instituciones prestigiosas de todo el mundo, como nunca vacilaba en señalar.

«Un pájaro viejo y pomposo», pensó Vera. Pero podía fiarse de su vista.

—¿Ha hablado usted de esto con el ayudante Orville o el jefe Aguamiel? —le preguntó.

—No se han dignado a entrevistarme. —Heidegger resopló y sacudió las alas rápidamente—. O quizá se hayan pasado mientras dormía o estaba fuera. Es posible que al jefe Aguamiel le pareciera que mi árbol está demasiado lejos de su lugar de pesca favorito en

el río. Es donde le he visto pasar la mayor parte del tiempo.

La lechuza agitó las alas de nuevo.

—Es todo lo que puedo decirle, señorita Vulpes. Ahora, si me disculpa… —Inició una extraña carrera para adentrarse en la leve brisa y no tardó en ascender, ya de forma elegante y precisa, remontando el vuelo por el cielo, cada vez más oscuro.

Vera lo siguió con la mirada, preguntándose cuánto habrían advertido el resto de los habitantes de Shady Hollow sin saber el valor de lo que habían visto. Decidió que, si el jefe de policía Aguamiel no se molestaba en aparecer por comisaría, no le quedaba más remedio que buscarlo en su casa. No había tiempo que perder.



El jefe Theodore «Teddy» Aguamiel vivía en la otra punta de la ciudad, cerca del muelle del río, en una cueva situada bajo una colina rocosa que hacía que el río se doblara en una larga curva en la base de la pendiente. Vera vio luz en la ventanita que había junto a la puerta. Llamó educadamente.

Al cabo de un momento de silencio estupefacto, llamó de nuevo, con más energía.

—¡Jefe! ¡Por favor! ¡Abra!

Oyó ruido de patas que se arrastraban en el interior. Luego algunos pasos.

«Pasos furtivos», pensó.

La puerta se abrió poco a poco.

—Ah, señorita Vulpes —dijo Aguamiel, intentando esbozar una sonrisa, aunque fracasó de manera estrepitosa—. Qué amable de su parte venir a verme. ¿No quiere pasar? —Vera entró en la espaciosa casa. En la mesa yacía un pescado, sin duda recién cogido en el río. El jefe se encontraba en medio de los preparativos para la cena—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Estoy siguiendo la historia del asesinato de Otto para el

periódico. Esperaba que pudiera contarme si ha habido alguna novedad hoy.

—Ah, bueno. Esto…, sí. Claro que hay novedades. Sin duda.

—¿Qué ocurre, jefe? —preguntó Vera, exasperándose.

—Quizá debería hablar usted con Orville, un subalterno muy capaz.

—Pero usted debe de saber qué está pasando. Dirige la investigación.

—Yo… —Aguamiel pareció ceder al pánico—. ¡No sé cómo se hace! ¡Nunca he tenido que investigar un asesinato! ¡Alguien en esta ciudad es un asesino! ¡Un asesino desquiciado que apuñala y envenena! ¿Se da cuenta de lo que eso significa?

»Usted no creció aquí, Vulpes —continuó—. En Shady Hollow nadie cierra la puerta con llave porque no tenemos cerraduras. Pero ahora la tienda ha pedido cerraduras, que llegan en la próxima barcaza. Diez familias ya han reservado la suya. ¿Qué vamos a hacer?

«Suena igual que Gladys», pensó Vera. Aunque comprendía al oso hasta cierto punto. Los años de tranquilidad en Shady Hollow le habían infundido un exceso de confianza. Ahora que se producía una crisis, le pillaba completamente desprevenido.

—¿Qué está haciendo Orville, entonces? Él tampoco se ha enfrentado nunca a un asesinato —señaló Vera.

—Está trabajando a partir de *El gran libro de la actuación policial*. Contiene todas las pautas sobre qué hacer en cualquier situación. Lo tenemos en el estante de comisaría. En realidad, era demasiado grande para el estante, así que arrancamos el capítulo de «Cómo dar palizas y torturar a los reos». De todos modos, ¿quién quiere saber eso? —Aguamiel miró con tristeza el pescado que tenía encima de la mesa—. Lo único que se me da bien últimamente es pescar.

—Entonces, ¿Orville está siguiendo un manual sin la ayuda de su jefe? ¿Quiere usted que el asesino se vaya de rositas?

—Pues claro que no. ¡Arrestamos a Zurdo!

—Sin base en ninguna prueba. A excepción de que es Zurdo.

—Bueno, quizá sepa algo.

—¡No sabrá usted lo que sabe hasta que sepa qué preguntarle, jefe! —gritó Vera—. Heidegger me ha dicho que vio a algún animal que dejaba la botella de vino envenenado en el estanque. Ahora solo tiene que seguir la pista y averiguar quién era, y encontrará al asesino.

—¿Preguntamos a todo el mundo sin más? —dijo Aguamiel—. El culpable mentirá.

—Para eso se buscan coartadas —contestó Vera con paciencia—. Averigüe dónde estaba todo el mundo esa noche. Encuentre testigos que lo confirmen. Si alguien miente, su historia no cuadrará. Entonces tendrá a su asesino.

—¿Cree que es fácil? —Aguamiel pareció esperanzado por primera vez.

—Fácil, no, pero sí posible. Orville ya ha empezado el trabajo. Ahora bien, ¿irá usted a la oficina mañana por la mañana a ayudarle?

—Sí, por supuesto. —Aguamiel se irguió en toda su estatura—. Shady Hollow no será la misma hasta que esta locura termine. Primero matan a Otto y luego intentan envenenar a Von Pieldecastor. ¿Qué vamos a hacer?

—¿Cómo que han intentado envenenar a Von Pieldecastor? —preguntó Vera—. Si le he visto hoy.

—¿No se ha enterado? Lo han encontrado inconsciente en el suelo de su despacho. Lo han llevado al hospital, pero el médico no estaba. ¿Sabe quién lo ha salvado? ¡Sun Li! ¿Quién iba a saber que tenía formación médica? Por suerte para Von Pieldecastor, si no lo enterraríamos junto con Otto.

Vera estaba tan pasmada por aquella revelación que no podía articular palabra. ¿Era posible que Shady Hollow albergara a un envenenador en serie? Había estado investigando para la historia, dando por sentado que Otto era la víctima de alguien que tenía un motivo concreto para matarlo. Pero ¿y si no era más que el primero de muchos? La idea era demasiado espantosa para contemplarla. ¡Y

Sun Li! Tenía que averiguar más sobre el panda.

CAPÍTULO DOCE

Vera pasó una noche agitada en su madriguera, demasiado consciente de que no tenía cerradura. Por la mañana, decidió, sería sensato pasarse por la tienda, solo para echar un vistazo, claro.

A la mañana siguiente, la marmota de detrás del mostrador dijo que normalmente no disponían de cerraduras.

—Pero puedes añadir tu nombre a la lista de vecinos que quieren una. Hemos pedido un cargamento entero río abajo.

Vera añadió su nombre, luego le dio las gracias y siguió su camino. Iba a hacer algo que debería haber hecho desde el principio: se encaminó a la casa de Otto, a orillas del estanque. Otto había vivido en una zona cenagosa. Un pequeño arroyo fluía poco a poco hasta la masa de agua inferior, de modo que el perímetro se hallaba empapado y cubierto de juncos. Era el entorno perfecto para un sapo ermitaño.

Resultaba menos ideal para una zorra, y Vera hizo una mueca al cruzar por el terreno embarrado, con las patas chapoteando en el suelo denso y pringoso. Pasó por unas plantas de cola de caballo que la doblaban en altura. Entonces encontró la puerta de Otto; estaba encajada en un montecillo bajo que se elevaba ligeramente por encima del nivel de la ciénaga.

Vera no vio señal alguna de alteraciones en el breve espacio de

tiempo desde la muerte de Otto, y las únicas huellas eran tenues y estaban agrietadas tras varios días al sol de finales de verano. Empujó con suavidad la puerta, que se abrió de par en par, y un olor a tierra húmeda surgió del interior. Otto tampoco había necesitado nunca una cerradura; le bastaba con su mal genio para mantener a las criaturas alejadas. La vivienda era fría y húmeda, las paredes de barro constituían una barrera muy efectiva tanto contra el calor del verano como contra el frío del invierno.

Vera entró hasta dentro y miró alrededor. Ni siquiera estaba segura de qué buscaba.

Otto vivía de forma muy sencilla. Si alguien necesitaba pruebas de la existencia solitaria del sapo, resultaba obvia con solo echar un vistazo a su salón. Había una silla arrimada a una mesa pequeña. Un taburete bajo junto a la chimenea podría haber servido si aparecía un invitado. Tarros de fruta en conserva y bichos secos forraban los armarios. Otto disfrutaba de un buen bocadillo de grillo con frambuesas, otro motivo por el cual rara vez recibía visitas.

Vera advirtió que el armario también contenía mucho alcohol. Botellas de vino, cerveza y licores fuertes ocupaban los estantes inferiores. Con su aguda vista, atisbo al menos una botella penosamente familiar: el vino de ciruelas de Sun Li. Al parecer, a Otto le gustaba beber. Cogió la botella del estante y se la guardó en la mochila. Si esa también estaba envenenada, el caso cambiaría de manera considerable.

Vera avanzó más allá del salón apenas amueblado y encontró el dormitorio de Otto, que era aún más humilde. Había una cama baja junto a una mesilla; en un rincón de la habitación colgaba una cortina y el espacio de detrás hacía las veces de armario. Vera descorrió la cortina pero no vio nada interesante, solo ropa de invierno y una pila de novelas baratas con las páginas amarillentas.

Se volvió hacia la mesilla de noche y por fin encontró algo prometedor: Otto había dejado varios libros encuadernados en negro en el estante inferior. Había otro encima de la mesa. Vera lo cogió y lo hojeó. ¡Otto llevaba un diario!

Vera sonrió al empezar a leer. Quizá encontrara una pista. Aunque Otto no era de escribir para la posteridad. Sus notas eran diminutas, apretadas y a menudo crípticas. Escribía en una mezcla de lenguas, pasaba de una a otra, a veces en la misma frase.

Las notas variaban de lo práctico («Recordar a Joe que arregle la puerta del callejón, se abre con el viento») a lo reivindicativo («VV parece furiosa de camino al trabajo». «Me pregunto si EVP ha estado practicando su papel en *La fierecilla domada* de nuevo»).

Vera intentó leer las anotaciones de los últimos días del diario de Otto, pero su estilo de escritura no era fácil de ojear. No veía nada útil de inmediato, aunque decidió llevárselo para estudiarlo. Tras un momento de reflexión, se llevó el resto de los diarios también, pues imaginó que los más antiguos podrían resultarle de ayuda si tenía que escribir un artículo sobre la vida anterior de Otto. Sintió aprensión al meter los diarios en su bolsa. Aquello no era exactamente robar, ¿no? Después de todo, estaba haciéndolo para ayudar a encontrar al asesino de Otto.

—Cuidaré bien de tus diarios, Otto, te lo prometo —dijo a la casa vacía.

Cerró la puerta de fuera con firmeza y se abrió paso por el lodazal. Cuando sus patas pisaron tierra más seca, soltó un suspiro de alivio. Algunas criaturas sencillamente no estaban hechas para la vida acuática. Se frotó las patas y regresó a la ciudad con una sensación renovada de propósito. Examinaría con detenimiento los diarios de Otto. Seguro que surgía algo. Quizá Lenore pudiera ayudarla después de cerrar la librería.

Pero primero Vera tenía que ir a trabajar.

Cuando llegó a las oficinas del *Herald* de Shady Hollow, sus esperanzas de una sesión tranquila repasando notas se frustraron. La oficina estaba llena de ruido. Criaturas de todas las especies corrían de un lado para otro. Al menos se ahorró el golpeteo constante de las rotativas, que solían funcionar de noche. Vera localizó a Gladys en la algarada y se le acercó al trote.

—¿Qué está pasando? —preguntó, temiéndose lo peor.

—NB va a publicar una edición especial sobre la ola de crímenes —respondió Gladys.

—Dos crímenes no es una ola.

—Bueno, seguro que está deseando que ocurra una tercera cosa espantosa.

Vera suspiró. Esperaba investigar un poco más antes de que toda la ciudad se enterara de lo que estaba ocurriendo. Si lograse que NB pospusiera el número especial del *Herald…* Aunque sabía que era muy poco probable, debía intentarlo. Corrió a la puerta del despacho del director y llamó con fuerza. Cuando oyó que la mofeta gruñía algo, decidió tomárselo como una invitación a pasar.

—¿Qué ocurre, Vulpes? —le espetó su jefe, con un puro sin encender en la comisura de la boca—. ¿Aún no has resuelto el asesinato? La ciudad entera está en peligro. ¡Necesitamos respuestas!

—Señor —comenzó Vera—, de verdad que me gustaría que se replantease la edición especial. Necesito algo más de tiempo para entrevistar a los vecinos sobre lo que es posible que presenciaran.

—¡Pues entrevista! ¡Para eso te pago!

—Pero encender los ánimos en torno a esto solo desatará el pánico. Las criaturas recordarán lo que han leído y de lo que han hablado…, no lo que podrían haber visto hace unos días.

—Tonterías. ¡La edición especial les ayudará a todos a pensar en ello! Soy prácticamente un filántropo. Incluso he pedido a Amelia Estridor que escriba una columna con una receta: una infusión relajante para los nervios crispados. Requiere un dedo entero de *brandy* de manzana.

—Qué considerado por su parte —dijo Vera arrastrando las palabras—. Oiga…, ¿cuándo sale el número?

—Mañana por la mañana, justo antes del funeral del sapo. El cierre de edición especial es dos horas más tarde de lo normal. ¡Sal ahí, escribe todo lo que tengas y luego vende algunos periódicos! —NB saltó encima de su escritorio llevado por la emoción y se puso a bramar órdenes a varios conejos con las patas manchadas de tinta

que estaban preparándose para mecanografiar—. Si hay un solo error en primera plana, estáis todos despedidos, ¿entendido?

Vera aprovechó la oportunidad para huir del despacho y salir a la calle Mayor. Respiró hondo, intentando despejar la mente. No convencería a NB de que aplazara el número. Eso significaba que necesitaba un ángulo nuevo ese mismo día o sería demasiado tarde. Los recuerdos de cualquier testigo se verían influenciados por la cobertura espectacular y apasionante del personal del *Herald*, cuyos miembros estaban demasiado emocionados e intimidados por NB para informar con claridad. Escribirían lo que él les dijera. Y NB quería vender periódicos, no encontrar al asesino.

Así que esa era la situación. Vera no dudaba de que Orville estaba haciendo todo lo que podía; solo que no creía que estuviese enfocando la investigación como debía. Saltar sobre Zurdo era la salida fácil.

Antes de que Vera pudiera decidir qué hacer a continuación, vio a Howard Estridor corriendo calle abajo. Lo persiguió.

—¡Señor Estridor! ¡Señor Estridor!

El ratón se volvió, alarmado.

—¡Ah, es usted, señorita Vulpes!

—¿Qué pasó ayer, cuando me fui del aserradero? El jefe me ha dicho que Von Pieldecastor creía que le habían envenenado.

—Es que lo envenenaron. Verá, había hecho la pausa del café.

—¿Café envenenado? ¿Del café de Joe? —preguntó Vera con incredulidad.

—¡Ah, no! —chilló Estridor—. Tiene su propio servicio de café en la oficina. Se lo prepara Brenda. Pero ella no lo haría. Alguien debió de colarse para echar veneno en la cafetera. El caso es que Von Pieldecastor cayó redondo y, si Sun Li no se hubiese enterado del problema por las ardillas médicas, se nos habría ido.

—¿Sun Li también pensó que era veneno?

—Sí. Enseguida lo supo. Brenda pensaba que era un ataque al corazón… provocado por las preguntas que le hizo usted, en realidad.

Vera resopló.

—Poco probable. Tengo que hablar con Sun Li. ¿Von Pieldecastor se ha quedado en casa hoy?

—Sí. Acabo de ir a ver cómo estaba —confirmó Howard—. Me ha dado las instrucciones del día desde la cama. Ahora descansa cómodamente. Su esposa y sus hijas están con él.

Vera se preguntó hasta qué punto podía estar alguien cómodo con las damas Von Pieldecastor revoloteando a su alrededor, pero mantuvo la boca cerrada y dirigió sus pasos hacia el restaurante de Sun Li.



La Franja de Bambú estaba tranquila tan temprano. De hecho, tardaría unas horas en abrir de manera oficial, pero Vera llamó una sola vez antes de que se abriera la puerta.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó Sun Li, que hizo una reverencia al tiempo que se apartaba para permitir que Vera pasara.

—Quería hablar con usted sobre Von Pieldecastor —respondió esta, directa al grano—. Ayer le salvó la vida. Eso me han contado.

—Hice lo que pude. Por suerte fue suficiente.

—Entonces no siempre ha sido chef.

—Igual que usted no siempre ha sido reportera —dijo Sun Li. Vera se puso tensa, como si anticipara alguna acusación, pero Sun Li prosiguió con calma—. Todos tenemos nuestra historia. En mi país, yo era cirujano, con cierto renombre. Luego me marché. Ya no soy médico, pero doy las gracias porque mi formación me permitiera ayudar a alguien.

—Sí, evitó otro asesinato.

—Eso parece —asintió Sun Li, con gesto afligido—. Pero quizá no sea suficiente en los próximos días. Usted es reportera, señorita Vulpes. Busca…, ¿cómo se dice?, la «exclusiva».

—Sí, supongo.

—Entonces le mostraré la exclusiva. Sígame.

Sun Li condujo a Vera por el restaurante en silencio hasta la cocina y luego hasta un pequeño pasillo, en el que la luz era mucho más tenue. Vera reprimió una reacción nerviosa. Sun Li seguro que estaba del lado de los buenos. ¡Era médico! Aun así, debería haberle dicho a alguien adónde iba.

Antes de que aquellas elucubraciones se le fueran de las patas, Sun Li se detuvo y abrió un armario grande en la pared. Vera echó un vistazo y vio varios frascos y paquetes, muchos de los cuales tenían escrito algo ininteligible, aunque el contenido de otros resultaba evidente. Era la despensa de Sun Li.

—Guardo la mayoría de los ingredientes de cocina aquí, además de algunas medicinas —dijo. Sacó una cajita del estante superior. Se hallaba envuelta en papel—. Esto es «corazón parado», es decir, se traduce de la lengua original como «corazón parado». Es un polvo elaborado con las raíces de una planta muy rara que solo crece en las laderas de las montañas en las que llovizna pero nunca llega a llover. En dosis sumamente pequeñas, el corazón parado es una medicina, que se utiliza para calmar a un paciente para que duerma o aliviar el dolor de una herida.

—¿Qué ocurre si tomas demasiado? —preguntó Vera.

—Te mueres —dijo Sun Li sin más—. Esta sustancia puede detener el corazón si se usa de manera incorrecta. De ahí el nombre.

—¿Cree que envenenaron a Otto y a Von Pieldecastor con algo parecido?

—Creo que los envenenaron precisamente con esto. Tenía dos cajas de corazón parado cuando abastecí este botiquín. Yo no he tenido ningún motivo para utilizar la medicina. Pero tras ver los síntomas del castor ayer, reconocí las señales e hice inventario. Ha desaparecido una caja.

—¿La robaron?

—Eso me temo. Por desgracia, podría haber sido en cualquier momento desde que abrí el restaurante.

—¿Quién más sabe que esto puede ser venenoso?

—Todos los que han trabajado en la cocina y el comedor. He advertido a todos los empleados de que no utilicen nada de este estante. Les he explicado que cada uno de estos productos es peligroso.

—¿Quién ha trabajado para usted desde que abrió?

Sun Li entregó a Vera una lista que incluía a varias criaturas de Shady Hollow a las que conocía. La mayoría eran los que habían trabajado de manera intermitente por la ciudad, como Ruby Ovino y los hijos mayores de los Estridor.

—Le daré estos nombres a Orville. Y al jefe —añadió Vera con aire distraído—. Querrá estar al corriente.

—Los osos deben buscar la caja que falta —insistió Sun Li—. Contiene suficiente polvo para matar a muchas criaturas.

Vera hizo unas cuantas preguntas más a Sun Li, no tanto por el artículo como simplemente porque sentía curiosidad acerca del panda. Sun Li le ofreció té, que Vera lamentó declinar. Tenía mucho que hacer antes de que acabara el día y no podía aceptar el té.

CAPÍTULO TRECE

¿Qué hacer? Vera sopesó sus opciones. Se le ocurrían muchísimas preguntas y no tenía tiempo suficiente para formularlas. Los acontecimientos estaban precipitándose de manera descontrolada, como hojas en un ventarrón. Debía formarse una imagen con lo que sabía. Solo entonces podría ver qué más tenía que investigar.

Decidió estimular el cerebro con un café para llevar de La Taza de Joe, pero antes de llegar vio a Ruby Ovino por la calle en dirección contraria. Llevaba un modelito precioso, cas: demasiado elegante para un día normal y corriente.

—¡Ruby! —la llamó Vera—. ¿Tienes un minuto?

Durante unos instantes, Ruby siguió avanzando como si no la hubiese oído. No obstante, cuando las dos criaturas se encontraban a la misma altura, sonrió con afecto.

—Vaya, hola. Si tenemos aquí a la reportera estrella…

—Bueno, la parte de reportera es cierta. De hecho, ¿puedo hacerte unas preguntas?

—Claro —respondió Ruby—. Justo iba a parar a tomar algo.

—Yo también —dijo Vera, y condujo a Ruby al interior del edificio. En lugar de acercarse al mostrador, Vera señaló una mesa junto a la ventana—. Sentémonos un poco. ¡Joe! —llamó—. Lo de siempre para nosotras.

Mientras esperaban la bebida, Vera observó a su acompañante y recordó lo que había oído acerca de la oveja. Al igual que ella, Ruby Ovino no siempre había residido en Shady Hollow. Tiempo atrás había vivido con un gran rebaño de ovejas muy parecidas a ella, brincando y balando con satisfacción… o lo que quiera que hiciesen las ovejas en compañía de las suyas.

Sin embargo, Ruby no era como el resto de las ovejas. A medida que crecía, su naturaleza pareció volverse más salvaje. Anhelaba afecto y se la veía con un novio nuevo prácticamente cada semana. Era igualitaria: no le importaban las especies. Pero todas las relaciones acababan en riña.

Tras un incidente especialmente público, su familia la condenó al ostracismo y la expulsaron del rebaño, con lo que tuvo que abrirse su propio camino en el mundo. Había llegado a Shady Hollow hacía varios años y parecía que por fin había encontrado un hogar en el pequeño pueblo.

Aunque Ruby se había ganado cierta reputación, era miembro indiscutible de la comunidad. Recortaba la mala hierba de la plaza del pueblo en su tiempo libre. De vez en cuando hacía de voluntaria en la biblioteca. Había trabajado en varios sitios a lo largo de los años y en la actualidad trabajaba en el Hogar Tranquilo del Buen Cuervo para Criaturas Mayores, donde parecía bastante contenta. Las criaturas que habían tenido problemas con Ruby, aquellas que le volvían la espalda por la calle…, bueno, eso decía más de ellas que de Ruby.

—Estás muy guapa hoy —dijo Vera, con la intención de que la oveja se relajase—. ¿Vas a algún sitio especial?

—No. Al trabajo, como siempre. ¿Por qué?

—Ese modelo es precioso. ¿El colgante que llevas es un rubí?

La oveja tocó la piedra.

—Ah, sí. Una pequeña broma, ya sabes, por mi nombre. Fue un regalo porque es muy yo.

—Bueno, entiendo que quieras llevarlo todos los días —respondió Vera, que había advertido que Ruby no decía de quién provenía el

regalo. Quizá se lo hubiese hecho a sí misma.

Ruby recorrió la cafetería medio llena con la mirada.

—¿Sigues con la historia de la muerte de Otto?

—Sí, y el intento de asesinato de Von Pieldecastor.

—¡Oh, madre mía! —Ruby se sobresaltó un poco—. Por supuesto, debe de ser todo parte de la misma locura. No puedo creer que haya un asesino en serie en la ciudad. Es un horror pensarlo. Ojalá desapareciera todo sin más.

—Seguro que todos deseamos lo mismo. Pero hasta que encuentren al asesino, no podemos volver a como estaban las cosas.

—Estás muy entregada —señaló Ruby—. Más que la policía, incluso.

—La policía también está trabajando en esto, solo que de un modo distinto.

La oveja baló una risa.

—He visto trabajar al jefe, querida. Ese no sabe ni por dónde le da el aire.

Joe llegó entonces con el pedido. Ruby miró su taza —un *latte* extraespumoso con nata batida y coronado con una frambuesa— y suspiró.

—No he sido capaz de volver a disfrutar de verdad de las copas desde que encontraron a Otto, ¿sabes?

—¿Lo conocías bien?

—Como todos, supongo. No era tan gruñón como parecía. Él y yo charlábamos a menudo cuando me pasaba por el estanque. Tuvo una vida tan interesante, ¿sabes?, y había estado en muchos sitios.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Otto?

—El día que murió. Tenía que hacer un recado cerca del estanque. Le saludé con la mano pero estábamos demasiado lejos para hablar. Sería dos horas antes de que se pusiera el sol, quizá.

—¿Habías estado en la Franja de Bambú?

—¿Por qué lo preguntas? —replicó Ruby, sintiendo recelo de repente.

—Sun Li me dijo que trabajaste allí y que le compraste una

botella de vino de ciruela.

—Ah, eso. Sí, me gusta el vino de ciruela. Le cogí el gusto cuando trabajaba de camarera allí.

—¿Tienes la botella que compraste ese día?

—¿Qué? No, no creo… La perdí.

—¿Perdiste una botella de vino entera?

Vera debió de dejar traslucir su escepticismo, porque Ruby se puso a la defensiva.

—La dejé en algún sitio mientras hacía recados y se me olvidó.

—Encontraron una botella similar muy cerca del cadáver de Otto.

Ruby pasó a parecer muy incómoda.

—Bueno, tenía una vista de lince. Si la dejé en los alrededores del estanque, debió de encontrarla.

—Contenía restos de veneno.

—¡Santo cielo! —exclamó Ruby con la voz entrecortada—. ¿Cómo es posible?

—Quizá no la encontrara Otto primero. Tal vez el asesino la cogió e introdujo el veneno.

—¿Y luego se la entregó a Otto? Qué despiadado… Otto no se lo merecía. Era demasiado bueno para eso. —Ruby dejó de hablar en ese punto y sorbió su elaborado café con aire pensativo.

Vera concluyó que no iba a obtener nada más de la oveja que le resultara de utilidad. Apuró su propio brebaje y recogió sus cosas.

—Gracias por la charla, Ruby. Tengo mucho trabajo que hacer. ¡Nos vemos! —Dicho esto, Vera devolvió la taza vacía al mostrador y dio las gracias a Joe. Dejó a Ruby sentada a la mesa, mirando cómo se le enfriaba rápidamente el café, cuya corona de nata batida empezaba a languidecer.



Mientras se consumía todo ese café, Howard Estridor pasó a toda prisa por delante del escaparate del establecimiento de Joe y escapó

de la vista justo cuando salía Vera.

Iba pensando de forma poco caritativa en Vera Vulpes, la intrépida reportera.

—Desde luego, no necesito que esa criatura ande husmeando por el aserradero —se dijo recurriendo a palabras que le había escuchado a Von Pieldecastor—. Ya tenemos suficientes problemas sin que nuestro negocio aparezca en la primera plana de ese periodicucho del *Herald*. —Howard estaba acostumbrado a que su jefe le dijera qué hacer en el trabajo, y su esposa hacía lo mismo en casa.

Howard Estridor no siempre había sido un ratón tan tímido. Tiempo atrás, tenía grandes sueños y aspiraciones. Cuando era más joven, vivía en una gran ciudad. Había dejado el campo de su familia para estudiar contabilidad. A algunos puede parecerles aburrido, pero Howard siempre había disfrutado con los números y se le daba bien asegurarse de que todo cuadrara.

Cuando vivía en la ciudad, conoció a Amelia, una joven y atractiva ratona que intentaba hacerse un hueco como artista. Se enamoraron y se casaron. Su vida juntos era todo lo que Howard había soñado, hasta que Amelia se quedó embarazada. Entonces todo cambió. Amelia dejó el arte y su *loft* e insistió en que se mudaran a un pueblo pequeño donde pudieran criar a su primera camada. La palabra «camada» infundió miedo a Howard, pero a regañadientes hizo lo que le pedía su amada. Se mudaron a una casita en Shady Hollow, y Howard aceptó un trabajo en el aserradero.

Amelia dio a luz a cinco (sí, cinco) hijos. Para ser una camada, era pequeña, aunque fue lo bastante grande para Howard. Desde entonces, su vida se había consumido entre Shady Hollow, las cuentas del aserradero, el número creciente de crías Estridor y su esposa. Puede que no fuera aquello con lo que había soñado tiempo atrás, pero era lo único que tenía y no pensaba dejar que esa raposa entrometida le arrebatara nada.

Howard sentía un gran alivio porque Reginald von Pieldecastor

fuese a recuperarse. Aunque a veces fantaseaba con estar al mando de la fábrica, se había acostumbrado demasiado a hacer lo que le dijeran. Esperaba que el jefe volviera pronto a su despacho. Sabía que a Von Pieldecastor le bastaría con unos días atendido por su esposa y sus hijas. Volvería a la fábrica en cuanto pudiera. ¡Si Howard pudiera mantener a la tal Vulpes alejada hasta entonces…!



Felizmente ajena a los pensamientos de Estridor, Vera regresó a las oficinas del *Herald* y escribió unos cuantos artículos rápidos. Detallaba la situación en la que Sun Li había salvado la vida a Von Pieldecastor y continuaba atando cabos acerca de Otto. Entretanto, NB la observaba con aire siniestro desde la ventana de su despacho. Cuando hubo acabado, se acercó saltando para arrancarle las notas de las patas antes de que la tinta se secase.

—¡Vulpes tiene su artículo! ¡Mecanografiad esto! ¡El titular es «El peligro acecha Shady Hollow»! A trabajar, todos. ¡Todo en negro sobre blanco!

El tiempo había pasado volando mientras trabajaba. Tras dejar el *Herald*, Vera se dirigió de vuelta a su madriguera, por el camino más largo, la calle del Río, que se hallaba más cerca de las anchas riberas. La ciudad estaba tranquila y solo rondaban unas cuantas criaturas. Vio a una ardilla con un chaleco y abrigo elegantes que pasaba por el otro lado de la calle —uno de los cajeros del banco—, pero cuando Vera levantó una pata para saludar, la ardilla se limitó a inclinar el sombrero y pasar corriendo. No cabía duda de que el estado de ánimo de la ciudad había decaído. Vera suspiró, luego dobló en la calle del Arce hacia su modesto hogar. Las estrellas destellaban en lo alto, serenas e indiferentes al caos de abajo.

Vera continuó caminando, sin ser consciente de que la vigilaban. Una sombra la seguía, escondida entre sombras más profundas. Cuando Vera llegó a casa, la sombra se rezagó tan solo un

momento, luego se alejó hasta desvanecerse.

Dentro, Vera se estremeció sin saber por qué. Como no tenía cerradura en la puerta, se detuvo, pero luego se encogió de hombros. ¿Qué iba a hacer a esas alturas? ¿Coger una habitación en la posada? Ceder al pánico sería dejar que ganase el asesino, y no tenía motivos para pensar que sería la víctima siguiente, si es que había una víctima siguiente siquiera. El miedo de la ciudad la llevaba a comportarse como una tonta y había sido un día muy largo. Tenía pensado releer sus notas e incluso empezar a escribir otro artículo, pero la tensión de andar corriendo de un lado para el otro hizo mella en ella. Después de comer unos puñados de fruta seca (acompañados de un poco de queso suave que untó por encima), no tardó en hacerse un ovillo y dormirse.

CAPÍTULO CATORCE

La mañana siguiente amaneció radiante, pero pocas criaturas en Shady Hollow se sintieron felices con el abundante sol y la brisa cálida. La mayoría estaban asustadas. Los padres pasaban lista a sus hijos. Los maridos comprobaban que sus esposas estuvieran bien. Y casi todo el mundo miraba la comida con cierto recelo, examinando incluso el desayuno más inocente en busca de veneno.

Vera se despertó temprano, pero no comprobó que su comida no contuviera veneno, estaba demasiado hambrienta para pensar en absoluto. Después del desayuno, empezó a recopilar sus notas e hizo una lista de las criaturas a las que aún debía entrevistar. De alguna manera, su trabajo sería más fácil ese día, porque todo el mundo estaría en el mismo sitio.

Ese día era el funeral de Otto Pfangal. Los funerales en el bosque no solían ser asuntos muy elaborados, pero el revuelo armado en torno a la muerte de Otto garantizaba una gran asistencia. Vera se preparó con tiempo, se vistió de un negro sobrio en bonito contraste con su pelo, rojo natural.

Salió al trote por la puerta y se detuvo en Libros Nunca Más para reunirse con Lenore (ya de negro, por supuesto). Las dos se dirigieron al cementerio y cruzaron la entrada, que en realidad no era más que dos tejos que crecían formando un arco por encima del

camino.

El cementerio era un lugar tranquilo. Unos cipreses enormes mantenían la mayor parte del terreno en sombra, de modo que no crecía mucha hierba. Las modestas lápidas tendían a cubrirse de musgo tras apenas unas estaciones, y el aire era siempre fresco, incluso en pleno verano.

Había empezado a congregarse una multitud cerca de una tumba abierta en cuyo fondo descansaba el cadáver envuelto en tela de Otto. Lenore miró alrededor, impresionada.

—Tantas criaturas… ¡y todas parloteando y cotilleando! —dijo—. ¡Otto lo habría odiado! Lo único que le retiene aquí es el hecho de que está muerto.

—Chisss, cuerva. —Vera intentó contener un resoplido de la risa.

Era cierto; se trataba de la clase de escena que el sapo más había odiado en la vida. Solitario por naturaleza, consideraba una multitud a cualquier grupo de más de una criatura.

Los vecinos del pueblo vestían de negro, como dictaba la tradición. Ruby Ovino incluso llevaba un sombrerito elegante con un velo que le cubría la parte superior del rostro. Asistían las tres Von Pieldecastor, aunque Reginald estaba en cama, demasiado débil todavía a causa del incidente del envenenamiento para aparecer en público. Edith compensaba su ausencia sorbiéndose con ruido y ostentación en un pañuelo de encaje negro y hablando con todo el mundo sobre el «pobre Otto» y la suerte que había tenido de evitar perder a su marido del mismo modo.

—Tiene que ser una bestia enloquecida para atacar al señor Von Pieldecastor además de al pobre Otto. Después de todo, ¿qué tenían en común? ¡Nada! —gritó.

Vera oyó el comentario de Edith e intercambió una mirada de curiosidad con Lenore. A la castora no le faltaba razón. ¿Qué tenían en común las dos criaturas? Desde luego, a Vera no se le ocurría nada.

—¿El estanque? —preguntó Lenore en voz baja para que solo la oyera Vera—. Otto vivía allí y Von Pieldecastor trabaja allí. ¿Algún

animal está tratando de alejar a todo el mundo del estanque por alguna razón?

Vera lo pensó.

—La familia de marmotas también vive cerca del estanque, en el extremo norte. Podemos preguntarles si han visto algo sospechoso.

—Y advertirles.

—Claro. —La zorra asintió.

En el fondo, sin embargo, no creía que el estanque tuviera mucha relación con los envenenamientos. ¿Qué podía ganarse con mantener alejadas a las criaturas? ¡El estanque siempre había estado ahí! Además, para mantener a las criaturas alejadas de verdad, habría que cerrar todo el aserradero. Ella misma le había sugerido la idea a Von Pieldecastor, aunque consideraba absurda la posibilidad. Solo estaba intentando asustarlo para que hablara. Pero, ahora que Lenore había propuesto el control del estanque como un móvil, Vera se preguntó si alguna criatura intentaba cerrar el aserradero. La idea resultaba espantosa. La ciudad dependía del aserradero; el sabotaje sería casi peor que el asesinato.

En ese momento, el pastor carraspeó y sacó a Vera de sus cavilaciones con un sobresalto. El pastor James «Polvoriento» Castaño era una liebre norteamericana muy flaca. Era algo dejado pero muy sincero y tenía buenas intenciones. Como novicio, había servido en las vastas llanuras del oeste, donde trabajó en varios condados como pastor itinerante para comunidades de marmotas. Las largas jornadas y las condiciones a veces peligrosas dieron al pastor cierto aire de seriedad que la mayoría de los clérigos tardaban años en adquirir.

El pastor Polvoriento carraspeó una vez más y luego pidió silencio con un gesto.

—Hermanos y hermanas de Shady Hollow —comenzó—, estamos reunidos hoy aquí para decir adiós a uno de los nuestros, que nos ha sido arrebatado demasiado pronto. Aunque quizá no fuera la criatura más encantadora, este sapo llevaba mucho tiempo viviendo en Shady Hollow y no hay nadie que pueda decir que nuestro pueblo

será el mismo sin Otto Pfangal.

—Sí, estará un poquitín más tranquilo ahora —murmuró una voz en la multitud.

Otras la acallaron de inmediato.

El pastor lanzó una mirada hacia el lugar de donde venía la interrupción, pero continuó.

—Otto no hacía amigos con facilidad. Vino de muy lejos, del otro lado del mar, de un país en el que nieva prácticamente todo el año. Es un lugar difícil para que prospere cualquier criatura, y este sapo se marchó y cruzó el mundo antes de instalarse en Shady Hollow. —La voz de Polvoriento cobró volumen a medida que se entusiasmaba con el tema—. Otto trabajó durante años. Como marinero y barquero, como estibador e incluso como espía. ¡Sí! —El pastor asintió ante el murmullo repentino de la multitud—. ¡Desempeñó un papel importante en la Gran Ciénaga Verde durante la Tercera Guerra Caimán! Apuesto a que muchos no lo sabíais. Se enfrentó a los peligros de las peores vías navegables del pantano para llevar información a los rebeldes. Su trabajo salvó muchas vidas y fue allí donde aprendió el verdadero valor del silencio.

»Otto nunca hablaba mucho de sí mismo después de eso. Se dirigió al norte de nuevo después de que se alcanzara la paz y finalmente encontró un lugar que llamar suyo: la misma represa de Shady Hollow en la que vivió hasta sus últimos días.

Polvoriento bajó la vista a sus notas con gesto teatral. A continuación miró a la multitud con tristeza.

—Ahora bien, he dicho que Otto no hacía amigos con facilidad. Tampoco hacía enemigos con facilidad. Defendía sus opiniones, y quizá no se retirara de una discusión con la frecuencia con la que debería haberlo hecho, pero siempre fue muy amable con los más jóvenes y nunca hizo daño a una mosca.

Varias criaturas murmuraron en señal de conformidad con esas palabras.

—Así que no podemos dar sepultura a esta pobre criatura sin prometernos unos a otros, todos nosotros, que encontraremos al

responsable de la muerte de Otto. —El pastor alzó la voz de nuevo —. ¡Ahora es cosa nuestra administrar justicia para que Otto descanse en paz, como merece! ¡Apelo a todos vosotros, hermanos y hermanas, para que hagáis todo lo que podáis con el fin de ayudar a la policía a encontrar al asesino!

La reacción fue más fuerte esta vez. Unos cuantos «amén» mezclados con palmadas avivaron a la multitud. Polvoriento asintió con fervor, luego levantó las patas para acallar a todo el mundo.

—Habrá tiempo de perseguir la verdad; ahora es el momento de decir adiós a Otto Pfangal. Por favor, tomad todos un puñado de tierra que echar sobre Otto y recordadle con cariño. —Polvoriento empezó arrojando un puñado de tierra que yacía en un montón junto a la tumba.

«Adiós, Otto —dijo—. Espero que encuentres una ciénaga que te encante en la próxima vida».

Una a una, las criaturas fueron siguiendo el ejemplo del pastor. La mayoría se limitaban a susurrar unas palabras hacia la tumba y salían del cementerio arrastrando los pies a toda prisa, pero varias se rezagaron un momento, quizá para despedirse de forma más personal o reflexionar sobre su propia mortalidad.

Joe incluso vertió un poco de café en la tumba.

—Invita la casa, amigo —masculló el alce.

Vera vio que Ruby sorbía con fuerza bajo el velo y advirtió que Orville se santiguaba tras hacer algún comentario inaudible hacia la tumba.

Cuando Vera arrojó su propia ofrenda, no dijo nada. Sin embargo, en silencio prometió que perseguiría la historia hasta averiguar la verdad.

La recepción posterior se celebraría en el café de Joe, ¿dónde si no? Las criaturas habían guardado silencio en el funeral, pero para entonces conversaban como si no se hubiesen visto en una larga temporada. El panegírico del pastor Polvoriento había sido muy efectivo si su objetivo era recordar a los vecinos que Otto formaba parte del pueblo.

También hizo cristalizar la sensación en la ciudad de que el crimen era inadmisible, no podía tolerarse. Debían descubrir y capturar al asesino. ¡Debían celebrar un juicio! Rogaron al señor Pajizo, una rata negra y apreciado abogado que tenía un despacho en el barrio de Mirror Lake, que desempeñara el papel de fiscal una vez que empezara el juicio, a lo que accedió de buena gana. (Shady Hollow no contaba con fiscal a jornada completa).

Orville aprovechó el tiempo para arrinconar a criaturas con las que tenía intención de hablar y que se murieron de miedo cuando exigió saber dónde estaban la noche en cuestión. Vera no pudo resistirse a poner la oreja, pero apenas oyó distintas variaciones de «¡En casa! ¡En casa! ¡Pregunte a mi mujer y a los pequeños!».

Apreció la contestación mordaz y valiente de Ruby a las preguntas de Orville, algo en la línea de «No le sorprenderá oír que había invitado a un "amigo" a casa esa noche. Quizá entienda por qué no voy a divulgar su nombre, agente». El tono insinuante hizo que a Orville se le sonrojaran hasta las orejas y la despachara a toda prisa.

—¿Algo interesante? —Lenore se acercó furtivamente a Vera al cabo de aproximadamente una hora.

La zorra negó con la cabeza.

—No mucho. Al parecer, los vecinos se esforzaron en no salir de casa la noche que murió Otto.

—Muy práctico para el asesino —dijo Lenore.

—Ojalá pudiésemos averiguar por qué mataron a Otto. ¡Y por qué envenenaron a Von Pieldecastor también! Otto se peleó con él el día que murió, pero incluso si Von Pieldecastor mató al sapo en un acceso de ira, no fingiría ser a su vez una víctima, ¿no?

—No parece muy propio de él —reconoció Lenore—. Y piensa en la forma de la muerte. —La noche anterior, Lenore había estado leyendo un boro de psicología criminal.

—¿Qué quieres decir?

—Si Otto hubiese sido asesinado en una pelea o por una bestia que se volvió loca, habría muerto por la herida de cuchillo. Lo que

quiero decir es que habría sido rápido y violento. Pero el veneno es metódico. Debes saber con antelación que quieres utilizarlo. Necesitas planificarlo. Necesitas conseguir el veneno y necesitas algo en lo que introducirlo. No es algo que uses en caliente.

Vera asintió.

—Entiendo lo que dices. ¿Es posible que alguna criatura intentara inculpar a Von Pieldecastor apuñalando a Otto después del asesinato para que pareciera que había sido víctima de una pelea?

—Pero eso no explica cómo o por qué envenenaron a Von Pieldecastor.

—Uf. Tienes razón. Es muy confuso. Es como intentar atisbar a través de la niebla.

—Solo tenemos que persistir —dijo Lenore—. El asesino cometió algún error, en las novelas siempre cometen un error. Descubriremos qué es y resolveremos el crimen. Podrás escribir el artículo que Otto merece y la ciudad podrá volver a la normalidad.

—Eso espero —contestó Vera abatida—. Ahora mismo no entiendo nada.

CAPÍTULO QUINCE

Con la advertencia del panda acerca del veneno muy presente, Vera regresó a comisaría a la mañana siguiente del funeral. Su último encuentro con Orville había acabado mal, pero en ese momento tenía información importante que comunicarle.

Cuando entró, Orville estaba sentado a su escritorio, examinando algunos documentos. Como de costumbre, al jefe no se le veía por ninguna parte.

—Hola —dijo Vera en voz baja—. ¿Le molesto?

Orville alzó la mirada, vio quién era y se enderezó en su asiento. Vera advirtió que le cambiaba el gesto, pero no habría sabido decir si estaba enfadado o simplemente irritado.

—Vulpes. No, no me molesta. —Orville señaló los documentos—. Son los informes del doctor Testagrande. Por fin ha enviado los resultados de las pruebas del veneno con el que mataron a Otto Pfangal y con el que estuvieron a punto de matar a Reginald von Pieldecastor. Pese a que asegura ser un experto, no sabe qué tipo de veneno se utilizó.

—Se llama «corazón parado», al menos en nuestra lengua —aclaró Vera.

El oso entrecerró los ojos.

—¿Y cómo sabe usted eso?

—Me lo dijo Sun Li.

Vera le contó los detalles de su visita a la Franja de Bambú. Mencionó el pasado de Sun Li como cirujano y luego le habló del corazón parado. Orville garabateaba con furia en su cuaderno y masculló que se haría con el resto del veneno misterioso ese mismo día y lo pondría a buen recaudo.

—Por favor, entienda —le dijo Vera con suavidad— que quienquiera que robase la primera caja de corazón parado tiene veneno más que suficiente para matar a todos los habitantes de Shady Hollow. No necesitará la segunda caja.

Orville asintió, pero dijo que no podía dejarlo estar.

—Lo cogeré para curarnos en salud —respondió con firmeza.

Vera oyó que Zurdo se ponía a cantar en su celda. Orville se volvió también.

—Supongo que debería plantearme dejar a Zurdo en libertad. Lleva demasiado tiempo disfrutando de un catre cómodo y comida gratis.

Vera asintió. Imaginaba que Orville sabía que Zurdo no era culpable de esos crímenes y tampoco parecía haber visto nada útil. Había llegado el momento de soltar al mapache.

—Una cosa menos de la que preocuparme —añadió Orville—, aunque ha sido agradable tener compañía en comisaría.

Se levantó de su mesa y se dirigió a la zona de las celdas para dar la buena noticia a su reo.

Zurdo estaba acostado en el catre, pero alzó la vista expectante cuando oyó los pasos pesados del oso policía. Se levantó con torpeza al oír el tintineo de llaves.

—Bueno, Zurdo —dijo Orville—, voy a dejar que te marches. Sé que no has matado a nadie.

Al principio el mapache pareció aliviado, luego una expresión de miedo le invadió el rostro.

—No puede hacer usted eso —replicó, prácticamente chillando—. Yo me quedo aquí, donde el asesino no puede llegar a mí.

Era evidente que la reacción cogía desprevenido a Orville (al

igual que a Vera, si vamos al caso), pero volvió a ponerse las llaves en el cinturón.

—Vale, Zurdo —accedió—. Puedes quedarte en el calabozo hasta que atrapemos al asesino. —Orville regresó a su mesa. Se encogió de hombros con impotencia—. Nadie me había suplicado nunca quedarse encerrado —le dijo a Vera—. Aun así, unos días más no cambiarán nada.

—¿Está haciendo progresos en el caso? —preguntó Vera con tono vacilante.

—¿Por qué? ¿Y usted? —inquirió él.

—La verdad es que no. Solo informo de lo que oigo.

Orville la fulminó con la mirada durante un segundo.

—Ah, ¿no es evidente? Si supiera quién es el asesino, no estaría sentado aquí.

—¿Qué está haciendo, entonces?

—He estado haciendo preguntas. Solo necesito averiguar quién introdujo el veneno en las bebidas de las dos criaturas. —Tras sentarse a la mesa, extrajo una hoja en blanco y sacó punta a su lápiz.

En la parte superior, escribió «Asesinato». Luego, a la izquierda, anotó «Sospechosos» y procedió a hacer una lista de los nombres de casi todos los residentes de Shady Hollow, dejando fuera tan solo a los niños y agentes de policía. Encabezó la columna siguiente con «Coartada para Otto» y luego «Coartada para RVP».

—Y eso es prácticamente todo lo que tengo. Nadie parece saber nada.

—Bueno, quizá yo pueda rellenar algunos de esos huecos —dijo Vera.

Compartió con él lo que había averiguado de las coartadas de las criaturas hasta entonces, y Orville rellenó la hoja con entusiasmo. Añadió lo que sabía él. Incluso sonrió en una ocasión, mientras tachaba algunos nombres.

—Le concedo el beneficio de la duda, Vulpes. Dice usted que estaba sola en casa. Nadie puede demostrar lo que estaba haciendo

realmente…, pero, si hubiese matado a Otto, no insistiría tanto con la historia.

—Bueno, estaba en casa… sola. ¡Tampoco es que esté viendo a nadie! —Vera se sonrojó de pronto. ¿Qué le importaba lo que supiera el oso policía de su vida personal?

La puerta se abrió de golpe, lo que la distrajo.

—¡Jefe Aguamiel! —exclamó Orville, sorprendido—. ¿Qué hace usted aquí? Quiero decir, ¡qué alegría verlo, señor!

El jefe no respondió de inmediato. Avanzó hasta plantarse delante de su mesa, que necesitaba que le limpiaran el polvo que había ido acumulándose lentamente durante meses. Vera vio la desazón en el rostro del jefe.

—¿Qué novedades hay, agente? —preguntó Aguamiel en voz alta.

—Sé qué veneno mató a Otto, señor. Es una droga rara que el señor Sun tiene en su restaurante. Tiempo atrás fue médico y dice que es una medicina cuando se usa de forma correcta. Sin embargo, una dosis demasiado grande, que al parecer no es necesario que sea tan grande, parará el corazón de una criatura. Es como quedarse dormido. Salvo porque no vuelves a despertarte.

—Bueno, ¿has arrestado a la bestia?

—¿A quién? —preguntó Orville sin comprender.

—¡Al panda!

—¿Con qué cargos? No tenía motivos para matar a Otto ni para intentar matar a Von Pieldecastor. Descubrió que el veneno había desaparecido hace unos días, pero podrían haberlo robado meses atrás. No había tenido ningún motivo para comprobarlo hasta ahora. Tenemos el arma de verdad. Ahora solo debemos averiguar quién la blandió.

En ese momento, el jefe Aguamiel pareció advertir la presencia de Vera por primera vez.

—¿Estás hablando con la prensa, agente? —le gritó a Orville.

—Hum, no. Es decir… —Orville titubeó.

—De hecho —intervino Vera—, era la prensa la que hablaba. Me

limitaba a trasladar información que sin duda la policía habría acabado descubriendo a su debido tiempo. —Guiñó el ojo a Orville y se vio recompensada con una leve sonrisa de agradecimiento.

—Eso es, jefe… Vera… La señorita Vulpes, quiero decir…, ha sido de gran ayuda.

—Bueno, ¡como tiene que ser! —refunfuñó el jefe—. Al fin y al cabo, recordemos quién está al mando.

—Sí, señor —contestó Orville, al tiempo que ponía los ojos en blanco.

Vera se tomó aquello como su pie para salir. Se despidió de Orville y se dirigió al exterior. Aunque Orville no lo sabía, Vera también tenía una hoja de coartadas muy similar. No obstante, ella había conseguido rellenar algunos espacios más, y la suya exhibía un elemento adicional: junto a algunas coartadas había una estrellita roja. Al final, la estrella aparecía de nuevo con la palabra «Confirmada». Lenore había recomendado el método de las estrellas y Vera se alegraba de que lo hubiese hecho. Pensando en ello, Vera se encaminó a la librería para comentar las últimas novedades con su amiga.



Poco después, la cuerva y la zorra se hallaban encorvadas sobre una mesa de la librería, donde leían detenidamente las notas de Vera y discutían el caso desde todos los ángulos que veían.

Lenore señaló un nombre.

—Creo que puedes poner una estrella junto a Von Pieldecastor para el asesinato de Otto. Si el castor es una víctima intencionada, es poco probable que perpetrase el primer asesinato.

—Pero su coartada es débil —repuso Vera con obstinación—. Dice que estaba en casa y la señora Von Pieldecastor nunca lo contradeciría.

—Bueno, yo tampoco tengo quien confirme mi coartada —indicó

Lenore.

Vera negó con la cabeza.

—Sé que tú no mataste a Otto.

—Y yo sé que tú tampoco. Si no, ¡tu investigación es la mejor interpretación que he visto en mi vida! —Lenore hizo una pausa para tomar un sorbo de té—. La verdad sigue siendo que no tenemos mucho de lo que tirar en términos de pruebas reales. El asesinato es curioso. Todas las conjeturas que hacemos sobre nuestros vecinos se van por la borda. La mayor parte del tiempo no nos importa nada si alguien puede dar cuenta de su paradero a una hora determinada. Pero entonces se produce un asesinato y de pronto los miembros más respetados de la sociedad no son mejores que zurrapas.

Vera suspiró.

—Esa es una visión cínica.

—Soy una cuerva. —Lenore se encogió de hombros—. Si quieres sol y melodías, búscate a una golondrina.

—Creo que la ciudad se ha unido después de la muerte de Otto, solo un poco. Estamos todos pendientes unos de otros.

Lenore resopló.

—Estamos todos pendientes, sí, pero porque el asesino tiene a todo el mundo mirando por encima del hombro. Pero cuando miramos y vemos a nuestros vecinos, no nos queda otra que decir algo amable. ¿Tienes idea de cuántas veces me han informado a mí de manera solícita de que el cargamento de cerraduras debía llegar el jueves a la tienda? Cualquiera que no compre una cerradura bien podría firmar una confesión, según se rumorea en la ciudad. Recuerda lo que te digo: si hay otro asesinato antes de que esto termine, veremos cómo son nuestros vecinos en realidad.

—Ojalá unos cuantos más hubiesen estado atentos antes —refunfuñó Vera—. Parece que la noche de la muerte de Otto no había nadie por ahí. Heidegger reconoció que había salido, pero hizo un largo viaje. Envié un mensaje al colega al que fue a visitar y me confirmó que Heidegger había llegado poco después de que saliera la luna y se quedó allí hasta después de la hora a la que debieron de

matar a Otto.

—Fue Heidegger quien vio a la criatura en tierra, ¿correcto? —preguntó Lenore.

Vera asintió.

—Sí, pero no la vio bien. La criatura a la que atisbo podría haber sido cualquiera, si nos basamos en su descripción. Bueno, no cualquiera. Sin ir más lejos, ni un ratón ni un conejo. Era más grande.

—¿Qué nos deja eso? —Lenore empezó una lista de posibilidades —. Castor, mapache, oveja…

—Zorra. —Vera sonrió.

—Zorra —añadió Lenore—. O tejón, mofeta o marmota.

—Pero alce y oso quedan descartados.

—Y encontrar a esa criatura no significa que hayamos encontrado a un asesino.

—Aunque quizá sí a un testigo —dijo Lenore.

Uno de sus libros apuntaba a la máxima «Busca a quién beneficia el crimen». Si averiguaban el móvil del asesinato, podrían identificar al asesino. Pero había tal escasez de pruebas… ¿Por qué mataron a Otto? Esa era la pregunta que la cuerva no dejaba de formularse. Por muchas vueltas que le dieran, nadie sabía realmente por qué habían matado a Otto. Sin esa información crucial, no podía resolverse el misterio.

—Debemos pensar en el móvil —declaró Lenore—. Hagamos una lista, como tu lista de sospechosos. Una vez que conozcamos razones posibles, podemos eliminar las imposibles.

Obedientemente, Vera pasó a una nueva página en blanco del cuaderno.

—Primer móvil posible: Otto era un cascarrabias que generaba antagonismo en criaturas como pasatiempo. Por lo tanto, alguien le odiaba.

—Pero todo el mundo tuvo unas palabras con Otto en algún momento. Eso es una excusa, no un móvil.

—Discutía con Von Pieldecastor de manera habitual porque el

aserradero le molestaba con su ruido y sus detritos. —A Vera le gustaba esa posibilidad, resultaba plausible.

Lenore negó con la cabeza.

—Bueno, una vez más, Von Pieldecastor nunca se habría sentido amenazado por Otto. La ciudad necesita demasiado la fábrica como para dejar que un cascarrabias como Otto hiciera algo para detener su funcionamiento.

—Y Von Pieldecastor no habría intentado matarlo en persona, así que es poco probable que esté detrás del asesinato de Otto. —Vera suspiró.

Las criaturas rumiaron otros móviles posibles. Otto había sido algo entrometido, de modo que quizá hubiese visto algo u oído algún rumor que resultó más importante de lo que pensaba. Y aunque discutía mucho, también le encantaba intercambiar chismes y noticias con los vecinos con los que se encontraba. Al repetir lo que había descubierto a la criatura equivocada, ¿se había convertido Otto a sí mismo en un objetivo?

—Hablando de cotilleos —dijo Lenore—, deberíamos preguntar a Gladys si ha oído algo últimamente. Tal vez tuviera algo jugoso pero no lo reveló en su columna para evitar atraer la atención del asesino, mientras que Otto lo hacía.

—Pero Gladys no se habría enterado de ningún cotilleo por Otto. No hablaban nunca. Gladys siempre ha sentido que Otto intentaba superarla revelando chismes.

—Y fue la primera que vio el cuerpo —dijo Lenore.

Vera captó el tono de la voz de Lenore.

—¿Crees que sabía dónde mirar?

—¿Qué mejor forma de desviar la atención que siendo la que informa del crimen?

La zorra no estaba de acuerdo.

—Vi a Gladys esa mañana. Estaba fuera de sí. ¡Y es malísima como actriz! ¿Te acuerdas de su soliloquio en *El sueño de una noche de verano* el año pasado?

Con un graznido de diversión, la cuerva asintió.

—Sé que no habría sido capaz de fingir aquel histrionismo —dijo Vera.

—Así pues, no fueron ni Gladys ni Von Pieldecastor. —Lenore revisó las notas de Vera para los artículos del *Herald*—. Aquí dice que Joe te contó que Ruby había cruzado la ciudad dando traspiés por la mañana temprano.

—Sí, pero Ruby no tenía ningún motivo para matar a Otto. En todo caso, era más amable con él que la mayoría. Estaba afectada por su muerte. Lo vi cuando la entrevisté.

—Lo envenenaron con su vino.

—Quizá se sintiera culpable, dado que el asesino aprovechó su descuido.

Lenore suspiró.

—Todo esto no nos lleva a ninguna parte. No podemos completar este puzle sin otra pieza.

—Con la suerte que tenemos, la próxima pieza será otro cadáver —dijo Vera. Luego hizo la señal conocida en el bosque contra el mal de ojo para evitar que sus palabras se hicieran realidad.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Vera aún tenía mucho trabajo por delante.

—Tengo que pasar por el periódico —dijo con un bostezo—. ¡Tal vez hayamos recibido un soplo anónimo!

Pero, de camino a la redacción, Vera tuvo que admitir que estaba hasta sus orejas atractivamente puntiagudas de sospechosos y coartadas. No se sentía en absoluto más cerca de descubrir la identidad del asesino que acechaba a la población de Shady Hollow.

Miró con anhelo a las ventanas del café de Joe al pasar, pero resistió la tentación. Había estado pasando demasiado tiempo en La Taza, y el hábito no estaba teniendo un efecto positivo ni en su cartera ni en sus nervios. Si bien el café era el mejor lugar de la ciudad para enterarse de los cotilleos, hacía tiempo que no oía ninguna información útil.

Cuando la reportera llegó a la oficina, vio un papelito rosa en el centro de su mesa. Decía: «Von Pieldecastor quiere una reunión. Está en casa». No había nada más en la nota. Vera sabía que no le llevaría a ningún lado preguntar al personal de apoyo del periódico. Nadie reconocería haber cogido el mensaje. Los conejos estaban tan frenéticos intentando sacar la edición especial para NB que tenía suerte de que transmitieran mensajes. Dio por sentado que Reginald von Pieldecastor tenía algo que contarle y sintió cierta emoción en el estómago. ¿Podría tratarse del golpe de suerte que estaba

buscando? ¿Sabía algo el castor sobre la identidad del asesino?

Pero cuando Vera llegó a la mansión Von Pieldecastor, la seguridad era fuerte. Anastasia, la hija mayor, abrió la puerta cuando Vera llamó con firmeza.

—¿Qué quieres, raposa? —preguntó con brusquedad, de pie en la entrada, de forma que le impedía el paso.

—He venido —comenzó Vera— a ver a tu padre…

Antes de que pudiera terminar, Stasia la interrumpió.

—Papá no puede ver a nadie. Está muy enfermo, ¿sabes?

Vera no era una reportera estrella sin motivo. Coló la pata trasera por el umbral y se abrió paso por delante de la joven castora.

—No lo entiendes —dijo, al tiempo que se dirigía con energía hacia las escaleras—. Tu padre ha pedido verme y no vas a interponerte en mi camino.

Con esas palabras, Vera subió al trote las escaleras curvadas y enfiló a la carrera un pasillo desconocido en busca del dormitorio principal. A su espalda oía los gritos de Anastasia, que alertaron de la intrusa al resto de la casa.

El pasillo se hallaba cubierto de alfombras lujosas y retratos familiares en elegantes marcos dorados cubrían las paredes. Sin embargo, como debía llegar antes que la familia a la habitación de Reginald, Vera apenas les echó un vistazo y se abrió paso hasta una puerta cerrada al final del pasillo. Llamó con suavidad e intentó girar el pomo.

—¿Hola? —dijo—. ¿Hay alguien ahí?

—Pase —dijo una voz. Sonó algo más débil de aquella a la que estaba acostumbrada a oír a Reginald von Pieldecastor.

Vera abrió la puerta de golpe e irrumpió en la habitación. El castor yacía en una cama de cuatro postes de caoba con numerosas almohadas y un edredón esponjoso. Cuando vio a su visitante, se incorporó en la cama y se alisó el pijama arrugado.

—Señorita Vulpes —comenzó tras carraspear—, veo que ha recibido mi mensaje.

Antes de que Vera se apartara de la puerta, echó el pestillo por

dentro. Eso debería mantener a la mujer y las hijas alejadas hasta que Vera consiguiera su historia. Luego se acercó a la cama en la que yacía Von Pieldecastor y le preguntó cómo se encontraba.

—¿Cómo se sentiría usted —respondió— si alguien intentara matarla?

Vera decidió saltarse los cumplidos de rigor y sacó el cuaderno.

—¿Qué puede contarme del incidente? ¿Sabe quién lo envenenó? —preguntó, directa al grano—. ¿Quién en esta ciudad tendría motivos para intentarlo?

—¿Sabe quién fue? ¡Apuesto a que sí! —contestó el castor, mucho más rápido de lo que Vera esperaba.

—¿Y bien? —le instó.

Reginald la miró con astucia.

—No puedo soltarlo sin más. ¿Y si el asesino se entera antes de que intervenga la policía?

Vera bajó el cuaderno.

—¿Quiere que traiga a la policía? Puede contárselo al ayudante Orville directamente. Es bastante capaz.

—No, no puedo —repuso Reginald enseguida—. De hecho, ¡preferiría no implicar a la policía en absoluto!

—¿No cree que es demasiado tarde para eso?

El castor tosió.

—Es solo que…, verá, la policía tendrá preguntas. Y es mejor si… ¡No todas las preguntas requieren respuesta! —concluyó de repente.

—La verdad es que no puedo estar de acuerdo con usted en eso —dijo Vera—. Hallar respuestas es mi trabajo, ¿entiende? Pero vayamos al grano: ¿qué quiere que haga?

Reginald parecía abatido.

—Se trata de una situación delicada, señorita Vulpes. Si le prometo una exclusiva…, con una bonificación, quizá…, ¿informará de la historia que le cuento?

—Continúe —dijo Vera, entrecerrando los ojos.

—Verá, me da mucho miedo que…

En ese momento interesantísimo, se oyeron un golpeteo y

chillidos procedentes del otro lado de la puerta. Las tres damas de la familia Von Pieldecastor aporreaban el pesado roble.

—¿Qué está pasando ahí dentro? ¿Por qué han echado el pestillo? —llegó la voz de Edith.

«¡No hables con esa raposa!» y «¡Papá está demasiado débil!», gritaron simultáneamente las hijas.

Reginald miró la puerta y de nuevo a Vera con impotencia.

Una llave de repuesto traqueteó en la cerradura y la puerta se abrió de golpe. Edith, Anastasia y Esmeralda entraron en tropel en la habitación. Lanzaron a Vera miradas acusadoras.

—Hablamos luego —le susurró Reginald y se recostó con debilidad en la cama.

Vera aprovechó la oportunidad para recoger sus cosas y encaminarse a la libertad. Pasó rozando a las castoras ultrajadas y recorrió el pasillo y las escaleras serpenteantes al trote. Salió por la puerta con altanería y la cabeza dándole vueltas. ¡Había estado tan cerca de sacarle algo importante a Von Pieldecastor! ¿Quién sabía cuándo volvería a tener una oportunidad de hablar con él?

CAPÍTULO DIECISIETE

Vera regresó pisando fuerte a las oficinas del *Herald* de Shady Hollow, frustrada y fastidiada. «A Von Pieldecastor le dan miedo su esposa y sus hijas», pensó. Tenía que encontrar una forma de entrevistarle a solas. Sabía algo, eso era evidente. ¿Y qué había querido decir con «bonificación»? ¿Estaba sugiriendo un soborno?

Cuando Vera llegó a su oficina, vio que, una vez más, tenía un mensaje en un papelito rosa colocado cuidadosamente en el centro de su mesa. Este decía: «Ven SOLA a medianoche al robledo del bosque, al norte de la ciudad, si quieres una exclusiva». De nuevo, no se mencionaba el remitente ni quién había cogido el mensaje. Vera estaba intrigada pero también nerviosa. Quizá fuera peligroso, aunque su curiosidad no le permitiría quedarse en casa.

Decidió pasarse por la librería otra vez y hablar a Lenore de la reunión secreta en el bosque. De esa forma, si le ocurría algo, al menos otra criatura sabría dónde estaba. Vera entró en Libros Nunca Más y se encontró a la cuerva quitando el polvo de las estanterías y enderezando los libros. Tras escuchar los planes de Vera, Lenore se mostró en contra.

—Es muy peligroso —le advirtió—. Podría pasarte cualquier cosa sola en los bosques. ¿Por qué no se lo dices a Orville, al menos?

Vera negó con la cabeza.

—No. ¡Quienquiera que me haya enviado esta nota jamás diría a un poli lo que sabe! Tengo que ir sola o nunca averiguaré nada.

—No puedes ir sola —insistió Lenore—. Te acompaño volando. No dejaré que me vea nadie, pero iré hasta la orilla del río, justo más allá de los robles. Si no te reúnes conmigo allí unos minutos después de medianoche, iré a buscarte.

—No me gusta la idea de ponerte en peligro.

—Pssst —se burló la cuerva—. ¿Cuando tú vas de cabeza al peligro? No puedes llevarte toda la diversión de esta pequeña aventura.

Las horas hasta la medianoche fueron cualquier cosa menos lentas. Vera se sentó en la librería de Lenore y trabajó de forma frenética, redactando a toda prisa su artículo de primera plana sobre los progresos del caso para el periódico. No sentía ningún respeto por las criaturas que se las daban de reporteras pero no se molestaban en cumplir con los plazos. Había conocido a un animal así en su vida anterior en la gran ciudad: una rata que se consideraba a sí mismo el reportero de investigación más grande de todos los tiempos. Vera había predicho en una ocasión que el mundo tendría que acabar literalmente antes de que él llegara a informar a tiempo y nunca había visto pruebas de lo contrario. Vera, por su parte, era diligente.

Su artículo mencionaba los hechos de que el jefe se hallaba ya implicado personalmente en la investigación y el descubrimiento del veneno como había revelado Sun Li. Vera añadió un relato entusiasta —algo dramatizado— de la rápida actuación del panda para salvar la vida de Von Pieldecastor. Concluyó con una nota optimista: sin duda el misterio se resolvería pronto. No había motivos para que Shady Hollow se preocupase. Se haría justicia.

Vera dio los toques finales al artículo y luego corrió a la redacción con minutos de sobra. Los conejos correctores cogieron su artículo con alivio evidente. Vera siempre llegaba a tiempo, cierto. Pero ¡intenta decirle eso a un conejo encargado de componer una edición especial con NB Roca encima! El gran espacio vacío reservado para

el artículo de Vera se veía desalentador.

—¡Gracias! —chilló el conejo. Los conejos son siempre educados, incluso los que tienen prisa—. Ahora, por favor, ¡apártate de mi camino!

Vera se apartó con agilidad y fue a buscar a NB. Estaba paseándose por encima de su escritorio de nuevo, como un pequeño general delante de un ejército en su mayoría indiferente.

—¡Vulpes! —gritó al verla—. ¡Entra aquí!

—Ya estoy dentro —dijo Vera—. Acabo de entregar el artículo al corrector.

—¡Bien! Agotaremos existencias si el titular es ágil. —Abrió las patas como si viera las palabras pegadas en el exterior de un edificio —. Estoy pensando «¡El asesino sigue suelto!» o «¡Asesino fuera de control!».

—¿«Asesino fuera de control»? —repitió Vera con incredulidad.

—Despiadado asesino en serie fuera de control —modificó NB—. ¿Demasiado largo?

—Para este sinsentido, NB. No tienes por qué asustar a las criaturas para que compren periódicos.

—Solo estoy tratando de poner comida en la mesa, raposa. —NB puso cara de pena—. Como un buen proveedor.

Vera negó con la cabeza.

—Esta noche sigo otra pista. Debería tener algo importante de lo que informar mañana —dijo.

NB despertó al instante y exigió saber qué era.

—¿Quieres averiguarlo? ¡Compra un periódico! —Vera se marchó y oyó el grito de «¡Vulpeees!» mientras se alejaba como una flecha.

Su buen humor se esfumó cuando salió al fresco aire nocturno. Lenore tenía razón. La reunión de esa noche podía ser peligrosa. Pero Vera sabía que también era la mejor oportunidad de averiguar qué estaba ocurriendo. Podría ser Von Pieldecastor en persona, intentando reunirse con ella lejos de la mirada atenta de su familia. ¿Tenía que escabullirse de su casa para mantener una conversación sincera? Vera esperaba que la vida en el hogar de los Von

Pieldecastor no fuese tan aterradora.

Mientras caminaba por la calle, vio una figura sorprendente.

—¡Zurdo! —llamó—. ¿Eres tú?

El mapache dio un brinco al oír su nombre, con aire tanto sobresaltado como culpable. Si no siempre pareciera culpable, quizá tendría menos problemas en el pueblo.

—Ah, Vulpes. Eres tú.

—Pensé que Orville había dicho que podías quedarte en el calabozo —dijo, una vez que se acercó lo suficiente para hablar más bajo.

—Eso dijo Orville —indicó Zurdo con tristeza—. Pero entonces el jefe apareció de nuevo. Me echó. ¡Dijo que estaba gorroneando a los ciudadanos, con servicio de *catering* y un agradable colchón!

—Bueno, ¿no te alegras de no ser sospechoso de asesinato?

—Mejor ser sospechoso que víctima, si sabes lo que te quiero decir.

—Pues no lo sé. ¿De qué estás hablando?

Zurdo miró alrededor, luego se acercó para susurrarle:

—A veces me meto en algún lío, raposa. Necesito algo de dinero, así que hago un trabajo. No pido detalles, ¿me entiendes? No me pagan por hacer preguntas. Algunas preguntas no quieren respuestas, ¿me entiendes?

A Vera le entraron ganas de gritar. ¡Otro animal al que le daban miedo las respuestas!

—A mí no me da miedo hacer preguntas, Zurdo. ¿De qué trabajo estás hablando? ¿Qué has hecho para pensar que el asesino podría venir a por ti?

—No puedo contártelo —dijo—. No te ofendas, Vulpes, pero no lo entenderías. Si me equivoco, todo pasará. Pero si tengo razón…, bueno, yo salgo pitando de Shady Hollow directamente, ¡espera y verás!

Y antes de que Vera pudiera detenerle, Zurdo salió pitando. Corrió por una calle lateral hacia el río y Vera supo que nunca lo alcanzaría.

—Quizá deberían haberte dejado en el calabozo —murmuró, mientras daba vueltas a la extraña confesión a medias de Zurdo.

Tras la rara conversación con Zurdo, Vera regresó a su madriguera. Había acordado con Lenore que se dirigirían al robledo por separado para no espantar a quienquiera que fuera a encontrarse allí con Vera.

Estaba oscuro por completo cuando Vera volvió a salir de la madriguera, alrededor de una hora antes de medianoche. El robledo no estaba muy cerca de la ciudad; tardaría un poco en llegar a pata. Por suerte, Vera tenía una visión nocturna excelente y encontró un camino hollado. Una vez fuera del pueblo, sin embargo, el camino enseguida perdió claridad. El sendero se estrechaba hasta reducirse al ancho de una sola pata, y el silencio del bosque hizo que Vera mirara alrededor mucho más a menudo de lo que lo habría hecho normalmente.

Las hojas del alto dosel oscurecían las estrellas, y la luna ya estaba en lo alto. Por debajo de las ramas, estaba de hecho oscuro. Las pocas criaturas nocturnas que normalmente andarían por allí habían encontrado motivos para quedarse en casa durante la última semana. Ningún animal quería cruzarse con un asesino. En una ocasión, un susurro en los arbustos junto al camino sobresaltó a Vera, pero la criatura que fuera que hizo el ruido nunca apareció. Quizá se hubiese sobresaltado tanto como Vera.

Finalmente, Vera cruzó un puente de troncos cubierto de musgo que pasaba por encima de un arroyo y se encontró en el robledo conocido en kilómetros a la redonda como el más viejo y más alto del bosque. Detrás del robledo, el terreno ascendía con brusquedad hasta lo alto de la colina, completamente envuelto ya en oscuridad. Por la noche, los árboles parecían siniestros, cerniéndose de forma amenazadora sobre el bosque. Vera no podía ver a ninguna otra criatura alrededor, así que se sentó en un práctico tronco y esperó.

El bosque se hallaba sumido en el silencio. Incluso el zumbido de insectos nocturnos era bajo a sus orejas puntiagudas. Le pareció oír un sonido a su espalda, cerca de la cima de la colina, pero cuando

levantó la mirada de soslayo, no vio nada.

De nuevo, se instaló para esperar. Von Pieldecastor —si era Von Pieldecastor— aún no había aparecido. Vera casi había decidido rendirse y regresar a la comodidad de su madriguera cuando oyó un sonido de verdad tras ella. Un susurro, un retumbo, un estrépito… y luego un chillido procedente del cielo. Desde lo alto, la voz de Lenore gritó:

—¡Cuidado!

Vera se giró de golpe y vio un pedrusco enorme que rodaba a toda velocidad por la ladera. ¡Vera se encontraba directamente en su camino! Durante un momento, se quedó paralizada de puro miedo animal. Pero entonces, cuando la roca avanzaba vertiginosamente hacia ella, saltó a un lado con todas sus fuerzas. Sintió un dolor estremecedor. El mundo, ya a oscuras, se fundió en negro.

CAPITULO DIECIOCHO

—¡Vera! —llamó una vez, como si estuviese muy lejos—. ¡Vera! ¿Me oyes?

La zorra parpadeó lentamente. Le dolía la cabeza, y abrió los ojos para descubrir que estaba tumbada de espaldas al pie de la colina. Lenore se hallaba inclinada sobre ella, con aspecto preocupado.

—No me encuentro muy bien —dijo Vera.

—¡Pues claro que no! —respondió la cuerva—. ¡Estabas inconsciente!

Vera intentó levantarse, pero le costaba demasiado. La cabeza le daba vueltas.

—¡No te muevas! —graznó Lenore—. No deberías caminar. ¡Tengo que buscar ayuda! —Miró alrededor del oscuro bosque—. ¡Pero no puedo dejarte! ¿Quién sabe si la criatura que ha hecho esto está esperando a que me aleje volando…?

—Puedo defenderme so… —empezó a decir Vera.

—¡Ja! ¡Mi ala izquierda, que puedes defenderte sola! Apenas puedes hablar. —Lenore se alzó en el aire, aleteando con vacilación —. Está demasiado lejos. Aunque yo vuele hasta allí, la ayuda no puede volar hasta aquí. Estarías sola durante al menos una hora.

—Me levanto en un momento.

—Si yo tengo algo que decir al respecto, no te levantas.

Mientras Lenore replicaba, una sombra pasó por encima de ellas.

Lenore graznó en señal de reconocimiento.

—Es Heidegger. ¡Profesooooooor! —llamó, volando directa hacia arriba en un esfuerzo por atrapar al pájaro silencioso, que avanzaba rápido—. ¡Profesor!

Heidegger frenó el vuelo, y descendió en medio del aire para volar en círculo alrededor de la cuerva frenética.

—¿Quiéééén llama? —preguntó.

—¡Ayuda…, Vera…, roca grande…, herida! —fue todo lo que Lenore logró decir—. ¡Policía!

Heidegger echó un vistazo al suelo del bosque y sus enormes ojos amarillos parecieron captar todos los detalles. La oscuridad no le ocultaba nada.

—¡Traeré al oso con la mayor prontitud! —ululó. En un momento había revoloteado de nuevo, atrapó una corriente de aire ascendente y viró hacia Shady Hollow.

Lenore volvió a bajar al suelo.

—La lechuza va a buscar ayuda. Aguanta, Vera.

Vera hizo todo lo posible, pero le costaba concentrarse. Al dolor de cabeza pronto se sumó el de los músculos, magullados por su encuentro cercano con el pedrusco. No tenía ni idea de cuánto tiempo había transcurrido cuando oyeron un estruendo que avanzaba hacia ellas.

—Es Orville —dijo Lenore con suavidad—. Ha debido de correr todo el camino.

En efecto, el gran oso jadeaba cuando se detuvo derrapando junto a Vera y a Lenore.

—¿Qué ha ocurrido? —gruñó, mirando con ferocidad a la zorra, que se encontraba tendida de espaldas.

—No ha sido culpa suya —empezó a explicar Lenore.

—¡No he dicho que lo fuera! —repuso Orville—. He preguntado qué ha ocurrido.

—Estaba sentada en el tronco de un haya caída —dijo Vera. La voz le salió más bien débil—. De pronto Lenore, que estaba volando

por encima, me ha advertido con un grito. Ese pedrusco ha rodado hasta abajo. Me habría aplastado si ella no lo hubiese visto.

Detrás de Orville, la lechuza aleteó silenciosamente hacia abajo, al tiempo que decía:

—Ese pedrusco lleva en lo alto de la colina desde…, bueno, desde siempre.

—Hasta esta noche —dijo Orville, mirando la ladera con los ojos entrecerrados—. No veo demasiado bien en la oscuridad, profesor. ¿Le importaría?

La lechuza saludó con un ala.

—¡Siempre es un placer proporcionar asistencia a la ley!

Alzó el vuelo de nuevo, empezando con una carrera incómoda, pero pronto estaba deslizándose hacia arriba hasta la cresta de la colina. Se perdió en la oscuridad del bosque durante unos largos momentos, pero luego descendió de nuevo, siguiendo el camino del pedrusco.

—Como sospechaba. Hay una rama larga con marcas en cada extremo que concuerdan con un uso como palanca. Además, parte de la tierra se ha retirado del recorrido del pedrusco. Solamente hay una forma de que esa roca rodara… directamente hacia el haya caída.

—No cabe duda —dijo el oso en tono grave—. Ese pedrusco no ha caído por accidente.

Vera esperó las siguientes palabras inevitables, pero Orville se limitó a mirarla.

—Hay que trasladarla a Shady Hollow, señorita Vulpes. Un médico debería examinar esas heridas.

—Iré a buscar al señor Sun —se ofreció Heidegger antes de que nadie dijera nada—. Le diré que se reúna con ustedes en la madriguera de la señorita Vulpes.

Orville asintió.

—Servirá.

—Voy volando para abrir la puerta —dijo Lenore, que no esperó una respuesta para echar a volar a su vez.

Vera y Orville se habían quedado solos.

—No me ha preguntado por qué estoy aquí —empezó ella.

—Todavía no, pero lo haré. Cuente con ello, Vulpes. —Sin una palabra más, el oso se agachó y cogió a Vera como si no pesase más que un ratoncito.

—¿Va a cargar conmigo todo el camino? —preguntó Vera, con incredulidad y también timidez.

Orville asintió con su enorme cabeza.

—No va a caminar con sus propias patas, eso seguro.

Vera recordó su reciente discusión y su convencimiento de que los osos policía eran prácticamente inútiles y sintió que se le acaloraba el rostro. ¡Gracias al cielo que ya tenía el pelo rojo!

—Gracias —dijo.

—No hay de qué —respondió él y echó a andar—. Y, desde luego, no escriba sobre esto en el periódico.

De haberse sentido mejor, Vera se habría reído. Se moriría antes de informar de que Orville había cargado con ella hasta su misma casa. ¡Qué vergüenza!

Sun Li estaba esperándoles cuando llegaron a la madriguera de Vera. Orville bajó a Vera con suavidad, y el panda la examinó en busca de hemorragias o huesos rotos. Le vendó un chichón en la cabeza y le recomendó que descansara todo lo que pudiera. No necesitaba puntos y debería recuperarse sin problemas.

Lenore, que había pasado todo ese tiempo muy preocupada, se quedó casi sin fuerzas del alivio y dio las gracias al panda profusamente.

A continuación, Sun Li se marchó, no sin antes recordarles a todos que dejaran dormir a Vera.

Orville aún no se había ido. Era evidente que había estado esperando para hacerles unas preguntas.

—De acuerdo. ¿Qué hacían las dos ahí fuera a estas horas de la noche?

Tras un rápido asentimiento de Vera, Lenore le habló brevemente de la nota y la pista potencial en la historia.

—Pero parece que alguien me ha invitado allí para quitarme de en medio —concluyó Vera. Tenía la sospecha de que hubiese sido el mismo Von Pieldecastor. Quizá no estuviera tan enfermo como aseguraba.

—¿Alguna idea de quién? —preguntó Orville.

Lenore abrió las alas.

—¡No es momento para interrogatorios exhaustivos! Vera mantiene la coherencia a duras penas, y es tarde. ¿Por qué no se pasa mañana?

—Sí —añadió Vera—. Necesito descansar antes de volver a pensar en todo eso.

—Muy bien —dijo Orville. Miró a la zorra de forma prolongada mientras se preparaba para marcharse—. Toma muchos riesgos, Vulpes. —Luego se fue.

—No estoy segura de si eso ha sido una advertencia o no.

—A mí me ha sonado un poco a cumplido por las zarpas —dijo Lenore.

Vera se preguntó si estaba un poco demasiado cerca de descubrir la identidad del asesino. Si Lenore no hubiese estado ahí para avisarla sobre el peñasco, las cosas podrían haber acabado de un modo muy distinto. Vera cerró los ojos.

—Podemos hablarlo por la mañ…

Se quedó dormida antes de terminar la frase.

CAPÍTULO DIECINUEVE

A la mañana siguiente, la ciudad entera rebosaba de actividad. El *Herald* había sacado la edición especial y se la quitaban de las zarpas. La noticia sobre el ataque a Vera también iba de hocico en hocico, alimentada en parte por un comentario casual de Heidegger al amanecer. Joe apenas daba abasto con las comandas de café mientras La Taza se llenaba de criaturas que querían enterarse de las últimas noticias.

Lenore se había quedado en casa de Vera por si esta necesitaba algo. Vera había pasado una noche bastante cómoda, pero se despertó con un dolor de cabeza tremendo, lo cual no era de sorprender.

—Sun Li te ha dejado una medicina. —Lenore señaló el frasco que había encima de la mesilla de Vera—. Tómate solo una; es posible que te deje un poco grogui.

Vera negó con la cabeza.

—La única medicina que quiero es un poco de café de Joe. Vayamos a oír los cotilleos.

—Si crees que estás lo bastante fuerte…

—Lo estoy, gracias a ti —le dijo a Lenore mientras la cuerva trajinaba y ponía orden en el tocador—. Me salvaste la vida.

—Pasé muchísimo miedo —susurró la cuerva—. No sé qué haría sin ti. Eres mi mejor amiga.

Vera se sorbió el hocico con ruido, pero se recuperó acto seguido.

—Tenemos que atrapar a este asesino —declaró, al tiempo que se miraba en el espejo—. Las vendas no me quedan bien y estoy empezando a tomarme las cosas de manera personal.

Las dos se encaminaron al café de Joe. La mayoría de las criaturas que estaban allí observaron con curiosidad a Vera, pero, como dictaba la cortesía del bosque, nadie armó ningún alboroto.

Vera miró alrededor. Le sorprendió ver a Esmeralda von Pieldecastor sentada a solas en un reservado.

—Vamos con ella —susurró Vera.

—Uf. ¿Por qué? Quedan unos cuantos reservados vacíos.

—Sí, pero los que están vacíos no tendrán información sobre cómo va la recuperación de Von Pieldecastor.

—No dejas de trabajar nunca, ¿eh? —masculló Lenore. Sin embargo, permitió que Vera la condujera hacia el reservado en cuestión.

—¿Podemos acompañarte? —preguntó Vera en su tono más dulce y menos periodístico. Se aseguró de inclinar la cabeza para hacer gala de la venda.

Esme parpadeó sorprendida.

—Vaya…, por supuesto.

Las dos criaturas se instalaron justo cuando una camarera, una visón de pelo oscuro llamada Lucy, se les acercó con sigilo.

—Me alegra verte sobre las patas, Vera —dijo—. ¿Lo de siempre?

—Sí, gracias —respondió Vera.

—Para mí solo café —añadió Lenore.

La camarera asintió. Regresó a la cocina y gritó:

—¡Sol en una tajada, contened la nieve… y un rubio con arena!

—Marchando —contestó Joe con tono alegre.

—Tú vas a comerte un huevo frito sobre una tostada, sin sal —le dijo Esme a Vera—. Y Lenore va a tomar café con leche y azúcar. He estado aprendiendo la jerga —añadió.

—¿Has pasado mucho tiempo en La Taza últimamente? —

preguntó Lenore.

—Mejor que pasarlo en casa. Con el viejo enfermo y en cama, está un poco abarrotada.

—Siento oírlo —murmuró Vera.

—Además, me gustan las magdalenas de arándanos —añadió Esme. Por cómo se movían sus ojos, estaba claro que también le fascinaban los camareros del ajetreado turno de la mañana. Comentó—: Esa visón se pavonea por el local como si fuese suyo en lugar de Joe.

—¿Lucy? —preguntó Vera—. Sí, tiene carácter.

—¿Cómo será —se preguntó Esme en voz alta— recibir órdenes todo el día en lugar de darlas? ¿Tener que estar siempre plantado, sin sentarte en ningún momento?

—Podrían contratarte y así lo averiguas —dijo Lenore, sin esperar en absoluto que la presuntuosa Esme fuera a hacerlo en realidad.

—Podría probarlo —respondió Esme pensativa.

Vera se dijo que sería bueno para ella. En La Taza de Joe, todos los camareros sonreían y bromeaban con los clientes mientras trabajaban. Y el sueldo era bueno. Esme observaba con avidez cómo se acumulaban las propinas (se le daba bien contar el dinero sobre la marcha).

Entonces Vera echó una ojeada por la ventana y vio que Ruby Ovino caminaba calle abajo.

—Mira. —Dio un codazo a Lenore—. Me pregunto de dónde viene. Parece recién levantada.

Esme siguió sus miradas afuera. Entrecerró los ojos.

—¡Esa oveja horrible! Mi madre no la soporta, ¿sabéis?

Vera adivinaba por qué. Las indiscreciones de Ruby eran de conocimiento público. Las de Reginald von Pieldecastor eran menos conocidas, pero se había vinculado su nombre al de Ruby en varias ocasiones.

Como esposa de un castor con los dientes en crecimiento permanente y un montón de ira reprimida con la que lidiar, Edith había creado unas cuantas obras maestras a causa de esa oveja.

Había ganado el concurso de esculturas de hielo en la última Feria de Invierno de Shady Hollow, y Vera sospechaba que se debía casi por entero a que Reginald se había pasado gran parte del otoño fuera por «negocios inesperados».

Había sido una escultura de una complejidad espectacular, que representaba a sus dos hijas en increíble detalle. Vera escribió un artículo entero al respecto.

El premio de ese primer puesto resultó ser una bonita bufanda. Una bufanda de lana. Donada por Ruby.

Vera había añadido ese detalle sin comentarios, pero siempre se había preguntado qué habría sido de la bufanda.

«Ahí va un móvil para envenenar a Reginald». Tal vez la vida en la mansión Von Pieldecastor fuera más peligrosa de lo que había pensado.

Llegó la comida y Vera se esforzó por desviar cuidadosamente la conversación para que Esme mencionara cosas sin sentir que la estaban interrogando.

Esme suspiró cuando le llevaron la cuenta.

—Supongo que debería irme a casa. A madre no le gusta que no estemos accesibles.

—Puede que tu padre necesite que le ayudes, aunque digas que se recupera bien.

—Esta mañana ha dicho que estaba deseando levantarse —informó Esme—. Creo que quiere volver a trabajar.

—Es muy dedicado —añadió Lenore, arrugando su servilleta.

Vera sabía lo que estaba pensando Lenore: ¡Reginald estaba deseando salir de casa y alejarse de su esposa!

Así que Vera se ofreció a acompañar a Esme a casa.

—Me gustaría acabar aquella conversación con tu padre, y no queda muy lejos de la comisaría, adonde tengo que ir después. Orville tiene que hacerme algunas preguntas por lo de anoche, de todos modos —dijo Vera.

—¿Es cierto que cargó contigo desde el bosque? —preguntó Esme.

—Hum, sí —contestó Vera.

«¿Quién ha extendido ese rumor?», se preguntó.

Esme rio nerviosa.

—Qué romántico.

—A mí no me pareció romántico en absoluto. La mayor parte del tiempo solo esperaba que no me dejase caer. —En realidad, Vera no había sentido en ningún momento que Orville pudiera dejarla caer, era demasiado fuerte para correr ningún peligro con él. Aun así, ¿romántico? ¡Para nada!

Se fueron de La Taza. Lenore tenía que abrir la librería, así que Vera y Esme enfilaron la avenida del Bosque hacia el elegante barrio de Altos del Arce. La mansión Von Pieldecastor coronaba toda la zona con su buen tamaño y elegancia sutil. Por el camino, Vera continuó presionando a Esme para que le diera detalles de lo que podría haberles ocurrido a Otto y a su padre.

Esme tenía una teoría que Vera no había oído nunca.

—Ni siquiera estoy segura de que ocurriera. La muerte de Otto fue triste, pero ¿de verdad fue un asesinato?

—Encontraron veneno en la botella. Y tenía un cuchillo en la espalda.

Esme negó con la cabeza sin más.

—Seguro que fue un malentendido. E incluso si asesinaron a Otto, eso no significa que envenenaran a papá. Apuesto a que solo tuvo una mala reacción al desayuno o algo así. O solo buscaba atención. Últimamente ha estado quejándose más de lo habitual acerca del dinero. Madre odia eso. Dice que es indecoroso.

En la casa, saludaron brevemente a Edith y a Anastasia, luego se dirigieron arriba, al dormitorio de los padres Von Pieldecastor.

—Papá, ¿estás despierto? —llamó Esme al tiempo que abría la puerta—. La señorita Vulpes está aquí. Tiene algunas preguntas…

Al ver la cama vacía, Esme se detuvo un momento, pero enseguida se recuperó.

—¿Papá? ¿Te encuentras mejor? ¿Dónde estás?

No obtuvo respuesta.

—¿Qué está pasando? ¿Dónde está tu padre? —preguntó Edith, que entró corriendo en la habitación, seguida por Anastasia.

—No en la cama, donde le hemos dejado esta mañana.

—¡Oh, no! —exclamó Edith—. ¡Qué alarmante!

Esme no parecía alarmada.

—Se sentiría lo bastante bien para ir a trabajar unas horas. Ya sabes cómo odia no saber qué está ocurriendo en la fábrica a cada momento del día.

—No debería andar por ahí hasta que esté mejor —se quejó Edith.

—Ay, madre. Deja que haga lo que quiera. —Anastasia estaba a punto de echar a Vera de la habitación cuando la detuvo un chillido de su madre.

—¡Su reloj! ¡Nunca se iría a trabajar sin su reloj de bolsillo!

Stasia puso los ojos en blanco.

—¿Se lo llevo?

—Hazlo y asegúrate de que esté bien. ¡Haz que vuelva a casa por poca fiebre que tenga!

—Sí, madre.

Stasia cogió el reloj y se fue de casa, acompañada de Vera, que saltó ante la oportunidad de entrevistar a la otra hija. Caminaron con energía hacia el aserradero, que se encontraba a unos diez minutos. El sol estallaba por todas partes después de la mañana nublada, así que casi podían olvidarse todos los disgustos de la semana anterior.

Acababan de alcanzar la entrada del edificio principal cuando Howard Estridor salió a toda prisa. Frenó en seco al ver a Vera y a Stasia.

—¡Señorita Von Pieldecastor! —chilló—. ¿Tiene instrucciones de su padre?

—¿Qué? —dijo Stasia perpleja—. Pensé que padre estaba aquí. Venía a traerle el reloj. —Lo sostuvo en alto.

—No, no, no —insistió Estridor—. Aquí no ha estado para nada. Justo salía para pasarme a verlo por casa.

—Allí tampoco está —dijo.

Vera levantó una pata.

—Puede que después de todo esté allí. Recuerda que tu madre apenas ha buscado y la casa es muy grande. Quizá seguía en casa o en los jardines.

—Supongo que podría ser —se corrigió Stasia—. Vayamos a asegurarnos.

Los tres volvieron por el mismo camino. Stasia intentó entablar una conversación incómoda mientras caminaban, acerca de la camada de Estridor, más que nada.

Howard respondió con aire distraído; estaba preocupado por su jefe.

—¡No es propio de él no mantener el contacto!

Su regreso a la casa desencadenó una búsqueda a gran escala de Von Pieldecastor. No lo encontraron en la mansión, ni en el invernadero ni en el jardín. Edith se puso más frenética a medida que pasaba el tiempo, aunque no había nada alterado. Era como si el magnate maderero se hubiese marchado sin más.

Después de que Edith sufriera un ataque de nervios y desfalleciera en un diván del salón, Vera sugirió la peor posibilidad.

—Puede que haya echado a andar hacia la fábrica y se haya derrumbado en alguna parte, en especial si ha sobreestimado su recuperación. Consigamos algo de ayuda para buscarlo.

Howard volvió corriendo y dijo a los trabajadores del aserradero que registraran la ciudad para encontrar a Von Pieldecastor. Los trabajadores se alegraron de abandonar sus tareas habituales y acometer esa misión especial, pero sintieron que algo iba mal. Muy mal. Deberían haber localizado al presidente de la empresa sin problemas. ¿Cómo podía desaparecer Von Pieldecastor? Él era Shady Hollow.

Comprobaron los negocios rápido, y Orville (al oír la noticia) se unió a la búsqueda también. Enseguida convencieron a un golondrino de que recorriera la ciudad por el aire. Lo hizo y acabó planeando por encima del estanque. No advirtió nada fuera de lo común excepto un objeto extraño en la orilla oeste. Bajó en picado

para echar una ojeada y vio —algo bastante improbable— un pijama de rayas balanceándose en una rama. Qué extraño.

El golondrino estaba a punto de volar de vuelta para informar del incidente cuando captó un destello por debajo de la superficie del estanque. El ave emitió un chillido involuntario y no perdió tiempo en escapar del horror de la escena. Regresó todo lo rápido que podían llevarlo sus alas.

—¡Von Pieldecastor! ¡Ahogado! ¡Pijama! —fue lo único que logró balbucir antes de desmayarse delante de Orville.

Vera oyó las palabras e hizo una mueca.

—Otra vez no —dijo con suavidad.

Un grupo de criaturas liderado por las frenéticas damas Von Pieldecastor siguió las indicaciones del pájaro hasta el lugar del último baño de Reginald. Allí estaba el castor, yacía en el agua igual que Otto antes que él.

—¡Oh, por todas las estrellas! —exclamaba Estridor una y otra vez—. ¿Qué vamos a hacer?

Vera se quedó mirando la horrible escena, con el cerebro abrumado unos instantes. ¿Qué estaba ocurriendo en Shady Hollow?

CAPÍTULO VEINTE

—¡Atrás! —gritó Orville—. ¡Todo el mundo atrás! ¡No alteren el cadáver!

Para entonces la escena era un caos. La señora Von Pieldecastor y sus dos hijas se habían arrojado sobre el cadáver boca arriba de Reginald, que seguía empapado después de que lo sacaran a la orilla. Entonces Edith empezó a gemir y a balancearse atrás y adelante de pena. Hizo falta un regimiento entero de ardillas para separarla de su marido. Las hijas sollozaban y se retorcían las patas.

Lenore y Gladys tuvieron la amabilidad de acompañar a las Von Pieldecastor supervivientes de vuelta a la mansión para que se tranquilizasen. Ambas se cernían sobre las castoras afligidas, utilizando las alas para mantenerlas en movimiento.

Después de que el escenario se tranquilizara, Orville logró encontrar una plancha sobre la que colocó el cuerpo de Von Pieldecastor. Con la ayuda de algunas criaturas más, trasladó el cadáver a la comisaría. Vera echó un buen vistazo a la escena del crimen, incluida la extraña visión del pijama de seda.

Hizo varias fotos y corrió tras el grupo que transportaba el cadáver.

Cuando llegó a comisaría, encontró a Orville en estado de *shock*, mirando fijamente a no otro que el jefe Aguamiel, que se hallaba

sentado a su mesa como si fuese lo más normal del mundo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Orville al jefe, olvidando que el jefe debería estar allí todos los días.

—¡Estoy trabajando! Hay un asesinato que resolver.

—Hay dos —lo corrigió Orville—. Acabo de pescar a Von Pieldecastor en el estanque.

—¡Von Pieldecastor! Madre mía.

Orville y los demás trasladaron la plancha a una celda vacía, donde Orville transfirió el cadáver con suavidad a un catre. Cuando pasó por delante de la otra celda, se detuvo de pronto.

—¿Dónde está Zurdo?

—Le he soltado. Dijiste que no había pruebas para mantenerlo encerrado.

—¿Le has soltado?

—Sí —dijo el jefe con irritación—. Si comete más fechorías, lo devolveremos al calabozo y ya está.

—¿Fechorías? ¿Como el asesinato de Von Pieldecastor?

—¡No sabemos si lo hizo él!

Era evidente que Orville estaba a punto de perder los nervios.

—Dejas libre a Zurdo, ¡y esta tarde Von Pieldecastor está muerto!

El jefe palideció.

—Yo… Eso es del todo circunstancial…

Pero era demasiado tarde. El resto de las criaturas que habían ayudado a trasladar el cadáver salieron corriendo, listas para difundir las últimas noticias por todas partes. Vera garabateó sus propias notas de forma apresurada, poniendo las citas literales por escrito antes de que se le olvidaran.

—Señorita Vulpes —dijo Orville, centrándose en ella—, creo que será mejor que se vaya. Esto es un asunto policial oficial.

Por una vez, Vera no protestó. Advirtió algo en la mirada del oso y reconoció que en esta ocasión no aceptaría nada más que una obediencia ciega.



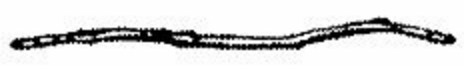
Orville la vio marcharse, convencido de que ya estaba escribiendo el maldito artículo que los expondría tanto a él como a Aguamiel como unos incompetentes. Estaba destrozado; si hubiese sido capaz de atrapar al asesino para entonces, eso nunca habría ocurrido. Una vez más, tenía la desagradable tarea de llamar a la funeraria, en esta ocasión para que se llevaran el cuerpo sin vida del castor. Primero habría que realizar una autopsia, aunque, a juzgar por la herida grande de la cabeza, parecía claro que Von Pieldecastor no había sufrido ningún accidente.

Una vez que Orville fue superando la conmoción, su mente policial comenzó a trabajar de nuevo. ¿El miedo del mapache acerca de estar en peligro era puro teatro? ¿Dónde estaba Zurdo en ese momento? ¿Había alguna esperanza de atraparle de nuevo?

Orville envió a varias palomas a poblaciones vecinas con instrucciones de que vigilaran en busca de Zurdo. Si aparecía en un pueblo, uno de los colegas de Orville se lo haría saber. Dudaba de que fuese a servir de algo, pues lo más probable era que Zurdo estuviese escondido en alguna parte del bosque.

Más allá de los límites de los pequeños pueblos que salpicaban el paisaje, el bosque se volvía agreste rápidamente. Las criaturas sensatas no se adentran demasiado en los bosques sin alguna protección. Las cuevas pueden esconder a distintas bestias incivilizadas y los caminos a menudo se desdibujan, lo que deja a uno perdido por completo.

Algunas criaturas, como Zurdo, utilizan estos hechos en beneficio propio. Los mapaches son excelentes creando escondrijos; algunas guaridas están construidas con tanta destreza que uno puede sentarse en el tejado sin saberlo siquiera. Orville esperaba no tener que llevar esa investigación hasta las zonas salvajes del bosque. Era lo bastante peligroso para hacer que incluso un oso se lo pensase dos veces.



Por su parte, Vera estaba tan impresionada como Orville. ¡Reginald von Pieldecastor estaba muerto! ¿Cómo podía ser? Todo el pueblo de Shady Hollow estaba pasmado. La muerte de Otto era triste. Pero el castor era uno de sus ciudadanos más conocidos y respetados, y lo habían asesinado de manera brutal.

Aunque Vera estaba afectada, intentó mantener la calma e imaginar la escena de nuevo. Tenía que haber una pista en alguna parte.

Un tiempo después llamaron con suavidad a la puerta. Vera abrió los ojos y respondió:

—Un minuto.

Cuando abrió, se alegró de ver a Lenore, la invitó a pasar y se ofreció a preparar té.

—Ya veo que al final has puesto una cerradura en la puerta —dijo Lenore.

—Bueno, está de moda —contestó Vera, deseando que no fuese así.

Al cabo de un momento, Vera dejó de manipular la tetera y miró fijamente a su amiga.

—Si hubiese sido capaz de hablar conmigo el otro día… —se lamentó—. Von Pieldecastor sabía algo y creo que estaba intentando advertirme acerca de alguien, pero su familia no le dejaba hablar conmigo. Si me hubiese esforzado más…

Lenore la hizo callar, diciendo:

—No puedes culparte, Vera. Has estado poniéndote en peligro para resolver un caso que la policía no puede solucionar. La única criatura a la que culpar por todo este horrible desastre es el asesino. Lo averiguarás, pero debes tener cuidado.

Vera sabía que su amiga tenía razón. Era reportera, después de todo, no detective. Ya había hecho mucho más de lo que se esperaba de ella. Los sucesos en Shady Hollow debían llegar a su

fin. Estaría encantada de volver a informar sobre grandes noticias como un nuevo sabor de café en La Taza de Joe o la última conferencia soporífera del profesor Heidegger.

Pero, por el momento, el asesinato seguía ocupando la primera plana.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Por todo Shady Hollow se hablaba de la ausencia de Zurdo, pero la mayor parte de las conversaciones se vieron eclipsadas por la discusión sobre el asesinato de Von Pieldecastor y lo que significaba para la ciudad.

«Edith von Pieldecastor está técnicamente al mando ahora, pero no tiene ni idea de cómo dirigir la fábrica. Shady Hollow está perdido» fue una cantinela habitual a lo largo de los días siguientes.

Sin embargo, aquellos cotilleos eran susurros, no gritos. Las Von Pieldecastor seguían siendo la familia más poderosa de la zona.

Todo el mundo tenía pensado asistir al funeral, que prometía ser mucho más grande que el sencillo servicio de Otto Pfangal. Edith y sus hijas estaban tirando la casa por la ventana, y ninguno de los vecinos quería perderse el espectáculo. Por supuesto, estaban sorprendidos y entristecidos por la muerte de un ciudadano tan destacado, pero no podía negarse el valor como entretenimiento.

El funeral de Reginald von Pieldecastor se celebraría en la iglesia de Shady Hollow después de que enterraran al fallecido en privado en la parcela familiar del cementerio (una costumbre propia de los castores). El pastor Castaño, el único clérigo del pueblo, había accedido a oficiar el servicio familiar, por supuesto, de modo que fue el único animal ajeno a la familia en el entierro.

En contraste, el acontecimiento público estaba atestado, con casi

todas las criaturas de la ciudad, para cuando llegaron Vera y Lenore. Vera se había pasado la mitad de la mañana probándose sombreros para encontrar uno que le cubriera la venda de la cabeza. No tuvo éxito y estuvo a punto de llegar tarde. Iban vestidas sombría y apropiadamente de negro, pero Vera aún llevaba un gran vendaje blanco en la cabeza. Qué se le iba a hacer.

Todos los animales vestían sus mejores galas, pero eran la viuda y las hijas Von Pieldecastor quienes se habían superado. Edith iba envuelta en una enorme capa negra que la cubría de la cabeza a las garras. También lucía un extravagante sombrero negro de plumas con una pesada red que le ocultaba el rostro. Sus hijas llevaban atuendos similares; las tres portaban grandes pañuelos negros. Los sollozos y lamentos procedentes del primer banco se acallaron levemente cuando el pastor Polvoriento ocupó su sitio tras el púlpito en la parte delantera de la iglesia.

Vera y Lenore encontraron asiento en uno de los bancos posteriores justo cuando el pastor carraspeaba.

—Queridos amigos —comenzó—, una vez más nos reunimos en tristes circunstancias. Hoy debemos decir adiós a uno de nuestros vecinos más destacados, que nos ha sido arrebatado demasiado pronto. Reginald von Pieldecastor era el presidente del aserradero aquí en Shady Hollow y uno de nuestros vecinos más generosos y respetados. Deja a una amante esposa, Edith, y a dos hijas preciosas, Anastasia y Esmeralda.

Con estas palabras, se oyeron unos sollozos más fuertes procedentes del banco de la familia y unas toses violentas en alguna zona distinta del santuario. Polvoriento sofocó el alboroto con una mirada aguda y continuó su panegírico.

—Reginald von Pieldecastor no siempre fue el pilar de la comunidad con el que estáis todos familiarizados —dijo la liebre—. Tiempo atrás fue Reggie Pelt, un castor joven y fuerte procedente de una zona pobre del bosque, decidido a mejorar su posición en la vida. Tras años de arduo trabajo, construyó un imperio y se transformó a sí mismo en Reginald von Pieldecastor, vástago de la

industria. Pero también era padre y esposo. Se le echará mucho de menos en la comunidad, además de en casa. Y os lo digo de nuevo: debemos hacer justicia a esta criatura. ¡No podemos permitir que este asesino quede impune!

El pastor Polvoriento estaba dejándose llevar en este punto; empezó a golpear el púlpito para enfatizar sus palabras. Se oyeron murmullos en el banco de la familia y el pastor recuperó la compostura.

—Gracias a todos por venir. Se celebrará una recepción en la mansión.

Edith y sus hijas salieron en fila de la iglesia con aire solemne. Todos las siguieron corriendo como locos. Nadie en el pueblo quería perderse ver la mansión Von Pieldecastor. La familia normalmente no recibía ni abría su casa a sus vecinos más humildes. Eran lo más parecido que tenía el bosque a la realeza. Ningún animal quería perderse la oportunidad de ver cómo vivía la realeza.

Tanto a Joe como a Sun Li les habían pedido que preparasen comida para el funeral; simplemente eran demasiados invitados para que un solo lugar se encargase de todo. Los camareros de Joe estaban haciendo doblete con el *catering* e iban por las habitaciones con bandejas de rollitos de verduras.

La mayoría de los vecinos del pueblo se encontraban de pie en las recargadas salas de la mansión Von Pieldecastor y miraban boquiabiertos el mobiliario. Los habitantes de Shady Hollow vivían de forma simple, con apenas algunas posesiones y muebles sencillos. La vida en el hogar de los Von Pieldecastor era muy distinta. Los muebles eran antiguos y elegantes, y todas las habitaciones tenían alfombras de seda de estampados preciosos. Pinturas al óleo con pesados marcos dorados adornaban las paredes. La mayoría parecían retratos de antepasados de los Von Pieldecastor.

Vera propinó un codazo a Lenore.

—¿Quiénes son todos esos parientes ricos? El pastor Polvoriento ha dicho que Von Pieldecastor venía de una familia humilde.

Lenore se encogió de hombros y dio otro mordisquito a su rollito

de verduras.

—Da la impresión de que Reginald quizá hiciera su fortuna mediante el matrimonio en lugar de ganársela trabajando.

—¿Es Edith la que viene de familia rica? —preguntó Vera.

—Será. Podría será el motivo por el que nunca quiso divorciarse de ella —dijo Lenore—. Quizá fuera incluso la razón por la que se casó con ella.

Vera reflexionó al respecto mientras daba un sorbo al vino de ciruela y recorría la estancia con la mirada. La mayoría de las criaturas se habían acomodado junto a la barra libre e iban relajándose. Vera cruzó la mirada con su jefe, y NB Roca le guiñó el ojo, con lo que le indicaba que habría numerosas noticias de las que informar si importunaba a las criaturas borrachas en busca de información. Hizo como si no se diera cuenta y apartó la vista.

Vera y Lenore se hallaban plantadas a un lado observando la habitación, que era un verdadero hervidero de parloteo animal y copas que entrechocaban.

Se abrió paso un grito:

—¡Largo!

Todos los vecinos se volvieron hacia la puerta principal.

Justo en el umbral, con un aspecto tan de viuda como la misma Edith von Pieldecastor, se encontraba Ruby Ovino. Se oyó un murmullo bajo procedente de los invitados y otro chillido cuando la viuda Von Pieldecastor avanzó hacia la recién llegada.

—¿Qué crees que estás haciendo aquí, lanuda rompehogares? —bramó Edith, alzando la voz con cada sílaba hasta que pronunció la última palabra a un volumen casi imposible. Las plumas del sombrero se le bambolearon con la fuerza de la emoción. Sus hijas la flanqueaban en una demostración de solidaridad familiar.

—Esta reunión es para la familia y amigos de nuestro padre —añadió Stasia, que avanzó hacia Ruby mientras Esme reconfortaba a su madre—. Tú no eres ninguna de las dos cosas. Vete, por favor.

Ruby se mantuvo firme, y Vera se preguntó si llegarían a las patas. Entonces vio a Joe junto a la puerta, listo para poner fin a

cualquier altercado. Al otro lado de la habitación, Orville se movió lentamente entre la multitud. Si había una pelea, no duraría mucho.

Pero Ruby no se movió.

—Yo también le quería —balbuceó en una voz tan baja que Vera apenas la oyó, y luego la oveja se volvió y se fue por donde había venido.

Joe soltó un sonoro suspiro de alivio. Miró alrededor y salió por la puerta a toda prisa, es de suponer que para comprobar si Ruby estaba bien; había trabajado para él en el pasado y la conocía mejor que la mayoría de los vecinos.

Después de que se marchara, el parloteo de la multitud se reanudó, alimentado por el alcohol y los cotilleos.

Edith estaba agotada por el estallido emocional y las chicas se la llevaron arriba para que descansase en su habitación. Luego, tras refrescarse un poco, Stasia y Esme bajaron de nuevo. Los camareros siguieron trabajando por la sala y los invitados se alegraron mucho de tener algo de lo que hablar sin correr peligro.

No obstante, el enfrentamiento entre Edith y Ruby fue el punto culminante de la tarde.

Uno a uno, los vecinos se acabaron sus copas, envolvieron algunos canapés en servilletas y se prepararon para marcharse. Pronto el vasto salón quedó casi vacío, a excepción de Vera, Lenore, los camareros y Sun Li, que estaba recogiendo las pocas bandejas con sobras que quedaban.

Vera y Lenore habían agotado todas sus vías (y a sí mismas) y decidieron marcharse. Primero, sin embargo, se acercaron a Stasia y a Esme para expresarles sus condolencias. Las herederas no se mostraron exactamente amables, aunque dieron las gracias a la zorra y la cuerva por haber acudido. Vera tenía algunas preguntas más, pero había sido un día largo y emotivo para todos, de modo que se las guardó para sí.

Cuando Lenore y Vera se dirigían a casa, Vera le dijo a su amiga:

—Cuando te has ido a por otra copa de vino y hablabas con Gladys, Orville ha venido a hablar conmigo.

—¿Te ha preguntado por tu coartada?

—No. ¡Me ha preguntado si podíamos quedar mañana para comparar notas sobre el caso!

Lenore negó con la cabeza.

—La policía debe de estar desesperada por resolver este caso si pide ayuda a la prensa.

Vera frunció el ceño, pero Lenore continuó:

—Ya sabes a qué me refiero. Hasta ahora, Orville te ha mantenido al margen.

—Eso he pensado yo —respondió Vera—. Aun así, no podía rechazar la oferta. Así que le he dicho que sí. Hemos quedado mañana a primera hora en comisaría.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Al día siguiente, Vera se despertó temprano y repasó sus notas sobre todos los sospechosos y sus coartadas. No había dormido bien. Tuvo pesadillas en las que el peñasco la alcanzaba y sobre lo cerca que había estado de que la mataran a ella también. Paró en La Taza de Joe antes de reunirse con Orville en comisaría.

El local se encontraba desierto a esas horas, a excepción de Joe, que estaba preparando café y colocando la pastelería recién horneada en el expositor.

—Menudo evento ayer —dijo el alce—. Me preguntaba si la mansión era capaz de albergar a todas las criaturas de Hollow.

—A todas menos a Ruby —apuntó Vera—. ¿Hablaste con ella después?

—Sí —confirmó Joe, pero no dijo nada más. Estaba claro que lo ocurrido entre ambas criaturas había sido una conversación privada.

Vera no estaba segura de qué decir al respecto. Si bien la reacción de Edith había sido extrema, el comportamiento de Ruby era un secreto a voces y nadie dudaba realmente de la acusación de Edith.

—¿Puedes ponerme dos cafés esta mañana? —preguntó, decantándose por un tema seguro.

—¿No has dormido? —dijo Joe, al tiempo que servía café en dos

tazas grandes.

—No mucho, pero no es por eso. —Vera le explicó que iba a reunirse con Orville, que se había quejado de la calidad del café de comisaría. Demasiado cansada para más cotilleos, incluso con Joe, Vera se limitó a pagar y se puso en camino a toda prisa.

Cuando llegó a comisaría, Orville estaba sentado a su mesa. No parecía haber dormido mejor que ella. Aceptó la taza grande agradecido e invitó a Vera a sentarse en la silla que tenía delante para las visitas.

Vera mostró interés al ver que el oso policía estudiaba de nuevo los informes de las autopsias de Otto Pfangal y Reginald von Pieldecastor. También había una descripción de aspecto complejo del veneno, presentada por el doctor Testagrande.

Vera sacó sus notas, principalmente una lista de posibles sospechosos y sus coartadas o la falta de ellas. Los habitantes de Shady Hollow no estaban acostumbrados a rendir cuentas sobre su paradero en un momento determinado. No ayudaba el hecho de que la hora exacta de la muerte de Otto no pudiese establecerse más allá de «entre la puesta de sol y el amanecer». La mayoría de las criaturas decían que habían estado en casa, como era natural, pero nadie podía proporcionar mucha información que lo verificase.

Orville tenía más notas, incluido un perfil completo de Zurdo.

—Supongo que aún no ha habido éxito para traerlo de vuelta —dijo Vera.

El oso negó con la pesada cabeza.

—Una cosa diré de Zurdo: sabe esconderse. Podría estar prácticamente en cualquier sitio del bosque ahora mismo.

—Pero tendrás alguna pista.

—Una —dijo—. Zurdo tiene una amiga. Fui a su casa al día siguiente de que Zurdo quedara libre. Negó haberlo visto, claro, pero creo que hay bastantes números de que sepa dónde se esconde. Tengo su casa bajo vigilancia.

Vera leyó la información con interés. La amiga de Zurdo, Rhonda, vivía en una pequeña cabaña de Elm Grove, una pequeña aldea

situada río abajo. Según el informe, la mayoría de los vecinos apreciaban a Rhonda, pese a que era una ladrona de poca monta, como su novio.

—Pareció sorprenderse ante la noticia de la muerte de Von Pieldecastor —dijo Orville—. Apostaría a que no estaba al corriente. Si Zurdo le contó que lo habíamos arrestado por el asesinato de Otto, no dijo una palabra sobre Von Pieldecastor.

—Es posible que Zurdo abandonara la ciudad antes de enterarse de la muerte —dijo Vera—. Suponiendo que sea inocente.

—Yo no puedo suponerlo —gruñó Orville—. ¿Por qué si no iba a marcharse tan rápido?

—Porque se le acusaría de la siguiente infamia. ¿No es exactamente lo que ocurrió?

—¿Estás diciendo que no crees que Zurdo sea culpable?

Vera razonó:

—Estaba en el calabozo cuando envenenaron a Von Pieldecastor por primera vez. ¿Cómo iba a hacerlo? Además, ¿por qué iba Zurdo a matar a Otto o a Von Pieldecastor? No tiene móvil.

—Debería ser usted su abogada, señorita Vulpes.

—Solo intento averiguar la verdad.

—Yo también. —Orville se recostó en su asiento y suspiró—. Pero nada tiene sentido. Me falta una pieza del puzle.

De modo que Orville y Vera compararon sus notas. Vera mordisqueaba un lápiz mientras reflexionaba acerca de la situación. Las respuestas se les escapaban.



Tras hablar sobre el caso con Orville, Vera regresó al cementerio. No tenía ningún plan en mente, pero se sintió atraída hacia la tranquilidad de la colina en la que descansaban los «residentes permanentes» de Shady Hollow y no pudo evitar acabar ante la tumba de Reginald.

¿Quién había sido, en realidad? Tras la muerte de Otto, el pastor Polvoriento había dado un discurso conmovedor que hizo que los habitantes de la ciudad se percataran de a quién habían perdido. Pero su panegírico de Von Pieldecastor suscitó más preguntas que respuestas. ¿Había nacido en la pobreza, como aseguraba el pastor? ¿Consiguió su dinero a través del arduo trabajo o el matrimonio, y de verdad importaba cuál fuera el caso? ¿Las muestras de dolor de Edith eran reales o fingidas? Y, en última instancia, ¿quién le mató y por qué?

—Buenas tardes, señorita Vulpes —dijo una voz dulce muy cerca de ella.

Vera se sobresaltó. No había oído a nadie acercarse, pero tenía a Ruby Ovino, aún de luto, justo al lado.

—Hola, Ruby —dijo, esperando que su impresión no la delatara. Como zorra, Vera no estaba acostumbrada a pasar nada por alto. Y mucho menos a una criatura como Ruby, que nunca había destacado por su sutileza.

Ruby la observaba a través del velo de su sombrerito.

—No pensé que conocieras a Reggie lo suficiente como para visitar su tumba tan poco después del funeral.

—Bueno, no lo conocía tanto —reconoció Vera—. Solo he venido… en busca de perspectiva, supongo.

—Entiendo. —Ruby asintió—. No te das cuenta de lo valiosa que es la vida hasta que pierdes a alguien, ¿verdad?

—Supongo. —Vera se preguntó si Ruby tenía alguna razón especial para ir al cementerio. ¿Había estado siguiendo a Vera? Y, de ser así, ¿desde cuándo?

Pero Ruby se limitó a bajar la vista a la tierra recién removida de la tumba. Pronto plantarían flores, pero en ese momento el suelo estaba desnudo y feo, como una cicatriz.

—He venido a decirle adiós sin público.

—¡Oh! ¿Quieres que me vaya? —se ofreció Vera, con la esperanza de que Ruby dijese que sí.

—No es necesario. —La oveja suspiró—. Ya no tiene sentido

esconder nada, ¿no?

—¿Esconder? —preguntó Vera. ¿Ruby estaba a punto de confesar algo?

—Amaba a Reggie. ¡Lo reconozco! Y él me amaba a mí. Iba a dejar a Edith, ¿sabes? Me prometió que empezaríamos una nueva vida en otra parte. Quería asegurarse de que teníamos lo suficiente para vivir holgadamente. ¡Ay, nada me hacía más feliz que la idea de que Reggie y yo estuviésemos juntos! Pero entonces ocurrió esto. —Ruby suspiró de nuevo, haciendo gestos hacia la tumba—. ¡Mi querido Reggie, desaparecido! No puedo volver a verlo ni hablar con él ni estar con él… —Resopló de forma sonora.

—Yo… lo siento —contestó Vera. No estaba segura del protocolo para ofrecer condolencias a una amante.

Detrás del velo, los ojos negros de Ruby se endurecieron.

—Ella se enteró de lo nuestro, estoy segura. Edith. No soportaba la idea de que la dejase, así que hizo lo único que lo detendría. ¡Lo mató!

—¿Estás diciendo que Edith von Pieldecastor mató a su esposo? —preguntó Vera en voz baja.

—Por supuesto —dijo Ruby con desdén—. Piénsalo. Corría el riesgo de perder su posición como primera dama de la ciudad. Habría caído en desgracia y se habría quedado en la miseria. No, sabía que nunca convencería a Reggie de que me dejase. Así que se vengó. Fue ella quien rondaba cerca de su cama y le daba el veneno poco a poco, debilitándolo para el golpe final. ¿Quién tuvo una oportunidad mejor? Ella dirigía la casa y la oficina si quería. ¡Al final le odiaba porque me quería más a mí!

—Pero ¿qué hay de Otto? —repuso Vera, a quien le costaba reconocer que la historia de Ruby tenía cierto sentido.

—Pobre Otto —dijo Ruby—. Debió de practicar con él. Para ver cuánto veneno toleraba un cuerpo. Otto no era el poderoso capitán de industria que era Reggie. ¿Quién iba a armar escándalo si moría?

—Pero a Otto también lo apuñalaron —señaló Vera. ¿Cómo olvidarlo? El recuerdo del sapo trasladado a la orilla del estanque y la

espantosa revelación del cuchillo en su espalda… Así había empezado todo aquello.

—¿Quién puede decir de qué es capaz una castora loca de celos? Que la policía le pregunte qué estaba pensando. ¡Si tienen las agallas de detenerla! A la policía siempre le gusta acusar a los indefensos. Cuando la clase alta se porta mal, ah, entonces es otra cuestión.

—Estoy segura de que la ley trata igual a todo el mundo en Shady Hollow —dijo Vera con frialdad. De acuerdo, la ley por lo general lo hacía ignorando por completo el deber y saliendo a pescar todos los días. El jefe Aguamiel probablemente no se atrevería a detener a Edith. ¿Y Orville?

Ruby se rio.

—Oh, zorra, no tienes ni idea. No puedes saberlo. A ti te respeta todo el mundo. ¡La reportera dedicada de la gran ciudad! No has sido objeto de los cotilleos de todas las criaturas. No te han rechazado en lugares en los que todo el mundo es bienvenido.

—¿Como anoche, en casa de los Von Pieldecastor?

—Otra prueba de que me odia y haría cualquier cosa para hacerme daño. Incluso después de haber matado a su marido.

—Todo esto es fascinante, pero ahora mismo tampoco hay nada que demuestre que tú eres inocente. No tienes coartada. Para ninguna de las dos muertes.

—¡Estaba con Reggie cuando el pobre Otto murió! —espetó—. No se lo he dicho antes a la policía porque no quería ensuciar el nombre de Reggie. Aunque ya no importa, ¿no?

El alma de periodista de Vera cobró vida.

—¿Estabas con Von Pieldecastor esa noche? —Sacó lápiz y cuaderno—. ¿Dónde, exactamente?

—Solíamos vernos en el bosque porque no había ningún sitio en el pueblo en el que pudiésemos estar juntos.

—Ya veo —dijo Vera mientras garabateaba—. ¿Y dónde estabas el día que murió Reginald?

—Trabajo en la residencia, ya sabes. —Ruby hizo una pausa—.

Estaba trabajando en el momento en que murió Reggie. Pregunta allí y te lo dirán.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé —contestó Ruby—. No creo que pueda seguir viviendo aquí. No cuando pienso en Reggie todos los días. Puede que me vaya al oeste en primavera. No es demasiado tarde para empezar de cero en otra parte.

La oveja volvió a bajar la vista a la tumba, y Vera aprovechó para quitarse de en medio. Dejó a Ruby de duelo en la colina. Tenía una serie de alegatos nuevos y mucho trabajo que hacer.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Vera salió del cementerio y volvió a comisaría lo más rápido que pudo.

—¡Orville! —llamó en cuanto abrió la puerta—. ¡Tengo noticias!

El oso policía alzó la vista de un gran mapa que tenía extendido encima de la mesa.

—Yo también. Hemos encontrado una huella de zarpa en casa de los Von Pieldecastor, ¡pertenece a un mapache! Zurdo no estuvo en la recepción, evidentemente, así que necesito encontrarle para que me responda cuándo podría haberla dejado allí. Una visita social seguro que no fue…

—Orville —lo interrumpió Vera—, acabo de hablar con Ruby Ovino. ¡Ha acusado a Edith von Pieldecastor de los dos asesinatos!

Orville se había quedado, cuando menos, pasmado.

—¿Estás segura? —preguntó.

—Me llevé un golpe en la cabeza, pero ¡sé lo que he oído! Es lo que me ha dicho Ruby. Y también me ha dado su coartada para los dos asesinatos. Dice que tuvo un encuentro amoroso con Von Pieldecastor la noche que Otto murió. No quiso decir su nombre cuando le preguntaste por ello porque estaba protegiendo a su amante.

—¿Y durante el segundo asesinato?

—Dice que estaba en la residencia. Comprobaré su historia ahora mismo. Pero dice que Edith mató a Reginald con tal de que no huyera con ella.

El ayudante parecía afligido, con las enormes zarpas abiertas.

—¡No puedo arrestar a Edith von Pieldecastor por asesinato! Es la criatura más rica del condado.

—¡Orville! —La respuesta de Vera fue casi un grito—. Arrestarás al asesino independientemente de lo rico o pobre que resulte ser la criatura. Es tu trabajo.

—Tal vez debería hacerlo el jefe. Es la clase de oso para algo así. Tiene la placa brillante y todo.

Para sus adentros, Orville no se imaginaba a un jurado condenando a una castora viuda a la que hubiesen engañado, y menos siendo rica. Orville se preguntó si los efectos colaterales de una detención tan espectacular podrían incluir la dimisión del jefe Aguamiel, lo que lo llevaría a él a ser el jefe. Eso le gustaría, y seguro que para entonces ya no habría más asesinatos con los que lidiar. Shady Hollow volvería a ser la ciudad tranquila y amable que siempre había sido.

Vera interrumpió sus elucubraciones.

—Primero necesitamos pruebas. Aún no puedes detener a ninguna criatura.

—Bueno, tengo intención de perseguir a Zurdo —repuso Orville con firmeza—. Diga lo que diga Ruby, tenemos una huella real que explicar. Siento curiosidad por oír cómo sale Zurdo de esta.

Orville sacó las esposas del cajón de su mesa y salió de la comisaría con Vera a su lado. Cuando llegaron a las oficinas del periódico, la zorra deseó suerte a Orville y se dirigió al interior.

«Ha llegado el momento de un poco de periodismo a la antigua usanza», decidió. Llevaba varios días sin pasar tiempo en la redacción. Tenía un montón de notas y la historia que le había confiado Ruby. ¿Qué escribir para el número del día siguiente?

Era demasiado pronto para permitir que se hiciese pública la acusación de Ruby…, aunque sospechaba que en secreto la oveja

esperaba que el periódico imprimiera su alegato de inmediato. Vera rara vez publicaba algo sin declaraciones de dos fuentes independientes. Era de la vieja escuela, a pesar de su juventud. Pero seguía teniendo material de sobra para una historia.

Colocó un folio nuevo en la máquina de escribir y se puso a trabajar. Mientras escribía, algo que había mencionado Ruby se abrió paso en el cerebro de Vera. La oveja dijo que Von Pieldecastor había estado ahorrando para huir. Si lo que había dicho el pastor Polvoriento en el funeral también era cierto —que Von Pieldecastor no tenía dinero propio—, entonces, ¿de dónde sacó el dinero?

—Estridor —murmuró. El ratón se había alterado mucho cuando Vera habló con él en el aserradero. ¿Qué había dicho? Demasiados gastos…

Sin teclear una sola letra más, Vera salió y echó a correr.

El aserradero no estaba operativo por defunción del propietario; habían dado unos días a todos los trabajadores después del funeral. Así pues, Vera encontró a Howard Estridor en casa, con el mismo aspecto saturado de costumbre.

—Ah, ¡hola, señorita Vulpes! —chilló cuando abrió la puerta de golpe—. ¿En qué puedo ayudarla? —Tenía a dos ratoncitos colgados de las patas delanteras.

—¿Podemos hablar un momento? —le preguntó Vera, mirando de reojo a las criaturitas—. ¿En privado?

—Id a buscar a vuestra madre —ordenó Estridor a sus retoños. Desaparecieron en cuestión de segundos.

—Madre mía —dijo Vera.

—Mi esposa está enferma hoy, así que está descansando en el dormitorio. Bueno, estaba descansando —se corrigió Howard—. ¿De qué va esto?

—¿Qué problema había en las cuentas del aserradero? —preguntó Vera sin rodeos.

Howard pareció ponerse aún más nervioso.

—Esto…, nada…, es decir…

—Mencionó usted algo en ese sentido el día que envenenaron a

Von Pieldecastor en el despacho. —Vera sonrió para tranquilizarle—. Mire, ¿y si esto ayudase a atrapar al asesino?

—Tiene razón, supongo. —Fue a por los libros de contabilidad (se los había llevado a casa del trabajo) y los depositó encima de la mesa.

Después de preparar una jarra de té fuerte para los dos, Estridor se sentó. Vera sacó su cuaderno, con la intención de averiguar qué estaba pasando exactamente.

—Me preocupaban varios pequeños errores en los libros a lo largo de los últimos meses —dijo Howard—. Al principio no era mucho. Algunos pagos extraños, uno o dos cheques que faltaban.

Vera asintió. Esas cosas podían ocurrir en un lugar tan ajetreado como el aserradero, y seguro que Howard sabía que ningún negocio podía llevar las cuentas con una precisión del cien por cien.

—¿Qué le hizo planteárselo?

—Pronto resultó evidente que lo que ocurría era algo más que simples errores. —Señaló una columna de números en rojo—. Faltaba una gran cantidad de dinero —añadió.

—¿Qué dijo su jefe?

—Intenté sacarle el tema al señor Von Pieldecastor varias veces, pero siempre me daba largas. «No te preocupes por unos centavos, Estridor. Estamos pagando a los trabajadores y a los proveedores, ¡y eso es lo que importa!». Pero las discrepancias no hacían más que empeorar.

El ratón se inclinó sobre los libros, donde señaló patrones en una página tras otra de cuidadosas entradas. Cada tanto apuntaba un número o un nombre en particular en otra hoja de papel.

Las dos criaturas estaban tan absortas en su trabajo que no oyeron que la señora Estridor llamaba a su esposo desde la habitación hasta que su voz hizo que tintineara la vajilla.

—¡Ay, perdón! —dijo, y corrió al dormitorio—. ¿Qué ocurre, mi amor?

Vera alcanzó a oír la conversación.

—¿Puedes calentarme un poco de crema de verduras de

primavera, querido? Me muero de hambre. ¿En qué estás trabajando? Te he gritado diez veces.

—Es solo algo para el trabajo, cariño.

Howard reapareció y se dirigió a la cocina para preparar la crema.

Vera aprovechó el tiempo para mirar los libros sola. Tras examinarlos con detenimiento, por fin advirtió algo nuevo. Todos los meses, como un reloj, se pagaba una suma de quinientos dólares a una criatura o compañía con las iniciales OC. No había ninguna indicación de quién podía ser OC.

Howard volvió entonces a su lado.

—Ah, ha visto usted esos pagos. He comprobado todos los nombres. Todas las criaturas con las que hace tratos el aserradero. Nadie tiene esas iniciales.

Vera advirtió que el último pago se había efectuado la semana antes del asesinato de Von Pieldecastor y desde entonces no se había producido ninguno más. Sin embargo, se dio cuenta de que el jefe de Howard se había esforzado mucho en ocultar los pagos a su diligente contable.

—Tenemos que llevar estos libros a Orville —dijo Vera.

—¿Está segura? No quiero mancillar el nombre de Von Pieldecastor.

—Pero ¿y si es una pista de la identidad de su asesino?

Howard vaciló unos instantes, deseando que Von Pieldecastor estuviese allí para decirle qué hacer. Von Pieldecastor nunca pedía consejo a su esposa o a sus hijas acerca de los negocios, de eso Howard estaba seguro. A partir de ese día, Howard Estridor honraría la memoria de su jefe fallecido tomando sus propias decisiones.

—Muy bien. Pero debemos ir juntos. Los libros de cuentas son responsabilidad mía.

En ese momento, se oyó otra sonora llamada desde el dormitorio.

—Voy, cariño —respondió Howard. Se volvió hacia Vera—. ¿Qué tal mañana por la mañana?

Dado que ya tenían ratoncitos asomándose por los rincones de la habitación, Vera se mostró de acuerdo.

—¡Nos vemos entonces! —dijo.

Vera regresó a las oficinas del periódico, emocionada pero abrumada todavía.

Tras teclear sus notas para el artículo siguiente, que se centraba en la desaparición de Zurdo y dejaba al margen cualquier mención de la aventura de Von Pieldecastor, Vera había alcanzado su límite. A pesar de lo que había averiguado a través de Estridor, había algo que no encajaba en absoluto en las pruebas que había recogido hasta entonces. No era capaz de distinguir de forma precisa qué elemento faltaba. No había nada más frustrante que intentar completar un puzle con tan solo la mitad de las piezas. Lógicamente, una vez que confirmara la coartada de una criatura, Vera podía tachar su nombre de la lista de sospechosos. Aun así, en esta ocasión, seguían surgiendo los mismos nombres como posibilidades. Tenía que hablar con Lenore.

La librería estaba ajetreada a la hora de la comida, con animales ojeando todos los niveles del local. Vera tuvo que esperar pacientemente hasta que Lenore acabó de atender a algunos clientes, pero no se sentía paciente. Intentó leer uno de los títulos destacados de Lenore, la traducción del *thriller* nórdico *La ardilla que asestó un puntapié al avispero*. Otto Pfangal había sido fan de la serie durante años, puesto que podía leerla en la lengua original. Pero Vera no era capaz de parar quieta y pronto dejó el libro olvidado en la mesa junto a la silla en la cual se había aislado para esperar.

Con el tiempo, Lenore tuvo un respiro y voló a ver a Vera. Cuando trabajas de cara al público, tener alas es una ventaja.

—Pareces alterada —dijo la cuerva.

Vera le explicó sus problemas con el caso.

—¿Por qué parece que no soy capaz de eliminar a nadie como sospechoso, más allá de lo que me dicen las tripas? Necesito pruebas sólidas y las cosas no paran de cambiar. Mira las coartadas,

por ejemplo. No hemos hecho nada más que preguntar a los vecinos dónde han estado en la última semana y aun así tenemos muy poco que mostrar.

—He pensado en eso —respondió Lenore en voz baja, pues aún quedaban algunos curiosos en la librería—. El problema es el método de los asesinatos. Ambas víctimas fueron envenenadas, lo que significa que una coartada no demuestra gran cosa. Podrían haber preparado el vino y el café con antelación. En el caso de Von Pieldecastor, parece evidente que alguna criatura planificó introducir el brebaje envenenado en el despacho del castor mucho antes. Quizá no importara cuándo lo bebía exactamente, siempre que muriera al cabo de unos días. Por eso el asesino no volvió a intentarlo de inmediato cuando Von Pieldecastor sobrevivió al primer intento. Nuestro asesino esperaba la oportunidad siguiente, cuando Von Pieldecastor se quedase solo y no pudiese pedir ayuda.

—Bueno, suponiendo que sabemos la hora exacta a la que desapareció —añadió Vera—. Lo único que sabemos seguro es que Edith y sus hijas dicen que lo vieron en la cama por la mañana, vivo, y que al mediodía estaba muerto en el estanque. Es un intervalo largo.

—El asesino podría haberlo matado de camino al aserradero o a la vuelta. Pasaron varias horas entre el momento en que Edith descubrió que no estaba y el momento en que encontraron el cadáver.

Vera levantó las patas con frustración.

—¿Cómo podemos reducir ese lapso?

—Las coartadas no están llevándote a ninguna parte —dijo Lenore—. Intenta buscar móviles.

—Otto dio un móvil a todo el mundo —gruñó Vera.

—Eso es demasiado fácil. Algo llevó a alguien a matar a Otto y luego a Von Pieldecastor. No encontrarás al asesino hasta que descubras por qué.

Lenore tuvo que marcharse en ese momento, pues un ratón tenía una pregunta sobre *De ratones y hombres*.

—Sí, por supuesto. Está en fantasía —dijo Lenore, que se acercó volando para ayudarle.

Vera se quedó sentada un momento, reflexionando. ¡El móvil! Entonces se levantó de un salto y salió de la librería a toda velocidad. Por extraño que parezca, teniendo en cuenta su profesión y sus sentidos, agudos por naturaleza, no notó que la vigilaban mientras regresaba a casa.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Al día siguiente, Vera se reunió con Howard Estridor en comisaría. El ratoncillo iba cargado con grandes libros de contabilidad.

—Orville —chilló—, tengo algunas pruebas que debe ver. Tras una relación interminable de toda su meticulosa investigación, mostró las cuentas a Orville. Todas esas líneas de números no significaban absolutamente nada para el oso.

—Solo dígame qué ha descubierto, Estridor —gruñó con impaciencia.

Vera dio un golpecito con el codo al ratón para animarlo. Howard parecía algo nervioso, pero respiró hondo y siguió adelante.

—El señor Von Pieldecastor estaba pagando cada mes a alguna criatura a cargo del aserradero e intentaba ocultarlo.

—¿A quién? —preguntó el oso.

—Bueno, está justo aquí —insistió Howard.

Orville echó una ojeada a la página que señalaba la patita de Howard.

—¿Y quién demonios es OC?

Howard exhaló de forma ruidosa.

—No lo sé, pero es una pista. Pensé que la policía podría averiguar el resto.

Orville miró confundido por encima de la cabeza del ratón.

—Bueno, de acuerdo. Lo pondré en mi informe —dijo el oso poco convencido.

Dedicó un momento a garabatear la explicación de Howard en su libro mayor, lo que le llevó más de lo que podría haber sido porque tuvo que hacer un montón de preguntas para aclarar en qué estaban mal los libros con exactitud.

Vera prácticamente podía leer el pensamiento al oso mientras trabajaba: «¿Cómo puede entender este ratoncito todos estos números?».

Orville concluyó el informe con un suspiro de alivio.

—Ya está. Hecho. Ya que le tengo aquí, Estridor, ¿puede decirme si se ha producido algún robo en el aserradero últimamente? ¿O si han visto a algún personaje sospechoso merodeando por los alrededores?

—¿Qué hace sospechoso a un personaje? —preguntó Howard, perplejo.

—Que aceche, merodee, acose, vigile, presente una forma similar a la de un mapache…, lo habitual. —De hecho, Orville estaba citando palabra por palabra *El libro de la actuación policial*.

—No, no puedo decir que haya visto a Zurdo en el aserradero hace poco. —Howard no era una criatura asertiva, en general. Pero tampoco era tonto—. Y nadie ha informado de que hayan forzado la entrada o hayan robado.

—Ya veo.

Era evidente que Orville estaba decepcionado.

—Y adiós a las pruebas fáciles de la culpabilidad de Zurdo —apuntó Vera—. Sigo sin estar convencida de que tuviera algo que ver con los asesinatos.

—Tú tienes tus teorías, Vulpes. Yo tengo las mías.

Llamaron a la puerta de la comisaría y entró una marmota. Era uno de los carpinteros de la fábrica, que seguía cerrada.

—Discúlpenme por interrumpir, ayudante. Señor Estridor, he pasado por su casa y su esposa me ha dicho que estaba usted aquí en comisaría. La señora Von P pregunta por usted.

—¿De verdad? —Howard parecía sorprendido—. ¿Por mí en particular?

—Creo que necesita ayuda con las operaciones del aserradero.

—Ay, madre. Por favor, discúlpenme. —Howard recogió los libros de contabilidad.

Vera comprendía su preocupación. Edith von Pieldecastor se había convertido técnicamente en su jefa, y no era una criatura paciente.

—¿Puedo acompañarle? —preguntó—. Resulta que tengo algunas preguntas para Edith.

—Estridor, espere fuera un momento —dijo Orville—. Tengo que hablar con la señorita Vulpes.

Howard siguió a la marmota a la calle.

Vera se volvió hacia Orville.

—No te atrevas a decirme que no puedo hablar con la señora Von Pieldecastor. Soy periodista y tengo derecho a…

—Calle, Vulpes. —Orville levantó una zarpa—. Solo iba a decirle que tenga cuidado.

—¿De verdad?

—Bueno, si la teoría de la oveja es acertada y Edith es una asesina, aunque yo no lo creo probable, podría actuar con violencia si le formula las preguntas equivocadas. Es usted inteligente, señorita Vulpes, pero también hostigadora. Si hostiga demasiado a un asesino, es posible que este le devuelva el hostigamiento. O algo peor.

Miró a Orville sorprendida. ¿El oso estaba realmente preocupado por ella? ¿O de verdad pensaba que el peligro era tan grande? Entonces recordó el peñasco rodando colina abajo y supo que tenía razón.

—Tendré cuidado —prometió—. Lo más peligroso a lo que me enfrentaré en la mansión Von Pieldecastor serán las protestas por dejar barro en esos suelos brillantes de roble.

—Buena suerte —dijo Orville—. La va a necesitar.

Vera salió a la calle y se encontró a Howard esperando solo.

—Debo ir directamente a la mansión —le explicó—. Edith todavía no ha ido al aserradero.

De modo que las criaturas se encaminaron a la mansión Von Pieldecastor en lugar de a la fábrica.

Edith se paseaba de un lado para el otro en el estudio cuando llegaron.

—¡Oh, gracias a Dios! —dijo cuando entró Estridor, con las patas llenas de libros—. Tengo un montón de preguntas. —Acto seguido vio a Vera y pareció menos satisfecha—. ¿Qué puedo hacer por usted, señorita Vulpes?

—Solo quería formularle algunas preguntas para mi artículo sobre la ilustre vida de su esposo. Pero, por favor, hable primero con Howard. Yo me sentaré aquí pacientemente.

Y eso hizo, encontró un rincón discreto desde el que aún alcanzaba a oír cada palabra.

Edith pareció olvidarse de ella al cabo de unos segundos.

—Señor Estridor —comenzó—, estoy preocupada.

—¿Por qué, señora? —preguntó él, que se sentó en un taburete más alto tras depositar los libros de cuentas en una mesa cercana. La altura del taburete le permitía mirar a los ojos a la castora.

—Debemos reabrir la fábrica en cuanto sea posible. Mi esposo no habría esperado menos. —Edith hizo una pausa para enjugarse los ojos con un pañuelo. Seguía vistiendo de luto, por supuesto.

—Muy bien, señora. Adelante, ábrala. —No era ningún secreto que Howard estaba deseando volver al trabajo. Adoraba a su familia, pero la vida en el hogar de los Estridor no era precisamente tranquila.

—¡Pero no sé cómo! —confesó Edith—. Reggie nunca me habló del negocio. ¿Y si lo hago todo mal? Nos iremos a la ruina si el aserradero quiebra. Yo me iré a la ruina.

En ese punto rompió a sollozar y hundió el hocico en el pañuelo.

Howard parecía aterrorizado ante aquel despliegue de emociones.

—Usted… ábrala sin más. Avise a los trabajadores de que se

reemprenderá el trabajo mañana y notifique a los proveedores que retomen los envíos. Tendrá que comprobar que las barcazas tienen espacio para nuestros productos. Es posible que hayan aceptado otros cargamentos, pues no sabían cuánto tiempo estaríamos cerrados. Por supuesto, si quiere usted compensar por las horas perdidas, podría ofrecer una bonificación a los trabajadores que hagan un turno extra… —Howard hizo una pausa al ver que los ojos de Edith se abrían como platos cuando oyó las instrucciones.

—¿Cómo hace uno todo eso?

El pequeño hocico rosa de Howard se crispó de un modo nervioso.

—Bueno…, hum…, es decir… ¿Quiere que me encargue yo?

—Sí —respondió Edith con la voz entrecortada—. Por favor. Yo no podría con todo eso de ninguna manera.

Howard hizo una leve reverencia.

—No se preocupe, señora. Yo me ocupo de poner las cosas en marcha, usted venga a la fábrica cuando esté lista para tomar el mando.

Recogió los libros y salió corriendo de la mansión, contento de volver a tener una tarea.

Edith devolvió su atención a Vera, que seguía sentada.

—¿Y bien, señorita Vulpes? ¿Qué preguntas tiene usted acerca de la «ilustre vida» de mi esposo?

Vera pasó a una página nueva del cuaderno.

—Solo unos puntos de aclaración, señora. Los registros son poco claros con respecto a los orígenes del señor Von Pieldecastor. ¿Dónde se conocieron ustedes dos?

Si bien Vera mantuvo un tono informal, Edith no se relajó.

—No lo recuerdo.

—¿Y alguna historia de su cortejo? Algo para que los lectores sepan cómo se enamoraron.

—No lo recuerdo —repitió Edith.

—El día de su boda, entonces —tanteó Vera—. Ninguna dama olvida el día de su boda. ¿Asistió su familia?

—¡Pues claro que asistió! La pagaron ellos, ¿no? —espetó Edith.

—Qué generoso por su parte. Solo el vestido debió de costar una pequeña fortuna. He visto un retrato suyo con él. Ya sabe, el que tienen colgado junto a la chimenea.

—Me encantaba ese vestido. —La voz de Edith se suavizó momentáneamente al recordar—. Era de mi madre, y quería que lo llevara. Todas esas perlitas de agua dulce del dobladillo, me parecían tan bonitas…

—Seguro que su madre estaba encantada de vérselo puesto. Háble me de la boda. ¡Debió de ser idílica!

—Un idilio —respondió Edith. Su expresión se endureció—. Creo que no lo haré, señorita Vulpes. No soy muy aficionada a compartir todos los asuntos familiares con la prensa.

Vera se habría pateado a sí misma por su torpe elección de palabras.

—Bueno —contestó con tono evasivo—, no le estoy pidiendo que me cuente ningún secreto.

—Más le vale, Vulpes. No me gusta que se metan en mis asuntos. —La viuda se inclinó hacia ella con los ojos entrecerrados —. Los que enredan conmigo no tardan en arrepentirse. ¿Queda claro?

—Sí, señora. —Vera sabía cuándo poner fin a una entrevista—. No hace falta que me acompañe a la puerta.

—Mientras salga por la puerta.

Vera salió todo lo rápido que pudo. De modo que Edith von Pieldecastor tenía una vena tan mandona como su difunto marido. Quizá fuera ella quien le había enseñado a emitir una amenaza. Quizá hubiera perdido la paciencia cuando Reginald tuvo ideas propias.

En cualquier caso, Vera no iba a sacar más información de Edith. Pero sí que le pareció una de las principales sospechosas.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Mientras Vera y Howard se reunían con el nuevo jefe del aserradero, Orville afrontaba el asunto de la misteriosa huella de mapache que habían encontrado dentro de la mansión. Se encargó personalmente de buscar a Zurdo de una vez por todas.

Lo cierto es que Orville no esperaba que encontrar a Zurdo fuese a suponer un problema tan grande. Después de todo, Zurdo ni siquiera quería salir del calabozo la primera vez; el jefe Aguamiel había tenido que echarlo. Orville se preguntó si Zurdo había estado usando algún tipo de psicología inversa con él. Tal vez no fuera un tonto, ¡sino un genio malvado!

Un recuerdo devolvió a Orville a la realidad. Se trataba de Zurdo, al fin y al cabo. En una ocasión, el mapache se las había arreglado para encerrarse en el banco durante un atraco y luego había tenido que llamar a la policía para que le ayudaran a salir.

Aun así, Orville no pensaba arriesgarse. No cabía duda de que Zurdo había estado en la mansión Von Pieldecastor, y no cabía duda de que Von Pieldecastor estaba muerto, Orville no necesitaba más hechos por el momento. Quería a Zurdo de vuelta en el calabozo.

Orville se paseó por el pueblo, asomándose a los sitios a los que Zurdo solía ir. No estaba en su lugar de residencia, una habitación que alquilaba a una rata viuda que regentaba una casa de

huéspedes en la orilla del río. Orville preguntó por Zurdo, pero la patrona llevaba un par de días sin verlo.

—No es raro, ¿sabe? —dijo—. Zurdo suele dormir todo el día y salir toda la noche. —Lanzó una mirada significativa a la placa brillante de Orville—. ¡Esperaba verles a ustedes antes! Deben de tener unas cuantas preguntas para él, agente.

Orville tenía muchas, pero a medida que avanzaba el día, parecía cada vez menos probable que fuese a obtener alguna respuesta. El mapache no aparecía por ninguna parte. El oso comprobó en La Taza de Joe justo después de salir de la casa de huéspedes, pero el alce se limitó a negar con la cabeza.

—No lo he visto.

El joven Joe Junior también negó con la cabeza, en una imitación casi perfecta de su padre.

—Zurdo estuvo hurgando en la basura de atrás hace un par de días, por la mañana. Pero ayer y hoy… nada.

Orville preguntó en el banco a continuación. Los empleados no lo habían visto y siempre estaban pendientes de Zurdo.

Luego se fue a las oficinas del periódico. El conejo del mostrador de recepción dijo que no había oído nada, pero preguntaría a los periodistas a medida que entraban y avisaría de inmediato a Orville si alguien sabía algo.

Orville tuvo la extraña sensación de que el conejo se reía entre dientes cuando se giró para marcharse. Dio media vuelta de nuevo.

—¿Está la zorra?

—Vera está fuera ahora mismo. Pero podría usted hablar con Gladys Madreselva. Es ella la que realmente lo sabe todo en el pueblo.

Orville sopesó los inconvenientes de verse atrapado en una conversación con Gladys frente a la posibilidad de que supiera algo útil. Decidió arriesgarse. Caminó hasta la mesa de Gladys y le formuló la pregunta:

—¿Alguna idea de dónde podría estar Zurdo, señora Madreselva?

Gladys inhaló, lo cual siempre era una señal de peligro.

—¡Bueno, por fin! Me alegra que alguien tome la iniciativa en esta ciudad. Ese mapache está hasta el cuello en actividades ilegales y la policía nunca hace nada al respecto. Bueno, si es cosa de un asesinato, ya va siendo hora de que detengan a ese delincuente si lo ha hecho él. La vida no ha sido la misma desde entonces; apenas pego ojo por las noches, y es horrible para los pequeños del pueblo, los criamos bien, sí, y ahora es como si viviésemos en el peor barrio de la peor ciudad del mundo, ¿y qué sentido tiene venir a un bonito pueblo como este si se permite que se cometan asesinatos sin más? Solo le digo lo que oigo, agente. Sé que sus intenciones son buenas y que hace todo lo puede, bendito sea, pero este problema debe resolverse, y pronto. ¡Sabe que ese mapache está implicado! Tiene que estarlo. Es sospechoso. Pasa días enteros fuera del pueblo. En alguna empresa criminal, puede estar seguro… —Se detuvo para coger aire.

—¿Dónde? —consiguió preguntar Orville.

—¡No estoy al tanto de sus viles acciones! Aunque en algún lugar fuera del pueblo, porque nadie lo ha visto en días, ni de forma breve. Algún lugar horrible, frío y húmedo, seguramente…

—Pero ¿no sabe usted dónde? —insistió el oso.

—No —contestó Gladys con acritud, molesta por esa brecha en sus considerables conocimientos—. Pero ¡estoy segura de que está escondido allí ahora!

—Ya veo. ¡Gracias, señora Madreselva!

Orville se alejó a toda prisa antes de que la colibrí pudiera atraparle en una conversación más larga y continuó la búsqueda. Tras agotar las vías evidentes que se abrían ante él, decidió imprimir carteles de SE BUSCA para Zurdo, lo cual fue fácil, pues el departamento de policía tenía preparado un modelo del póster de SE BUSCA de Zurdo.

Orville colgó el cartel en todos los edificios públicos y anunció de manera formal que la policía buscaba a Zurdo. Cualquier animal que lo viera estaba obligado a contar a la policía dónde estaba y ayudar al fugitivo quedaba estrictamente prohibido.

El día transcurrió sin ningún avistamiento de Zurdo, pero la noticia del interés de Orville se extendió por el pueblo. Shady Hollow era un hervidero de cotilleos, y las criaturas daban por sentado que el oso había encontrado alguna prueba crucial que demostraba que, después de todo, Zurdo era el asesino.

Los vecinos meneaban la cabeza con conocimiento de causa. ¡Por supuesto! Al fin y al cabo, era el delincuente de Shady Hollow. Ningún ciudadano de bien podría haber cometido un acto tan terrible.



Vera y Lenore se enteraron de la noticia al día siguiente, mientras estaban en la librería.

La zorra suspiró.

—Me preocupaba que pudiera ocurrir. Orville está tomando la salida fácil. Si le pone las zarpas encima a Zurdo, no buscará la verdad. Utilizará las huellas como prueba y dirá que Zurdo es culpable de todo. Es probable que Zurdo no tenga coartada, así que ha huido. No tiene ninguna oportunidad.

—¿Qué te hace pensar que Zurdo es inocente? —preguntó Lenore, ladeando la cabeza.

—Lo siento en el pelo mismo. No tiene ningún motivo real para ninguno de los asesinatos. Y apenas es capaz de robar en un puesto de frutas sin liarla. ¿Cómo iba a planificar dos asesinatos con éxito, sin ningún testigo en absoluto? —Vera negó con la cabeza con desazón—. No tiene sentido y punto.

—Te va a costar demostrar la inocencia de Zurdo si no hablas con él —dijo Lenore—. Tiene suerte de que haya alguien de su lado. La mayoría preferirían verlo pronto entre rejas de por vida.

—Puede que sea un delincuente, pero no es un asesino.

Vera deseó buenas noches a Lenore, salió de la librería y se dirigió hacia su madriguera.

Por el camino, oyó el crujido de un palo a su espalda. Se detuvo y prestó atención, levantando las orejas y la guardia. Ninguna criatura podía mostrarse demasiado cuidadosa en los tiempos que corrían. Por suerte para ella, tenía un oído muy agudo.

Entonces salió una figura encapuchada de detrás de un árbol.

—¿Es usted Vera Vulpes, la periodista? —preguntó el animal, un desconocido—. Tengo que hablar con usted.

—Puede pedir una cita en la redacción —respondió Vera, y apretó el paso.

—Por favor, señorita Vulpes —pidió la criatura a su espalda—. Tengo que salvar a mi Zurdo de la policía. ¡Él no ha hecho nada malo!

Vera frenó en seco y se dio la vuelta.

—¿Su Zurdo? Pero ¿quién es usted?

La desconocida se quitó la capucha. Era una mapache.

—Soy Rhonda —dijo—. Lefty y yo estamos juntos.

El temor temporal de Vera se disipó al olerse una historia.

—Encantada de conocerla, Rhonda. ¿Por qué no me deja invitarla a un café? —A Vera siempre le iba bien tomar café y sabía que Rhonda se abriría más si se sentaban a charlar como amigas.

Las dos nuevas conocidas se dirigieron a La Taza de Joe. Vera sentía curiosidad por oír lo que Rhonda tenía que decir, pero se guardó las preguntas hasta que Rhonda se puso cómoda a una mesa con una gran taza de café y un bollo aún más grande de nueces y sirope de arce.

—¿Dónde está Zurdo? —preguntó Vera—. No te preocupes, yo no soy policía. No lo contaré… si de verdad resultas ser una fuente.

—No sabría decirlo —respondió Rhonda evasiva, mirando de soslayo—. Pero sé que nunca ha matado a nadie.

Rhonda habló un poco de sí misma a Vera. Para ser del todo sincera, Rhonda estaba bastante ofendida porque los habitantes de Shady Hollow no tuvieran ni idea de quién era. No podía creer que Zurdo no la hubiese mencionado nunca a sus vecinos. Después de todo, llevaban varios años juntos.

—¿Cómo se te ha ocurrido venir a Shady Hollow? —le preguntó Vera.

Rhonda le contó que había llegado a sus oídos lo de la huella que se había encontrado en la mansión Von Pieldecastor y la sospecha de Orville de que Zurdo podría ser culpable de algo más que de robo.

—Amo a Zurdo —aseguró Rhonda—, pero hasta yo sé que no es la criatura más avispada del bosque. Tiene buenas intenciones, pero no siempre piensa las cosas, si sabes lo que quiero decir.

Vera asintió y dio un sorbo a su café, que ya se enfriaba. No quería interrumpir el torrente de palabras de Rhonda, pero le daba miedo que la mapache no fuese nunca al grano. Rhonda parecía decidida a contar a Vera todos los detalles de su desafortunada relación con Zurdo, y Vera no quería saber nada de eso. Lo único que le interesaba eran los hechos.

—Entonces, ¿qué estaba haciendo Zurdo en la casa de los Von Pieldecastor? —preguntó con severidad—. La policía encontró una huella de mapache y eso es innegable.

—Eso no fue nada. —Rhonda suspiró y luego se inclinó hacia Vera como una vieja amiga que intercambiara un secreto—. Ocurrió hace mucho tiempo, pero la policía no había tenido que buscar huellas hasta ahora. Zurdo solo estaba echando un vistazo a la mansión. Solo sentía curiosidad. No es un asesino.

Es posible que Vera no aprobara los valores morales de Zurdo en general, pero tenía que estar de acuerdo con Rhonda: no era ningún asesino.

Entonces, ¿quién lo era?

Vera dejó que Rhonda prosiguiera con su historia y soñó despierta con que recibía un prestigioso premio por su historia sobre resolver un asesinato en un pueblecito. Estos agradables pensamientos se vieron interrumpidos cuando Rhonda dio un golpe en la mesa con su taza vacía.

Vera se sobresaltó, parpadeó y se dio cuenta de que seguía en el café de Joe con su nueva mejor amiga.

Rhonda había comprendido que estaba empezando a perder a su público y pensaba qué más contar para mantener el interés de la zorra.

—¿No quieres oír cómo nos conocimos Zurdo y yo? —se atrevió —. Es una gran historia. Los dos estábamos inspeccionando la misma casa y…

En ese punto, Vera la interrumpió.

—Lo siento, pero tengo que entregar un artículo. Aunque aprecio la información sobre Zurdo, tengo que volver al periódico. Muchas gracias por hablar conmigo. Si Zurdo quiere hablar, envíe una nota al periódico con la clave «arándano». Iré a donde sea para encontrarme con él y conseguir la historia.

Tras huir de la mapache parlanchína, decidió dirigirse a casa para leer detenidamente los diarios de Otto. Estaba segura de que contenían alguna pista en alguna parte. No podía permitirse perder más tiempo con la vida amorosa de Zurdo. Estaba convencida de que otra criatura no solo había matado a Otto Pfangal y a Reginald von Pieldecastor, sino que también había intentado matarla a ella, con el peñasco en el bosque. ¡Ojalá averiguara quién antes de que volviera a atentar contra su vida!

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Vera llegó sana y salva a su madriguera sin encontrarse con ninguna criatura más. Dejó escapar un suspiro de alivio al cerrar la pesada puerta de roble de la entrada. Tras un momento de indecisión, echó el pestillo de la flamante cerradura de latón brillante.

«Qué absurdo», pensó. Tanto a Reginald como a Otto los habían matado fuera de casa. Las cerraduras nuevas que estaban vendiéndose no hacían más segura la ciudad en absoluto.

Aun así, no quitó el pestillo. En lugar de eso, se dirigió a la mesa donde tenía apilados de forma ordenada los diarios de Otto. Ya iba siendo hora de revisarlos con cuidado. Con la intención de dedicarse justo a eso, Vera se hizo un ovillo en el sofá con las gafas de leer, los diarios de Otto y algunos higos secos.

Había ocho diarios. La mayoría de las entradas eran comentarios aleatorios acerca de sus vecinos, diatribas sobre distintos temas o descripciones de lo que había comido. Vera leyó con diligencia, sin embargo, tomando notas cada vez que le llamaba la atención algo relevante.

Horas después, se levantó y se paseó de un lado para el otro por el salón para despejar la mente. Tras varias vueltas, advirtió algo que había pasado por alto al regresar a su madriguera: habían deslizado una hoja de papel doblada por debajo de la puerta. Se

abalanzó sobre ella y la desdobló todo lo rápido que pudo.

La letra era tan irregular y estaba tan emborronada que Vera tuvo que leerla tres veces para entender el mensaje: «Abandona el caso Von Pieldecastor, raposa. El próximo peñasco no fallará».

Vera estaba más perpleja que asustada por la nota amenazadora. Era reportera de investigación; haría falta mucho más que una advertencia para apartarla del caso. Examinó la letra, intentando discernir a qué clase de criatura podría pertenecer. Pero estaba claro que, quienquiera que fuera, había ocultado su propio estilo utilizando ese amasijo de letras casi propio de un analfabeto. Sostuvo el papel ante un farolillo y entrecerró los ojos para ver si así resultaba visible alguna pista.

A la luz, apareció una tenue marca de agua: la imagen de un gran sicomoro. ¿Dónde lo había visto antes?

Vera rebuscó entre su pila de papeles. Sabía que no hacía mucho que había visto algo muy parecido a esa marca de agua. ¿Dónde estaba?

Dio un leve grito ahogado al advertir la misma marca de agua en otra hoja. Con las patas temblorosas, la sacó.

Era la invitación al velatorio de Reginald von Pieldecastor, escrita por nada más y nada menos que Edith von Pieldecastor.

Vera dejó la invitación en la mesa. Si ambos papeles provenían de la mansión Von Pieldecastor —lo cual parecía probable, porque ¿quién más podría permitirse un papel de tanta calidad?—, aquello apuntaba a una cosa. Edith había dicho hacía poco a Vera que los que se interponían en su camino se arrepentían.

Así que tenía que ser Edith quien le decía que se apartase del caso con esa nueva nota. ¿Y por qué iba a hacerlo a menos que fuera la asesina?

Vera estaba tan despierta como si se hubiese tomado tres tazas del café de Joe. Fuera lo que fuera lo que pretendía el autor de la nota, su efecto fue que Vera se sintiera aún más decidida. Podía buscar pistas relacionadas con Edith en los escritos de Otto. Quizá el sapo hubiera visto u oído algo importante y por eso lo había matado.

La zorra examinó los diarios durante largo rato, pero no halló ninguna pista que señalara a Edith. Aunque había abundantes fragmentos que no era capaz de leer.

—Escribió una parte en otra lengua —masculló—. Quizá pueda leerlo el profesor Heidegger o tal vez comprenda estos garabatos de los márgenes. Da la impresión de que Otto tenía un código de alguna clase. Utilizaba solo iniciales para la mayoría de las criaturas de la ciudad. No quería que nadie diera con su diario, eso seguro.

Había sido espía, recordó Vera. Quizá adquiriera el hábito de esconder su trabajo.

Vera decidió hablar con Heidegger de inmediato. Tenía que aventurarse en la oscuridad para encontrar a la criatura nocturna, pero Vera era una zorra, con las garras afiladas y los dientes aún más afilados. No le daba miedo la oscuridad… o lo que esta pudiera ocultar.

De modo que metió los diarios en su macuto y abrió la puerta. Mientras se abría paso por el bosque, dejando una sombra tras otra a su espalda a toda prisa, no podía evitar ir mirando por encima del hombro de vez en cuando. Cualquier criatura estaría algo nerviosa después de los acontecimientos de la última semana, y Vera estaba terriblemente cerca de atrapar al asesino.

Cuando llegó a la residencia del profesor Heidegger, Vera sintió un alivio inmenso. La lechuza estaba en casa, en la rama alta que utilizaba como balcón.

—¡Profesor! —lo llamó—. ¡Hola!

En cuanto Heidegger vio a su visitante, bajó en picado para recibirla.

—¿Qué tal está esta magnífica noche, señorita Vulpes? —preguntó el ave con educación.

—Tan bien como cabe esperar. Gracias por preguntar, profesor.

Demasiado nerviosa tras la caminata para permitirse más comentarios amables, Vera rebuscó en su bolsa los dos diarios más recientes de Otto.

—Esperaba que pudiera ayudarme a entender esto —añadió Vera

al tiempo que los sacaba—. Son de Otto. Algunas partes parecen estar en alguna clase de código o lengua extranjera o ambas cosas.

Se los tendió a la lechuza, que les echó un vistazo con interés; incluso dio la impresión de que le brillaban los ojos a la tenue luz.

—¡Fascinante! Pero necesito algo de privacidad y tiempo para leerlos detenidamente, señorita Vulpes —le advirtió la lechuza—. Esto no es sencillo.

—Por supuesto, profesor —contestó Vera, aunque había esperado una respuesta rápida—. ¿Se pondrá en contacto conmigo si descubre algo, por favor?

—Tendrá noticias mías —dijo la lechuza con seguridad—. Tengo don de lenguas, de muchas, ¡y aún no se ha creado un código que Ambrosius Heidegger no haya sido capaz de descifrar!

Vera hizo acopio de toda su fuerza interior para resistir el impulso de hacer un comentario malicioso y dio las gracias al profesor por su tiempo y su pericia.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Vera regresó a su madriguera sin ningún problema y echó el pestillo en cuanto hubo cerrado la puerta. Su mente barajaba posibilidades a toda velocidad. Los diarios de Otto. Zurdo desaparecido. El papel especial de Edith.

Apenas durmió y la mañana siguiente llegó demasiado rápido. Se arrastró hasta las oficinas del periódico mucho después de la hora habitual. En su mesa, dormitó hasta que una voz interrumpió su sueño.

—¿Señorita Vulpes? ¡Señorita Vulpes!

—¡En primera plana! —murmuró, y se despertó parpadeando—. ¿Eh? ¿Qué?

Vera alzó la vista hacia un conejo que le tendía una hoja de papel doblada.

—Ha llegado este mensaje para usted. Pista anónima.

—Gracias.

Vera cogió la nota, en la que se leía: «Si quieres probar la mejor tarta de arándanos, ve a La Taza de Joe a por el especial de medianoche. Ven sola, esta tarta es demasiado buena para compartirla».

Aún adormilada, Vera leyó la nota una y otra vez, intentando hallarle sentido. El café de Joe no estaba abierto a medianoche… Un momento, la nota utilizaba la clave. Rhonda era mucho más lista que

Zurdo; la nota debía de haberla escrito ella. ¡Se suponía que Vera debía encontrarse con ella delante del café de Joe a medianoche si quería reunirse con Zurdo! La zorra estaba emocionada y, aunque la nota le advertía que fuera sola, tenía intención de decirle a Lenore adónde iba. Había aprendido la lección sobre reuniones secretas a medianoche.

Cuando Vera se acercó a la librería y contó a la cuerva lo que tenía pensado hacer, su amiga le dijo:

—¿Estás segura? ¡Piensa en lo que ocurrió la última vez que quedaste con alguien por una nota! ¿Por qué no le pides a Orville que te siga?

Vera negó con la cabeza.

—Eso nunca funcionaría. Creo que los mapaches son capaces de oler a la policía a cincuenta pasos.

—Bueno, ¿y si me quedo yo sobrevolando la escena?

—Eso es más lo que tenía en mente.

Lenore volaría hasta La Taza desde la librería, y Vera iría desde su madriguera por si la vigilaban.

Vera se pasó el resto del día intentando trabajar, pero estaba demasiado distraída para ser muy productiva. Se dirigió temprano a su madriguera y acabó quedándose dormida del agotamiento después de cenar algo.



Despertó sobresaltada, aunque no tenía ni idea de qué la había llevado a despertarse así. Pestañeando, Vera miró el reloj.

—¡Ay, son menos cuarto! ¡Tengo que irme!

Corrió a La Taza de Joe, adonde llegó justo antes de medianoche.

Sabía que Lenore también estaba allí, observando desde las alturas.

La zorra se paseó arriba y abajo delante del café, esperando que

apareciera Rhonda o Zurdo. Al cabo de unos minutos, oyó un siseo procedente de las sombras.

—Pssst. Eh, Vulpes. Acércate.

Vera estaba nerviosa, pero sabía que podía ser su única oportunidad de conseguir una pista fundamental. Se adentró lentamente en las sombras. Allí estaba Rhonda, vestida con una gabardina oscura. Las marcas de los ojos le daban un aire muy siniestro.

—Sígueme si quieres hablar con Zurdo —dijo Rhonda. Apenas esperó a que Vera asintiera antes de empezar a alejarse a toda prisa por el bosque.

—¿Adónde vamos? —preguntó Vera corriendo al lado de la mapache—. ¿Zurdo está cerca?

—Está en un lugar seguro —era lo único que pensaba decir Rhonda.

La zorra continuó adentrándose en el bosque tras ella. Pronto resultó evidente que Zurdo no estaba en Shady Hollow.

Tras lo que parecieron horas, la mapache y la zorra llegaron a un pequeño asentamiento que Rhonda anunció como Elm Grove. Allí era donde vivía Rhonda y donde había estado escondiendo a Zurdo de la policía de Shady Hollow y de cualquiera que pudiera ir tras él.

Llegaron a una pulcra cabañita junto al río. Estaba cubierta de enredaderas de campanillas y tenía un pequeño huerto a ambos lados del jardín delantero. Vera esperaba que Lenore siguiera volando en silencio por encima de ella.

Rhonda abrió la puerta principal e invitó a Vera a pasar. A Vera no le sorprendió ver a Zurdo en el salón.

Dio un salto nervioso cuando entró Vera.

—¡Ah, eres tú! —dijo.

—Claro que soy yo. Me has pedido que venga.

Zurdo asintió.

—Cierto, cierto. ¿Os han seguido?

Rhonda pareció molesta.

—¡Pues claro que no nos han seguido! ¡Sé cómo cubrir nuestro

rastro!

Vera no se anduvo con rodeos. Sacó su cuaderno de reportera y se sentó en la silla tapizada más cercana a Zurdo.

—Tengo algunas preguntas para ti —comenzó.

Zurdo miró a Vera atemorizado.

—¡Yo no lo hice, zorra!

—Te creo.

Zurdo no estaba acostumbrado a oír algo así.

—¿Sí? Se lo dirás al oso, ¿verdad?

—Por supuesto, Zurdo. De hecho, ya se lo he dicho. Pero lo que necesitamos es cazar al verdadero asesino —respondió Vera—. Si podemos demostrar quién mató a Otto y a Reginald, quedarás libre de culpa…, al menos en lo que se refiere al asesinato. —Sabía que Zurdo estaba hasta el cuello en otras actividades delictivas. Robos de joyas, miel del mercado negro…—. Y no conozco tanto a Orville, pero confío en que es honrado.

Tanto Rhonda como Zurdo se mostraron aliviados ante esta declaración. Zurdo, sin embargo, seguía pareciendo nervioso, como si esperara que Orville apareciera por la puerta en cualquier momento.

—¿Qué quieres saber de mí?

—Primero, ¿qué hacías en la mansión Von Pieldecastor? Orville encontró tu huella.

Zurdo se encogió de hombros.

—¡Eso no tiene nada que ver!

Reiteró lo que había dicho Rhonda en el café de Joe. Zurdo había estado vigilando la casa alrededor de un mes antes, pero no había llegado lejos cuando tuvo que salir por patas para evitar que lo descubrieran.

—Pero no he vuelto desde entonces —protestó—. Tenía un buen curro con…, hum, un cliente. ¡Y casi casi parecía legal! Lo único que tenía que hacer era pagar en efectivo para comprar joyas.

—¿Para quién estabas trabajando?

Zurdo negó con la cabeza.

—No pienso decirlo. Aprendí la lección. ¡Ni un trabajo raro más! Ni con joyas ni por entregar vino de ciruela…

—Entonces sí lo llevaste tú. —Vera se olió la historia en las palabras de Zurdo—. Dime qué ocurrió.

—No puedo. —El mapache parecía aterrado—. Pero el vino me puso en aviso. Creí que solo estaba haciendo un trabajillo para algún animal…, ¡juro que no sabía que estaba envenenado! Me dijeron que lo dejara junto al estanque y eso hice.

—¿Quién te lo dijo?

Zurdo cerró el hocico y meneó la cabeza con violencia.

—De ninguna manera, Vulpes. Si se lo cuento a alguien, acabaré muerto yo también.

—No me lo dice ni a mí —añadió Rhonda.

—Tienes que contar la verdad, Zurdo —dijo Vera al mapache con firmeza—. El verdadero problema es con Orville. Quiere arrestarte por el asesinato de Reginald von Pieldecastor. Tarde o temprano, va a encontrarte.

—Huiré si tengo que hacerlo —repuso Zurdo.

—¡No! —interrumpió Rhonda—. Si huyes, todo el mundo te llamará asesino siempre. No estarás a salvo en ninguna parte.

—Pero…

Vera se levantó.

—Mira, Zurdo, yo no puedo obligarte a contar la verdad. Pero si vuelves a Shady Hollow, serás un testigo importante. Orville no va a hacerte daño…, te protegerá de quienquiera que te asuste. —Se dirigió a la puerta—. Piénsalo, mapache. Pasarás de ser un delincuente a un héroe. ¿No quieres eso?

Zurdo suspiró al tiempo que negaba con la cabeza.

—Pues no. Quiero vivir.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

La caminata de vuelta a Shady Hollow fue larga. Para cuando llegó a su madriguera, Vera se tambaleaba de agotamiento, e incluso Lenore jadeaba a causa de las horas volando bajo.

—Duerme un poco —le aconsejó la cuerva—. ¡No sirves de nada a nadie si no puedes pensar! Nos vemos luego.

Vera durmió como un tronco. Cuando se despertó, era más de mediodía. Corrió a las oficinas del periódico para escribir otra columna. NB se paseaba como un loco por encima de su mesa, gritando a todo el mundo que se pusiera a trabajar.

Vera sudó la gota gorda con sus notas. ¿Qué tenía? Nada que pensara que pudiera publicar. Solo los comentarios de Ruby sobre la aventura y ese papel elegante cuyo origen había rastreado hasta la mansión Von Pieldecastor. Había repasado una y otra vez su conversación con Ruby en el cementerio. No obstante, sencillamente no podía escribir un artículo en el que presentara las acusaciones de Ruby contra Edith, ni siquiera la nota amenazadora o la entrevista que había realizado a Edith y que había acabado de forma tan incómoda. No era suficiente.

El periódico manejaba hechos y a la dedicada reportera le estaba costando distinguir cuáles de sus hechos eran importantes. Había algo que no encajaba.

A pesar de la insistencia de NB para que se quedara a escribir,

Vera se marchó a su madriguera.

—Aquí dentro no puedo pensar, NB, y de todos modos ya casi es la hora del cierre.

—¡Eres periodista, Vulpes! ¡Necesitas pensar en un lugar como este! ¡Este repiqueteo es esencial!

—Nos vemos mañana, NB —respondió.

Cuando llegó a casa, Vera se encontró al profesor Heidegger esperándola.

—He descubierto algo que es posible que le interese.

Vera le invitó a pasar y se sentaron a la mesa después de que preparara algo de té de menta.

—Como imaginó usted, el sapo escribió sus diarios personales en una combinación de lenguas e incluyó un patrón de codificación bastante común por si acaso —explicó la lechuza—. Por suerte, he estudiado a fondo esas cosas.

El profesor Heidegger estaba seguro de que Otto había hecho eso más por divertirse que por ocultar el contenido. El primero de los dos diarios no era demasiado interesante, más que nada una lista de lo que el sapo comía todos los días y sus planes para las noches, que consistían sobre todo en beber vino y quejarse del estado del mundo.

La lechuza arrojó ese diario a un lado para sacar otro.

—Este es mucho más interesante. Está lleno de las transacciones de Otto con sus vecinos en Shady Hollow, las discusiones con Von Pieldecastor sobre el uso de la represa, sospechas sobre Sun Li y lo que realmente echaba en su salteado de verduras y una disputa con Lenore sobre las condiciones de algunas novelas usadas. El sapo parecía tener cuentas que ajustar con todo el mundo.

—Bueno, eso no es ningún secreto —dijo Vera—. ¿Supongo que no ha averiguado nada acerca del señor Von Pieldecastor?

—No directamente —respondió el profesor Heidegger—. Otto Pfangal y Ruby Ovino eran amigos, mejores amigos de lo que ella ha dejado entrever nunca. Otto detalló en su diario que Ruby iba a menudo a visitarle y le hablaba de sus problemas. La extraña pareja

se sentía marginada en el pueblo, si bien por razones muy distintas. Otto era exactamente el tipo de inconformista que se relacionaría con Ruby solo por la notoriedad. El sapo se quejaba del último agravio cometido contra él por un vecino y Ruby compartía que el propietario de la tienda la había desairado.

El profesor Heidegger echó una ojeada a las páginas que registraban la amistad de Otto y Ruby.

—Aquí —dijo—. El nombre de Reginald von Pieldecastor. Al parecer Ruby confiaba sus amoríos a Otto. Como sabemos por la recepción del funeral, Ruby había estado teniendo una aventura con Reginald von Pieldecastor y sospechaba que la señora Von Pieldecastor se hallaba al tanto.

—Sí, me lo confirmó más tarde, en el cementerio. Continúa.

—Según las notas de Otto, Ruby estaba profundamente enamorada del castor casado y quería que los dos huyeran juntos. Cuando Von Pieldecastor se negó y rompió la relación, ella se vengó chantajeándolo. Amenazó con sacar a la luz su aventura no solo ante Edith y sus hijas, sino ante el pueblo entero de Shady Hollow.

Vera asintió despacio.

—¡Encaja! Estridor sabía que estaba desapareciendo dinero del aserradero, el que se pagaba a OC: ¡«Oveja Chantajista»!

Von Pieldecastor perdería su posición respetable en la ciudad, de modo que tenía que acceder a pagarle. Pero luego estaba cada vez más enfadado y resentido. Daba igual lo que pensase Ruby, él nunca abandonaría a Edith. En el matrimonio, era ella quien tenía todo el dinero y controlaba los gastos. Así que a ella también le interesaba que no se corriera la voz.

La lechuza continuó dando sorbitos al té.

—Este diario es una prueba. Demuestra que Ruby Ovino chantajeaba a Von Pieldecastor.

—¿Cómo ayuda eso a demostrar el asesinato? —preguntó Vera—. Los chantajistas no suelen matar a sus víctimas. Si lo hacen, se acabó el dinero. Incluso si tenemos a una chantajista, el asesino queda impune.

—Quizá haya otra pista que pueda usted utilizar. —El profesor, que no solía ser muy dado a las emociones fuertes, ahuecaba las alas y daba saltitos por el salón de Vera con agitación y entusiasmo —. Aquí está el pasaje en el que Ruby le cuenta a Otto que tiene una póliza de seguro escondida en el bosque, en un tronco hueco. Le dijo a Otto «Es muy yo», pero él no explica a qué se refiere. Debe de haber una pista allí. Orville quizá pueda investigarlo.

«¡Orville no!», pensó Vera. Ella descubriría el vínculo.

—Gracias por su ayuda. Hablaré con la policía —dijo, guardándose sus pensamientos.

Heidegger se marchó y Vera se paseó de un lado para el otro. «Es muy yo». La frase le resultaba familiar. ¿Dónde la había oído antes? ¿Era verdad? ¿Se había enterado Edith de la aventura y había matado a Reginald llevada por la ira, como aseguraba Ruby? ¿Y qué póliza de seguro podía tener la oveja? No ganaba mucho dinero en el Buen Cuervo… Vera se detuvo en seco.

Por supuesto. El dinero del chantaje. Era demasiado para que lo escondiese una sola criatura, a menos que lo convirtiese en algo pequeño y valioso. Algo que podría entrar en un tronco vacío.

—«Es muy yo» —dijo con la voz entrecortada—. ¡Rubís!

¿Qué otra cosa podía ser? Ruby debió de contratar a Zurdo para llevar a cabo el turbio asunto de comprar rubís con los pagos del chantaje. El mapache era conocido por robar y traficar con joyas, y había dicho que había estado haciendo aquello como una especie de curro. Pero en cuanto Zurdo se convirtió en sospechoso de los dos asesinatos, había desaparecido, demasiado asustado para enfrentarse a la policía. Ahora era posible que Vera fuera la única criatura de la ciudad además de Ruby que supiera dónde podía hallarse la reserva secreta del dinero del chantaje a Von Pieldecastor.

Vera echó un vistazo fuera. Unas nubes oscuras e hinchadas se habían acumulado en el horizonte, robando la última luz del día del cielo. Se avecinaba una tormenta. Si Vera actuaba rápido, quizá encontrara la prueba antes de que se empapase.

Corrió al bosque, hacia el tronco vacío mencionado en el diario.

Sabía de qué tronco se trataba. Para una reportera como Vera, era importante conocer todos los lugares interesantes del bosque. Llegó al claro. A la luz menguante, vio el inconfundible tronco vacío de abedul que podía esconder las pruebas.

A su espalda, se quebró una ramita.

—Siempre metiendo ese bonito hocico donde no te incumbe. Así que al final no has hecho caso de mi nota. Date la vuelta, Vulpes.

Vera se giró despacio para encarar la voz. La voz de la asesina.

La voz de Ruby Ovino.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

—Vamos, Vera —dijo Ruby—. No tienes muchas opciones. —Para enfatizar sus palabras, Ruby sostuvo un cuchillo en alto.

Vera se quedó mirando el cuchillo, que brillaba con debilidad en medio de la noche. El destello de un relámpago hizo que la hoja centelleara de pronto. Sin saber realmente lo que estaba haciendo, Vera retrocedió unos pasos.

Ruby salvó la distancia que las separaba, con la mirada fría y tranquila.

—Sigue andando, Vulpes. Tenemos que caminar un poco.

—¿Adónde vamos?

—A High Cliff. Hay una cabaña allí arriba. Será nuestro nuevo hogar durante una temporada.

—¿Qué vas a hacer?

—Me voy de este sitio, y no puedo dejarte libre para que me mandes a la policía. Saldrás de esta sin problema si sigues mis órdenes. —Ruby sonaba muy resignada, muy ordinaria, como si estuviesen ultimando los detalles de una fiesta sorpresa.

Sin más alternativa, Vera permitió que Ruby la guiara por el bosque oscuro y tempestuoso hasta High Cliff. El viento sacudía las hojas de forma salvaje, arrancando algunas ramas que enviaba en espiral entre los árboles en una bruma verde. Los rayos destellaban

cada vez con mayor frecuencia, y los truenos se volvieron más sonoros a medida que se acercaba la tormenta. El aire era denso, lo que hacía difícil respirar.

Había un largo trecho hasta High Cliff, y Ruby mantenía un ritmo inclemente; Vera no sabía si se limitaba a intentar vencer la tormenta o si tenía otra razón para apresurarse.

Gruesas gotas de lluvia empezaron a golpear el suelo mucho antes de que las criaturas comenzaran a ascender la marcada pendiente al pie de High Cliff. Vera avanzaba a trompicones y el cuchillo de Ruby se le clavaba en la pata.

—Ni un desliz, zorra. Lo estás haciendo muy bien.

La oveja estaba atenta; no había forma de que Vera lograse escapar sin una distracción importante. Oh, ¿por qué no le había dicho a Lenore en qué andaba? ¿O a cualquiera? La oscuridad inminente, la tormenta y la persecución de la historia la habían hecho precipitarse en contra de todo buen juicio. Ahora estaba pagando el precio por esa estúpida decisión. La oveja la estaba alejando de cualquier ayuda cada vez más. A pesar de lo que afirmaba Ruby, Vera se preguntó si saldría de High Cliff con vida.

High Cliff era un lugar apartado, incluso desde el punto de vista del bosque. Se hallaba en lo alto de una larga cresta que descendía hasta el río. En un día despejado, la vista era espectacular. Pero la ascensión no era para débiles. Era prácticamente una montaña, con el suelo escarpado, una pista estrecha y afloramientos frecuentes de peñascos antiguos erosionados por el tiempo a cada lado del camino.

Vera corrió tanto como se atrevía, porque Ruby no dejaba de blandir el cuchillo y no aflojó el paso en ningún momento. Las gotas de lluvia empezaron a caer con más fuerza, convirtiéndose en un velo de agua. Vera estaba empapada hasta los huesos para cuando llegó dando traspiés a la cima llana, con el pelo rojo liso y apelmazado. Habían subido por el único lado accesible. Por el otro, la pendiente caía con brusquedad hasta la orilla del río: el nombre de High Cliff, «Risco Alto», no podía ser más apropiado.

Ruby dio a la jadeante zorra una pequeña coz.

—Muévete, zorra. Hasta la cabaña.

Vera vio vagamente a qué se refería Ruby. A través de la lluvia, distinguió la silueta de una pequeña cabaña. El techo de paja bajaba tanto que las ventanas quedaban casi ocultas. Incluso la puerta era baja. Ruby obligó a Vera a acercarse a la puerta y abrirla, y empujó a la zorra al suelo antes de seguirla adentro.

Vera oyó el pesado ruido de la vieja puerta al atrancarse y luego el de una cerilla al prender. Vera estaba tan cansada que Ruby tenía un farol encendido antes de que pudiera levantarse y encarar a su secuestradora.

Ruby Ovino se quedó allí plantada, sorprendentemente seca y peligrosamente tranquila. Miró a Vera con expresión de lástima.

—Estúpido estúpido animal. Te dije que te olvidaras de la historia. Pero tenías que seguir acosándome. Esto es culpa tuya, en realidad. Te mereces lo que tienes.

—¿Cómo puedes decir eso cuando tú eres la bestia que mató tanto a Otto como a Reginald?

—Reginald también se lo merecía —dijo Ruby, subiendo la voz por fin—. Me utilizó. Yo le quería y él iba a deshacerse de mí, solo para guardar las apariencias.

—No eres inocente en esto, Ruby. Estabas chantajeándolo.

—¿Y qué si lo hacía? Podía permitírselo. Quería la vida de rico y algo más a escondidas. ¿Por qué no iba a hacerle pagar por ello? Si no hubiese sido tan estirado, podríamos haber huido y haber llevado una nueva vida en otra parte. Pero tenía obligaciones con la arpía de su esposa. ¡No podía rechazar su dinero! —Ruby gesticulaba de forma salvaje con el cuchillo.

—Así que lo mataste. —Vera retrocedió varios pasos, adentrándose en la cabaña, lejos de la hoja.

—Iba a hablar —dijo la oveja—. Iba a acudir a la prensa. ¡A la policía!

—E intentaste envenenarlo con el vino de ciruela.

—Reggie era un agarrado. Nunca rechazaba nada que encontrara

gratis. Pensé en poner una botella de vino en su camino; siempre iba al aserradero por el mismo camino. Imaginé que lo cogería, pensando que se ahorraba unos centavos, y se lo bebería. Adiós problemas. No quería que me vieran con la botella, así que contraté a Zurdo para que la dejara junto al estanque. Pero el mapache la dejó en el lugar equivocado. La encontró Otto, en cambio. Cuando Zurdo me dijo dónde la había dejado, me enfadé tanto que estuve a punto de matarlo en el acto. Debería haberlo hecho. En lugar de eso, fui a buscar a Otto, con la esperanza de recuperar la botella antes de que se la bebiera. Pero era demasiado tarde. Lo encontré tirado al borde del estanque, muerto.

»Bueno, no podía dejar que nadie supiera que la botella contenía veneno. ¡Zurdo se enteraría de lo de Otto, ataría cabos y lo soltaría todo! Así que busqué un cuchillo y apuñalé a Otto para que pareciera que había muerto de otra forma.

—Fue tu único error —dijo Vera, uniendo las piezas—. Si te hubieses limitado a empujarlo estanque adentro, la policía no habría pensado en un asesinato. Otto no era joven. Habrían dado por sentado que había sufrido un fallo cardíaco o que se había pasado la noche bebiendo y se había ahogado accidentalmente. Fue el cuchillo lo que trajo al forense que descubrió el veneno. Y todo por nada. Otto nunca te hizo nada.

—Fue un error. —Reconoció Ruby—. Yo nunca quise hacer daño a Otto. Y nunca debería haberme fiado de Zurdo para nada. Si quieres algo bien hecho, ¡hazlo tú mismo! Pero el daño ya estaba hecho y mi problema original no había desaparecido. Reggie aún estaba intentando hundirme en la miseria.

—De modo que intentaste envenenarlo en su despacho.

La oveja asintió.

—Tenía una llave porque a menudo nos encontrábamos allí por la noche. Su esposa pensaba que se quedaba a trabajar hasta tarde. Era algo arriesgado, pero una noche me colé e introduje el veneno en su cafetera favorita. Siempre usaba esa. Aunque no bebió suficiente.

—Y entonces Von Pieldecastor supo que ibas tras él —dedujo Vera—. Me hizo llegar un mensaje en el que decía que quería hablar después de echarme de su despacho el día anterior.

—Iba a contártelo todo sobre mí —dijo Ruby—. Así que tuve que deshacerme de él. Envié una nota a su casa, fingiendo que era de Howard. Luego le seguí. Pensé que podía convencerle una última vez de que viniera conmigo. Podríamos habernos esfumado justo entonces. Tenía el dinero escondido; podríamos haber sido felices.

»Pero él tenía miedo. No me dejaba hablar ni explicarle nada. —La oveja tenía los ojos rojos de contener las lágrimas—. Le empujé. Seguía débil a causa del veneno, y se cayó y se golpeó la cabeza con una roca, luego resbaló hasta el agua.

—Le sostuviste bajo el agua —la acusó Vera.

—¡No! —exclamó Ruby en protesta—. Solo que… no le ayudé. No paraba de sacudirse, gritando como un cachorro. Fue patético, en realidad. Me daba miedo que alguien le oyera y acudiera corriendo, pero no tardó en ahogarse. Entonces lo empujé hacia abajo para que no saliera a la superficie demasiado pronto.

—Y luego te fuiste a trabajar a la residencia como si se tratase de un día cualquiera. Te colaste como si hubieses estado ahí todo el tiempo. —Vera empezó a asustarse de verdad cuando se dio cuenta de lo calculadora que era Ruby.

—Fue fácil. —La oveja se encogió ligeramente de hombros—. En esta ciudad no hay nadie demasiado listo. Excepto quizá tú, Vulpes. —Ruby se concentró en ella de nuevo—. Así que entenderás por qué no puedo dejar que te vayas.

Vera supo que estaba quedándose sin tiempo. Pensó con frenesí en una pregunta para distraer a la oveja.

—¿Por qué no huiste justo entonces, tras matarlo?

—Sí, supongo que habría sido mejor. Pero me gusta jugar. Me preguntaba si alguien sería capaz de conectarme con los asesinatos. Para entonces Zurdo había comprendido que su recado tuvo algo que ver con la muerte de Otto. Pero a esas alturas Orville estaba convencido de que Zurdo era culpable, así que imaginé que el hecho

de que abandonara la ciudad para mí era tan bueno como deshacerme de él.

—Habrías dejado que Zurdo cargara con la culpa por tu crimen.

—¡Es un delincuente de todos modos!

—Pero nunca ha matado a nadie. ¡Tú sí! Incluso trataste de matarme a mí… en el bosque con aquel peñasco.

—Te estabas entrometiendo demasiado. No me gustaba. ¿Por qué no pueden dejarme las criaturas en paz?

—¿Quizá porque tú no las dejas en paz a ellas? —estalló Vera—. Nunca has tenido ninguna intención de dejarme vivir, ¿verdad, Ruby?

—Sabes demasiado. Tienes muchos amigos en esta ciudad, raposa. Más que yo, eso seguro. Cuando se den cuenta de que has desaparecido, vendrán a buscarte. No creo que tarden más de una semana en encontrar tu cadáver. ¡Para entonces habré recogido mi tesoro y hará mucho que me habré largado!

—Todo el mundo sabrá que eres la asesina, entonces. —Vera saltó a un lado cuando Ruby hizo ademán de cogerla.

—¿Y qué me importa? Todo el mundo en este pueblo me odia por cómo escojo vivir mi vida. Una vez que me vaya, no serán capaces de encontrarme… Que chismorreen. Al fin y al cabo, es lo que mejor se les da.

—Entonces, ¿por qué me has arrastrado hasta aquí? Podrías haber escapado esta noche, sin todo esto.

—Reggie y yo solíamos vernos aquí cuando estábamos enamorados. Me pareció un buen lugar para acabar con todo. ¿Qué puedo decir? Soy una sentimental.

—Estás loca.

Ruby negó con la cabeza.

—Te resultaría más fácil creer eso, ¿no? «La chiflada de Ruby, llevada a la locura por su obsesión con el amor y el dinero». De todos modos, es lo que acabarán diciendo. Pero lo cierto es que pensé en cada paso y lo di con los ojos abiertos, porque no temía las consecuencias. El asesinato no da miedo porque sea una locura; da miedo porque es permanente.

Lanzó una mirada triste a Vera.

—Por eso te advertí de que te mantuvieras alejada del caso. No quería hacerte nada permanente.

Ruby volvió a abalanzarse sobre Vera, pero la zorra se apartó del camino a tiempo. Las criaturas tuvieron una refriega en el suelo de la cabaña, volcando mesas y empujando sillas. Ruby bajó el cuchillo y atrapó la oreja de Vera.

La zorra aulló tan alto que Ruby se cubrió las orejas de manera instintiva y dejó caer el cuchillo. Vera logró zafarse y tiró el farolillo. Todo se quedó sumido en la oscuridad, solo entraban destellos como estroboscópicos de los rayos por las ventanitas. Vera intentó alcanzar la puerta, con la esperanza de encontrar y levantar la barra para poder escapar.

Un chirrido metálico a su espalda le advirtió de que Ruby había encontrado el cuchillo. Al sentir una presencia tras ella, se alejó con un giro justo cuando Ruby embestía la puerta con la cabeza. Vera sabía que su única oportunidad de escapar era una ventana. Preparándose para saltar, cogió impulso y se arrojó directamente contra el cristal.

Cerró los ojos con fuerza y sintió un centenar de cortecitos cuando el cristal se hizo añicos a su alrededor. Impacto contra el suelo rodando e intentó ignorar el dolor repentino. Tenía cristales incrustados en el pelo y la piel. Para entonces Ruby había desatrancado la puerta y cargaba contra ella.

—¡No te atrevas, zorra! —gritó, preparándose para derribar a Vera.

La zorra atisbo una visión extraña justo entonces. Colina abajo, una docena de luces parpadeantes atravesaban los árboles. Estalló un relámpago, que iluminó un grupo de formas oscuras que se dirigían hacia la cabaña. El corazón de Vera se elevó un momento. ¡Llegaba ayuda!

Vera oyó que Ruby gruñía y siseaba al captar la imagen y volvió a desanimarse. Sería demasiado tarde. La oveja estaba a apenas unos pasos de ella.

Vera intentó rodar a un lado cuando Ruby la atacó, pero el dolor que le había producido saltar por la ventana la mareaba. El cuchillo entró en contacto con su pata y se le clavó un poco. Vera gritó. Hizo acopio de energía para rechazar el golpe siguiente, pero Ruby parecía imparable.

La oveja alzó el cuchillo de nuevo y Vera rodó una vez más, hacia el borde de la colina. Ruby la siguió, apuntando al corazón de Vera. La oveja volvió a cargar y Vera se preguntó si podría engañarla para que parara. La zorra retrocedió y fintó a la izquierda justo cuando Ruby se le echaba encima.

La hierba estaba resbaladiza a causa de la lluvia. Cuando Vera se apartó, Ruby no pudo detener la carga y baló alarmada al escurrirse hacia el borde del precipicio.

Vera hizo ademán de agarrarla por instinto y atrapó la pata delantera de Ruby justo cuando despegaba del borde.

—¡Aguanta! —gritó Vera.

Pero Ruby pataleó y giró en el aire, intentando zafarse de Vera.

—¡Aléjate de mí, Vulpes! ¡Deja que me vaya! No necesito ayuda de nadie. ¡Suéltame!

Ruby se liberó la pata.

—¡No! —gritó la zorra.

Ruby sonrió con aire triunfal durante un segundo mientras parecía planear en el espacio vacío. Luego, gritando, se precipitó hacia las profundidades del río, mucho más abajo.

Vera vio horrorizada como Ruby desaparecía en la oscuridad. Se quedó allí tendida, con la pata delantera colgando del borde del precipicio. Jadeaba, intentando recuperar el aliento. No estaba en condiciones de bajar la colina sola.

Cerró los ojos y se preguntó si iba a dejar de llover. Le dolía el cuerpo y, cada vez que se movía, acusaba las punzadas del cristal. Todo resultaba agotador. Vera inspiró y expiró, empezando a soñar un poco. Le pareció oír la voz de Lenore a lo lejos, y la de Orville, y quizá las de Joe y Sun Li. Pero no podía levantar la cabeza. La lluvia tamborileaba sobre ella cuando perdió la consciencia.

CAPÍTULO TREINTA

La tormenta bramaba con toda su fuerza. Una lluvia torrencial caía sobre los habitantes de Shady Hollow, que se apresuraban a subir a la cima del alto risco. Allí encontraron a la valiente reportera, casi inconsciente, empapada y llena de cortes. El panda la examinó con atención y le comprobó el pulso. Aseguró a los angustiados vecinos congregados alrededor que viviría pero que debían retroceder.

Vera abrió los ojos con un pestañeo.

—Ruby… ha caído por el borde.

—La encontraremos —gruñó una voz grave. Orville estaba cerca, con expresión de enfado o preocupación—. O lo que quede de ella.

—Buscaremos —dijo Lenore, e hizo un gesto a Gladys y a Heidegger para que se unieran a ella.

Los pájaros volaron por encima del borde del precipicio y descendieron hacia las rocas del fondo, donde descubrieron el cuerpo destrozado de Ruby. Quedaba lejos de toda ayuda o censura. Lenore pronunció una pequeña oración del bosque por el alma de Ruby Ovino. Arriba, Vera había cerrado los ojos de nuevo.

—Por favor, deberíamos darnos prisa —dijo Sun Li con su tono bajo—. La zorra debe recibir atención médica lo antes posible.

—Entendido —respondió Orville. Cogió a Vera y, una vez más, cargó con ella todo el camino de vuelta a Shady Hollow.

Cuando Vera por fin se revolvió y abrió los ojos, lo primero que vio fue a Sun Li esperando pacientemente junto a su cama. Volvía a estar en su madriguera. Sun Li le había limpiado y vendado con cuidado los numerosos cortes y abrasiones. La mayoría eran superficiales, a excepción de un tajo profundo en la almohadilla de la pata delantera. Al recordar lo ocurrido, Vera se agitó. El panda la silenció y le dijo que se calmase.

—Está a salvo —le aseguró en un tono tranquilizador—. La oveja está muerta y usted va a ponerse bien. —Vaciló un momento, luego continuó—. Se ha puesto en peligro por una historia para el periódico —la reprendió—. Puede que la próxima vez pida ayuda a alguien. No tiene por qué hacerlo todo siempre sola.

Vera no respondió, sino que se miró la pata vendada.

—Es usted un doctor bastante bueno, Sun Li. Y a Shady Hollow le vendría bien un médico residente. Tal vez haya llegado el momento de que cambie de profesión.

El panda sonrió.

—¿Y quién va a cocinar para mis clientes habituales? Descanse un poco, señorita Vulpes. No se curará si no duerme.

Vera asintió con debilidad al tiempo que se le llenaban los ojos de lágrimas. Volvió el rostro hacia la pared. Todavía estaba demasiado floja para afrontar nada. El panda le dio unas palmaditas en la pata buena y se marchó.

La siguiente vez que Vera despertó, le complació ver a Lenore sentada junto a su cama. La cuerva le habló con suavidad del hallazgo del cadáver de Ruby. Al notar que su amiga no estaba del todo preparada para hablar de lo ocurrido con Ruby en esos desesperados momentos finales en High Cliff, Lenore le contó en cambio la historia de cómo el profesor Heidegger la había visto atravesando el bosque con Ruby antes de la tormenta. Sabía que había algo en la escena que no encajaba y voló hasta La Taza de Joe —el lugar abierto más cercano— en busca de ayuda.

—Tendré que dar las gracias al profesor cuando lo vea, con la mayor grandilocuencia posible —dijo Vera.

—Es la segunda vez esta semana que están a punto de matarte —respondió Lenore—. No soporto este tipo de estrés. Están empezando a caérseme las plumas.

Vera sonrió a su amiga y pensó que había escapado por los pelos. Tenía mucha suerte de seguir con vida. Le costaba creer que Ruby estuviese muerta de verdad y que todo el drama y el misterio hubiesen acabado. Tendría que escribir una exclusiva para el periódico, pero después de eso habría acabado. Quería dejar atrás toda aquella experiencia. La zorra se dejó llevar por el sueño de nuevo mientras Lenore le susurraba buenas noches.



Al día siguiente se encontraba lo bastante bien para incorporarse en la cama y empezar a tomar algunas notas para el artículo. Lenore se había quedado en casa con ella tras nombrarse a sí misma enfermera y guardiana. Muchas criaturas querían ver a Vera, pero la cuerva prohibió la entrada a la mayoría. NB Roca fue el más difícil de controlar. La mofeta amenazó con rociar a Lenore y gritó a Vera desde el exterior.

—¡Recuerda, Vulpes: trabajas para mí! ¡Entregas mañana al mediodía! ¡No te dejes ni un detalle! ¡Duplicamos la tirada!

Vera escuchó desde la seguridad de su madriguera y se rio un poco, pero no respondió.

—¿Vulpes? —gritó NB—. ¿Estás ahí dentro?

—Shady Hollow tiene una ordenanza de ruido, Roca —gruñó una nueva voz—. ¿Quieres escribir tu editorial desde el calabozo?

—Claro —respondió NB impávido—. ¡Eso dispararía las ventas!

—¡Lárgate! —rugió Orville, con lo que es probable que violara la misma ordenanza de ruido que afirmaba defender.

Vera sabía que Lenore dejaría pasar a Orville. Nadie decía que no a la policía. Y Orville había cargado con Vera todo el camino hasta casa. Dos veces.

La zorra se miró en el espejo y se atusó el pelo con nerviosismo. Las vendas le cubrían la mayor parte del cuerpo, así que era una batalla perdida.

—¿Vera? —Lenore asomó la cabeza por el vano—. Ha venido Orville.

—Sí, claro —respondió Vera, manteniendo el tono despreocupado —. Dile que pase.

Orville entró arrastrando las patas, con un aire menos seguro de lo que había sonado un momento antes. Llevaba un ramo de flores.

—¿Son margaritas? —preguntó Vera.

—Eso creo —dijo el oso—. Son para ti. —Se las tendió con timidez.

—¡Oh! ¡Gracias! —Vera se sonrojó. Hacía mucho que no le regalaban flores—. Es…, hum…, muy amable de tu parte. Me encantan las margaritas.

Orville arrastró las patas.

—Bueno, atrapaste a una asesina y todo eso. Fue un buen trabajo. Y muy valiente.

—Gracias —dijo de nuevo. Que un oso la llamara valiente era todo un elogio.

Orville entrecerró los ojos.

—Aunque fue peligroso que fueras sola. Deberías haber informado a alguien.

—Créeme —dijo Vera alzando la pata herida—, he aprendido la lección.

Orville se sentó con pesadez en la silla junto a Vera. Se preparó para tomar notas con esmero para el informe oficial. Vera le habló de los diarios y del papel con marca de agua que en un principio pensó que demostraba la culpabilidad de Edith.

—Aunque era meramente circunstancial, el papel podría haber sido robado, o quizá Edith no fuera la única que lo utilizaba.

Entonces le habló del descubrimiento del chantaje de Ruby y lo que la llevó al bosque con la esperanza de encontrar el escondite. Al final, la zorra le relató la historia de cómo la había alcanzado Ruby

en el bosque y la había obligado a punta de cuchillo a dirigirse a High Cliff y la solitaria cabaña.

Le dijo al oso lo que le había contado Ruby, palabra por palabra, sobre su relación con Von Pieldecastor, el envenenamiento accidental de Otto, el apuñalamiento deliberado del cadáver del sapo y el ahogamiento del castor. La voz de Vera se quebró un poco al revivir el terrible combate en la cabaña. Se le saltaron las lágrimas cuando le contó a Orville como Ruby se había resbalado en el barro y se había deslizado por el precipicio.

—Intenté salvarla —insistió Vera a través de las lágrimas—. Pero no me dejó.

Orville cerró el cuaderno, era evidente que había decidido que la testigo ya había tenido suficiente por el momento.

—No es culpa tuya, Vera.

—¿No? ¿No es todo culpa nuestra, al menos un poco? Ruby apenas tenía con quién hablar. Todo el pueblo la trataba mal.

—Eso no es excusa para matar —resopló Orville—. Las criaturas civilizadas no hacen esa clase de cosas.

Vera recordó que tenía pruebas importantes y entregó a Orville los diarios de Otto.

—¡Has vuelto a ocultar pruebas a la policía! Eso viola la ley.

—De pronto tienes muy presentes las leyes.

—Bueno —explicó Orville—, el jefe no está precisamente encantado con los acontecimientos de la última semana y ya está soltando indirectas sobre jubilarse para dedicarse a pescar a tiempo completo. Creo que quizá me presente para el puesto de jefe pronto, lo que significa que tengo que conocer las reglas. Así que he estado estudiando *El libro de la actuación policial*.

—Sería un cambio alentador —respondió ella—. ¡Una policía informada! Me gustaría oír más acerca de ese plan.

—Bueno —dijo Orville con nerviosismo—, quizá podría contarte más mientras cenamos… cuando te encuentres mejor, claro.

Vera se sonrojó hasta las puntas de las orejas. ¿Margaritas y luego una invitación a cenar?

—Creo que me gustaría —dijo.

—Oh, ¿de verdad? Bueno. Hum. ¡Bien! —Orville sonrió como un tonto—. Entonces ponte mejor. Yo tengo que…, hum…, irme a actuar como policía.

—Nos vemos pronto —prometió Vera.

EPÍLOGO

Vera se recuperó increíblemente rápido. Después de todo, tenía que escribir la historia. ¡No hay descanso para los reporteros! Redactó el artículo en cuanto pudo. Al día siguiente, los conejos del *Herald* llevaron su versión escrita del encuentro en High Cliff a las oficinas del periódico con la debida celeridad para publicarla en una inminente edición especial.

Más tarde ese mismo día, Esmeralda von Pieldecastor llamó a su puerta.

—¿Le importaría venir al aserradero, señorita Vulpes? Mi madre está allí y ha preguntado por usted en concreto.

Vera se olía una exclusiva, así que siguió a Esme hasta la fábrica.

Edith von Pieldecastor se paseaba de un lado para el otro por el viejo despacho de Reginald. Cuando vio a Vera, asintió con sequedad.

—Señorita Vulpes, tiene usted un aspecto horrible.

—Gracias, señora —dijo Vera—. Antes de que empecemos, tengo una pregunta rápida para usted. —Sostuvo las dos hojas del elegante papel con marca de agua, que había llevado consigo—. El primero es la invitación al funeral de su esposo; el otro es una amenaza que me enviaron. ¿Sabe cómo podría haberse hecho Ruby con su papel?

Edith se quedó mirando ambas hojas.

—Oh, vaya, sí. Doné unas cuantas cosas al Buen Cuervo hace unos meses, incluida una resma de papel de sicomoro. Debió de encontrarlo ahí.

—Eso lo explica, entonces —dijo Vera. Así que solo había sido la suerte, que había vuelto a jugar en favor de Ruby.

Edith asintió y luego ordenó a su secretaria.

—Haz que pase Estridor.

—¿De qué va esta reunión? —preguntó Vera.

—Usted tenga preparado el cuaderno —respondió Edith.

Howard llegó y vaciló con nerviosismo en la puerta. Se retorció las patitas hasta que Edith alzó la vista y lo vio ahí plantado.

—Oh, por todos los cielos, Howard —dijo—. Pasa y siéntate. No voy a comerte.

A Howard parecía aterrarle la idea de estar a punto de perder el trabajo.

—¿Sí, jefa? —chilló.

—He constatado —comenzó Edith en un tono formal— que haces un trabajo magnífico aquí en la fábrica. Volviste a ponerla en funcionamiento cuando te lo pedí y todo el mundo aprueba tu gestión. Me gustaría ofrecerte un ascenso. Quiero que seas el director del aserradero, con efecto inmediato. Yo seguiré siendo presidenta de la junta y tomaré todas las decisiones económicas cruciales, pero quiero que tú estés al mando de las operaciones diarias de la fábrica. ¿Qué me dices, Estridor?

Howard se quedó sin palabras durante alrededor de un minuto, pero, como no era tonto, se recuperó y asintió con la cabeza.

—Gracias, señora Von Pieldecastor —logró responder—. Me encantaría aceptar el puesto de director del aserradero. —Se enderezó y trató de parecer un rey de los negocios.

Vera esbozó una amplia sonrisa y guiñó el ojo a Howard antes de empezar a garabatear en su cuaderno.

—Tendré algunas preguntas para los dos —dijo.

La zorra estaba impresionada por el movimiento de Edith. La viuda sabía que Shady Hollow necesitaba buenas noticias después

de tanta tragedia. Esa sería la historia perfecta.

Al día siguiente, Vera ojeó un ejemplar recién salido de la edición del día del *Herald* de Shady Hollow.

Justo encima del pliegue aparecía el titular principal:

PASIÓN Y VENENO
LA CONFESIÓN COMPLETA DE RUBY OVINO

por Vera Vulpes, reportera

LA HISTORIA QUE HA MANTENIDO EN VILO AL PUEBLO DE SHADY HOLLOW DURANTE SEMANAS POR FIN HA LLEGADO A SU FIN, UNA TRAGEDIA QUE PARECÍA UNA SERIE DE TRAGEDIAS, ALGUNAS ACCIDENTALES Y OTRAS DEMASIADO CALCULADAS. RUBY OVINO, TRAS CONFESAR LOS ASESINATOS DE OTTO PFANGAL Y REGINALD VON PIELDECASTOR, EMERGE COMO UNA AUTÉNTICA VILLANA. PERO SU HISTORIA TAMBIÉN CONTIENE TRISTEZA. CONDENÓ A LA SOCIEDAD QUE LA JUZGABA A PESAR DE ANHELAR SU APROBACIÓN…

Pero en la columna de al lado, había otra nota:

ESTRIDOR DA UN PASO AL FRENTE; VON P. PERMANECE EN LA JUNTA

LA SEÑORA VON P. DECLARA «CONFIANZA ABSOLUTA» EN EL RATÓN

PARA LEER LA HISTORIA COMPLETA, VÉASE «NEGOCIOS, B1».

Vera leyó por encima ambas historias y sonrió, con cierta tristeza. Grandes noticias para una ciudad pequeña. Esperaba que sus días pronto volvieran a la normalidad.

—¿Cuándo es el próximo concurso de deletreo? —preguntó a uno de los conejos de la plantilla.

—¡El cuatro del mes que viene! ¡Mi hijo estará en la ronda de grado medio! —dijo el conejo.

—¡Pon esa historia a mi nombre! —dijo Vera—. No puedo esperar a cubrirla.

—Sí, señorita Vulpes. —El conejo la miró con más atención—. Está usted guapa hoy. Muy elegante.

—Oh, ¿de verdad? —preguntó Vera, echando un vistazo a su nuevo modelo—. No doy la impresión de esforzarme demasiado, ¿no?

—¿Esforzarse demasiado para qué?

Entonces entró corriendo otro conejo.

—Señorita Vulpes, está aquí el ayudante Orville. Dice que tienen ustedes una cita…, es decir, ¡una entrevista! Sí, ¡dice que tienen una entrevista!

—¡Gracias! Bajo enseguida.

Vera cogió su bolsa y lanzó una mirada siniestra a los dos conejos.

—Ni una sola palabra a esa colibrí columnista de cotilleos, ¿entendido?

Las dos criaturas asintieron de forma vigorosa, con lo que se les agitaron las orejas.

—Ah, sí. No hay problema. Ni en sueños.

—Bien. —Vera salió disparada escaleras abajo, donde la esperaba cierto oso de aspecto elegante.

Los conejos la vieron alejarse, luego se miraron el uno al otro.

—¿Una carrera hasta la mesa de Gladys? —preguntó uno.

—Preparados…, listos…, ¡ya!

AGRADECIMIENTOS

Entre nosotras hemos construido un mundo de criaturas del bosque que viven, trabajan y matan en una comunidad deliciosamente pequeña. Pero la creación de la serie de misterio de Shady Hollow ha sido sin duda un trabajo colectivo.

Al principio, Nicholas Tulach fue nuestro primer editor en Hammer & Birch, donde fue más allá de sus responsabilidades para sacar nuestras historias al mundo en forma de libro.

Estamos eternamente agradecidas a nuestro antiguo jefe y actual amigo, Daniel Goldin, propietario de la Boswell Book Company, en Milwaukee, Wisconsin. Ha sido uno de nuestros primeros lectores y un promotor incansable de los libros, que ha vendido a cualquiera que se ha cruzado en su camino y se ha parado lo suficiente. Ojalá todos los autores tengan la misma suerte.

También nos gustaría dar las gracias a los familiares y amigos que han comprado los libros, han asistido a nuestros eventos y han sido tan amables de decirnos cuánto los han disfrutado. Este amor y apoyo nos han permitido seguir escribiendo y nos han ayudado a explorar el mundo de Sfaady Hollow, permitiéndonos descubrir nuevos personajes y lugares en cada historia.

Muchas gracias a Jason Gobble, agente sin igual, por ser genial. No podemos agradecerte lo suficiente tu generoso apoyo a este proyecto en particular, y por ser un paladín de los libros en general.

Y debemos dar las gracias a Caitlin Landuyt, editora de Vintage & Anchor, que dio a estos misterios un nuevo lanzamiento al mundo y cumplió los sueños que no sabíamos que teníamos.

Asimismo, a Sharon le gustaría decir:

Gracias a mi querido esposo, Mark, que cree en mí y me apoya en todo lo que hago.

Y Jocelyn dice:

Un agradecimiento enorme a mis padres, que me criaron con las historias de misterio de la PBS me enseñaron a amar la lectura y no pestañearon cuando decidí especializarme en lengua inglesa. Estos libros son para vosotros.

Y gracias, Nick, por estar siempre ahí. Eres sin duda lo mejor que podía pasarme y te quiero más que al queso.



JUNEAU BLACK es el seudónimo de las autoras Jocelyn Colé y Sharon Nagel. Comparten su amor por las librerías, los quesos de calidad y un buen asesinato (exclusivamente ficticio). Pese a que se trata de dos personas distintas, si formulas a alguna de ellas una pregunta sobre su infancia, es probable que recibas la misma respuesta. Resulta un tanto desconcertante, por diferentes razones: Sharon vive en Wisconsin y trabaja como bibliotecaria, y Jocelyn vive en Filadelfia, desde donde también escribe novelas románticas bajo el nombre de Elizabeth Colé.